

Eugen Varga
Testamento

ICARIA
13-20

NOTA EDITORIAL

El texto que damos a conocer bajo el rótulo "Testamento de Varga", no es propiamente un ensayo en el sentido tradicional sino, más bien, lo que los rusos conocen por "konspekt", es decir, un "proyecto de ensayo". Fue publicado por primera vez en la URSS en una revista clandestina, "Phenix", que dirigía Galanskov y desde entonces ha sido difundido profusamente en los medios críticos del oficialismo soviético. La causa reconocible de este, aunque subterráneo, enorme éxito publicístico, hay que situarla, no sólo en la lucidez excepcional del "Testamento" auténtica exposición de *verdad* por encima de tabúes— sino, además, en la personalidad del autor. Porque, efectivamente, nadie en la propia URSS podría considerar a Eugen Varga como un mero "disidente" y aún mucho menos como un "antisoviético", pues, al contrario que tantos otros condenados al ostracismo, Varga gozó hasta su muerte, en 1964, de gran prestigio científico y, lo que es más, de importantes responsabilidades en el seno de la economía soviética. Para un hombre como Varga de militancia comunista tan dilatada, desde su participación en la Revolución húngara de 1919 (fue comisario del pueblo de economía en el gobierno revolucionario de Bela Kun) hasta sus responsabilidades en la política económica soviética en los tiempos de Lenin y Stalin (fue consejero de Lenin y, a partir de 1927 director del Instituto de Economía de la URRS), este "proyecto de ensayo" tiene, en efecto, un sentido testamentario, por cuanto se propone la legación de una autocritica que partiendo de la posición crítica individual ofrece decisivos elementos para el análisis de la sociedad soviética. Para esta edición, siguiendo la propuesta de Roger Garaudy para la versión francesa adjuntamos al "Testamento", los textos de Lenin a los que hace referencia Varga. En ausencia de una edición castellana de las obras completas de Lenin, damos como referencia de los fragmentos de Lenin, la francesa publicada por Editions Sociales bajo la dirección del propio Garaudy.

© de la edición castellana: ICARIA Editorial, S.A.
C/. de la Torre, 14 Barcelona 6
1ª edición: octubre 1977
ISBN: 84-7426-001-9
Depósito legal: B-10731-1977
Traducción: Antonio Desmonts
Diseño de la cubierta: Loni Geest-Tone Hoverstad
Imprime: Tipografía Ideal C/. Pasaje Massana, 1
San Feliu de Llobregat.

ICARIA EDITORIAL

Cuando en octubre de 1917 se produjo en Rusia una revolución que transformó radicalmente toda la vida social del país, ésta tenía un concreto fundamento teórico que ha conservado valor de tesis oficial hasta nuestros días. Sus puntos esenciales son los siguientes: el capitalismo mundial ha alcanzado el estadio imperialista de su evolución, estadio que es el inmediatamente anterior al paso de los países avanzados al régimen socialista. Había comenzado la era de las guerras mundiales y de las revoluciones socialistas, y desde este momento la cadena del imperialismo podía romperse en un solo país, incluso si no estaba desarrollado. La revolución de octubre ha sido esa ruptura del frente imperialista. El proletariado ruso ha enseñado el camino hacia el socialismo a los demás países más desarrollados.

Han transcurrido cerca de cincuenta desde la revolución de Octubre. Ningún país adelantado, que efectivamente haya alcanzado el estadio imperialista, ha seguido aún el camino que Rusia había mostrado. Los países que se esfuerzan por tomar esta vía, los países de Asia y de Africa, son países todavía más atrasados que la Rusia de 1917 desde el punto de vista de su desarrollo.

¿Cómo explicar esta particularidad? ¿Son exactos los fundamentos de la revolución de Octubre? Para contestar a esta pregunta conviene, en primer lugar, recordar la teoría del desarrollo revolucionario de Rusia creada por Vladímir Ilich Lenin, el gran teórico y dirigente del proletariado revolucionario ruso durante toda su vida. Conviene preguntarse hasta qué punto se han trazado correctamente en esta teoría las perspectivas del desarrollo social. Y al mismo tiempo hay que explicar lo que realmente ocurrió en Rusia en 1917 y en las décadas siguientes, y preguntarse si todo esto concuerda con las teorías de Lenin.

El programa agrario de la socialdemocracia

Diez años antes de la revolución de Octubre, Lenin escribió *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*¹; allí trazaba las perspectivas del desarrollo revolucionario del país. En aquella época sólo concebía la revolución socialista rusa situándola en un futuro enormemente lejano. Analizaba las perspectivas inmediatas de la lucha de las dos tendencias de clase que se daban en la revolución burguesa rusa.

Denominó a estas dos tendencias, respectivamente, “vía prusiana, a la manera de los junkers” y “vía americana, a la manera de los granjeros”. Lenin comprendía muy bien que Rusia no pertenecía al grupo de países donde el capitalismo se había desarrollado de forma “clásica”, que en conjunto su capitalismo estaba todavía muy poco desarrollado. En realidad, la producción de los latifundios de los terratenientes estaba tan encorsetada por las relaciones semif feudales que progresaba muy lentamente. Por temor a los levantamientos populares, la nobleza liberal se apoyaba cada vez más en el poder autocrático y hacía mucho tiempo que había perdido su viejo espíritu revolucionario.

Las masas campesinas oprimidas podrían “barrer hasta los cimientos el régimen autocrático y feudal” si eran capaces de llevar a cabo un levantamiento decidido y simultáneo. Pero los levantamientos espontáneos de las masas todavía no eran la revolución. Lenin también investigó cuáles eran las fuerzas verdaderamente revolucionarias del campesinado, es decir, las capaces de discernir las formas nuevas y progresivas de la producción agraria y que tendrían la conciencia política correspondiente. Al mismo tiempo, Lenin comprendía hasta qué punto era débil, estaba políticamente ineducada y dividida la burguesía de los granjeros rusos. Pero supuso que, por lo menos, podría cumplir su obra revolucionaria, es decir, derrocar el régimen autocrático y señorial, a condición de ser apoyada por el movimiento obrero revolucionario.

El punto principal de su “programa agrario” socialdemócrata era la afirmación de que era indispensable la nacionalización de toda la tierra al final de la revolución victoriosa. En su opinión, sólo la nacionalización de la tierra haría posible liquidar rápidamente y por

1. Lenin, *Obras*, t. 13, pp. 229-152. Todas las citas corresponden a la edición francesa de Sociales Editions. Véase Apéndices

completo todas las formas de propiedad territorial antiguas y semifeudales, y poner la tierra en manos de nuevos empresarios y granjeros más progresistas.

Al mismo tiempo, Lenin demostraba la necesidad de una posterior etapa en la evolución democrática-burguesa de Rusia: "...al consolidarse la propiedad territorial capitalista de los nuevos granjeros surge de forma natural su estado de ánimo antiproletario y su deseo de crear por sí mismos un nuevo privilegiado bajo la forma de derecho de propiedad". Lenin lanzó una idea de especial interés. El reparto de las tierras puede estar determinado por el deseo de los granjeros de "calmar" (o más sencillamente de sofocar) al proletariado y a las capas proletarias, en quienes la nacionalización del suelo despertaría el deseo de socializar toda la producción social.

Por lo tanto, Lenin consideraba inoportuno que el proletariado manifestara tales deseos en los estadios de la revolución burguesa que él había definido. Pero al mismo tiempo suponía que el desarrollo de la burguesía campesina sería lo bastante rápido para, de darse el caso, poder "calmar" al proletariado. De este modo, en 1907, Lenin preconiza una original variante rusa de la vía de evolución capitalista, "la vía americana de los granjeros", en la que la clase obrera conduciría al poder a una nueva burguesía rural, progresista y productiva; ésta desarrollaría rápidamente un nuevo capitalismo nacional, liberado de todas las supervivencias feudales; y en este momento la clase obrera, multiplicada y reforzada en el curso de esta evolución, dirigiría contra esta nueva burguesía la lucha por el paso de la sociedad al socialismo. Sin ninguna duda, todo esto precisaría décadas de desarrollo independiente de Rusia.

¿Cómo concebía Lenin en 1917 las perspectivas de la situación revolucionaria en Rusia? Hubiera podido volver a la concepción que había trazado en su *Programa agrario* de 1907. Hubiera podido considerar una revolución burguesa los acontecimientos que se habían desarrollado y proclamar que la tarea de la revolución consistía en organizar la "dictadura del proletariado y del campesinado". Tenía numerosas razones objetivas para tal opción. El gobierno revolucionario nacionalizaría la tierra, en tanto que los campesinos se repartirían la mayor parte de las tierras señoriales. Entonces se podría iniciar un desarrollo activo del sistema de granjeros. Eso hubiera subrayado rápidamente el ala izquierda de los viejos partidos campesinos (socialrevolucionarios, trudoviks, etc.). Los bolcheviques hubieran podido formar una coalición gubernamental con ellos. Entonces

la revolución podría combatir a Kolchak y Denikin sin gastar fuerzas en reprimir los levantamientos de los socialrevolucionarios y los problemas fomentados por los kulaks. Lo verosímil es que la presión de la intervención extranjera hubiera sido muy débil. Pero en ese caso se habrían enfrentado dos tendencias, la proletaria y la pequeñoburguesa, dentro de los círculos gubernamentales. Y las "luchas intestinas" hubieran lanzado la revolución al marasmo durante largos años, lo que hubiera debilitado considerablemente a Rusia de cara a los estados imperialistas hostiles.

En 1917 Lenin tenía ya una nueva concepción. Para él, la revolución rusa era en aquel momento el primer golpe revolucionario realizado a escala internacional; esta nueva interpretación implicaba una concepción doctrinaria del marxismo.

Lenin no sólo creía que el imperialismo era la etapa superior del capitalismo, sino también que era la última, a la que debía seguir la fase de paso al socialismo en todos los países del mundo. Consideraba que el descontento del proletariado de los países beligerantes y ciertas tentativas de insurrección obrera señalaban el comienzo de esta etapa. Estimaba que la revolución rusa señalaba el comienzo de este movimiento.

Al llegar el 3 de abril a Petrogrado, Lenin declara que la revolución rusa es una revolución "socialista". En seguida escribe en su folleto *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*²: "La toma del poder por el proletariado (...) supondrá en todo el mundo el comienzo de la ruptura del frente" —del frente de los intereses del capital—, y sólo rompiendo ese frente puede el proletariado evitar a la humanidad los horrores de la guerra y procurarle los beneficios de una paz duradera.

En los años que siguieron a la revolución de Octubre, Lenin siguió confiando en la revolución socialista mundial. Incluso en el verano de 1920 escribió en el prólogo a la edición francesa de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*³: "El imperialismo está en vísperas de la revolución social del proletariado. Esto se ha confirmado en 1917 a escala mundial".

2. Lenin, *Obras*, t. 24, pp. 47-84. Véase Apéndices

3. Lenin, *Obras*, t. 22, pp. 205-211.

Sobre nuestra revolución

En realidad, eso no se ha confirmado. Ni en los años veinte ni en el curso de los cuarenta años posteriores; hasta el momento, la revolución social no ha estallado en ningún país de "capitalismo clásico". La principal esperanza recaía en la Alemania vencida. Sin embargo, ni siquiera en este país se presentó una situación revolucionaria. Las insurrecciones obreras fueron reprimidas; Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, líderes de la fracción revolucionaria del proletariado, fueron traidoramente asesinados.

Lenin, que progresivamente iba tomando conciencia de todos estos hechos, dio poco tiempo antes de su muerte otra explicación de la revolución de Octubre, más ajustada a la realidad, en sus notas *Sobre nuestra revolución*⁴ escritas en enero de 1923. Allí esboza una concepción totalmente nueva de la historia de la época contemporánea. Está expuesta en formulaciones extremadamente concisas, poco desarrolladas, que necesitan ser analizadas y explicadas.

Este texto incluye dos tesis fundamentales. Primera tesis: "Un pueblo puesto en una situación revolucionaria, como la que se presentó durante la Primera Guerra imperialista, ¿no podía, de cara a una situación sin salida, entablar una lucha que al menos le abriera la posibilidad de conquistar unas condiciones nada habituales para el progreso de la civilización?" Y más adelante: "Si para crear el socialismo hace falta haber alcanzado un determinado nivel cultural, (...) ¿por qué no comenzar, en primer término, por conquistar de forma revolucionaria las condiciones previas de ese determinado nivel para, luego, fortalecidos por el poder obrero y campesino y por el régimen soviético, ponernos en marcha y reunirnos con los demás pueblos?"

¿Qué significaba para el pueblo ruso estar en 1917 "de cara a una situación sin salida"? No se trata solamente de las derrotas militares ni de la desorganización y el hambre en sí mismas, sino del hecho de que las viejas clases dominantes no tenían la fuerza ni el grado de organización requeridos para sacar al país de la desorganización y del hambre. La única fuerza capaz de sacarlo de la desorganización era la clase obrera revolucionaria.

En consecuencia, la revolución de Octubre tuvo lugar, no porque fuera posible en Rusia "la ruptura de todo el frente imperialista a escala mundial", sino en virtud de la originalidad de las relaciones de

fuerza entre las clases de la sociedad rusa, precipitadas por el *impasse* de la desorganización y el hambre. Los socialdemócratas revolucionarios condujeron a las masas trabajadoras por una vía especial de paso al socialismo que ninguna teoría marxista había previsto: la democracia progresista de un país atrasado, semicolonial, había comenzado por adueñarse del poder político para, a continuación, sobre esta base, crear las condiciones para el paso al socialismo.

La segunda tesis de Lenin sobre la revolución rusa es la siguiente: "...Rusia, situada entre los países civilizados y los países que esta guerra, por primera vez, introduce definitivamente en la civilización, es decir, todo Oriente (...), Rusia podía y debía, en consecuencia, presentar ciertos rasgos particulares, sin duda inscritos en el cuadro general de la evolución mundial, pero que diferencian su revolución de todas las anteriores revoluciones de Europa occidental y que aportan ciertas innovaciones parciales procedentes de los países orientales". O incluso: "¿Y si la situación absolutamente sin salida (...) nos ha ofrecido la posibilidad de proceder a la creación de las condiciones esenciales de la civilización, de un modo distinto a cómo lo han hecho los demás estados de Europa occidental?"

Evidentemente no se trata de la situación territorial de Rusia entre Occidente y Oriente ni tampoco de la situación sin salida creada por la guerra. Rusia ha inaugurado, con su revolución, un nuevo tipo de desarrollo nacional, una vía de implantación del socialismo, eludiendo el capitalismo propiamente dicho, y de este modo ha mostrado un ejemplo histórico a los demás países semicoloniales e incluso coloniales, no sólo de Oriente y Asia, sino también de los demás continentes. Esto sí se ha confirmado efectivamente "a escala mundial", aunque no después de la Primera Guerra mundial, sino después de la Segunda, lo que representa un gran desfase en la historia moderna.

La vía rusa hacia el socialismo

En las mismas notas, para refutar a Sujánov y sus compañeros, Lenin ha escrito que ellos "no han comprendido la dialéctica revolucionaria". Efectivamente, a partir del período en que se desarrolló el imperialismo, una original "dialéctica revolucionaria" se ha consumado a escala mundial: no han sido los pueblos avanzados, sino, por el contrario, los pueblos retrasados, semicoloniales, los que han emprendido el camino de la transformación socialista, que consiste en primer lugar en la nacionalización de los principales medios de pro-

4. Lenin, *Obras*, t. 33, pp. 489-494. Véase Apéndice

ducción llevada a cabo por un poder estatal que expresa los intereses de las clases trabajadoras de tal o cual país.

Gracias a su penetración económica, por medio de inversiones de capital, a veces acompañadas de presión militar hasta ser una ocupación, el imperialismo había debilitado los regímenes locales o burgueses "compradores", al sobornar o destruir los círculos dirigentes locales, privándolos de este modo de los últimos vestigios de conciencia nacional. Por otra parte, había desarrollado las capas de obreros industriales y de jornaleros del campo, lo que había tenido como consecuencia intensificar su opresión económica y política, provocar sus protestas, favorecer su cohesión y despertar la conciencia de los intereses nacionales progresistas.

Al mismo tiempo, había hecho partícipe de sus realizaciones materiales a las capas democráticas de los países semicoloniales y coloniales, las había iniciado en las formas avanzadas de lucha política e ideológica que habían surgido por primera vez en los países altamente desarrollados. Había enseñado a los obreros locales a utilizar la lucha sindical para defender sus intereses de clase. De este modo, había favorecido que la *intelligentsia* local asimilara las teorías sociológicas progresistas, las ideas del socialismo y, quizás, incluso la concepción marxista del mundo, elaborada en los países del capitalismo clásico.

Precisamente ha sido en los países coloniales y semicoloniales donde se han dado las condiciones locales que han permitido la formación de activos movimientos democráticos, progresistas y nacionales, donde han podido surgir las situaciones revolucionarias, donde ha podido comenzar la lucha de liberación nacional del yugo de los colonizadores y, al mismo tiempo, contra las capas dominantes que se habían puesto de su lado. Naturalmente, esta lucha tenía que producirse bajo una consigna anticapitalista, de "vías no capitalistas" de desarrollo o incluso directamente de "vía socialista".

El primer país que ha conocido todo esto y que ha emprendido esta vía ha sido Rusia, con sus colonias militares y feudales todavía más atrasadas. Por esta razón sería más adecuado denominar este tipo concreto de desarrollo nacional "la vía rusa de construcción del socialismo". Los demás países han emprendido esta vía mucho más tarde y, en gran medida, siguiendo el ejemplo y disfrutando del apoyo de la Rusia soviética desarrollada y fortalecida en el período intermedio. La revolución socialista todavía no ha triunfado en ningún país de "capitalismo clásico". Y no existe ninguna razón para suponer que lo hará en el curso de las próximas décadas.

El "marxismo creador"

De manera que Lenin no se ha contentado con explicar la nueva fase imperialista desde el punto de vista de la teoría de Marx y Engels. Al mismo tiempo, ha sido el primer teórico de la vía rusa de construcción del socialismo de los países atrasados, semicoloniales y coloniales, paso que se ha dado evitando la fase capitalista propiamente dicha.

Esta teoría ha sido el "marxismo creador" de que se comenzó a hablar en 1917 en el círculo del PCR (b). Este marxismo creador recuerda, en numerosos puntos, las teorías socialistas de los demócratas revolucionarios rusos: Chernichevski y, en mayor medida, Tkachev.⁵ Es evidente que hay una enorme diferencia entre Tkachev y el Lenin del último período. Para el primero la principal clase revolucionaria era el campesinado ruso con sus grandes tradiciones, mientras que para Lenin era el proletariado ruso aguerrido y soldado por la producción industrial.

Tal ha sido la vía de desarrollo social por la que, a partir de 1917, el partido comunista ruso ha impulsado al pueblo ruso y que este pueblo ha seguido en solitario durante treinta años, y por la que marcha desde hace más de veinte años al lado de otros pueblos coloniales o semicoloniales. ¿Qué resultados ha conseguido la sociedad rusa por esta vía? Sin la menor duda, tiene en su activo enormes realizaciones nacionales e internacionales, que no obstante están limitadas por los considerables defectos del régimen social que preside su vida y que nacen de forma natural de las particularidades de su historia. Si bien es bastante fácil de hacer el balance de sus realizaciones, los aspectos negativos de la vía nacional de la U.R.S.S. exigen un análisis sistemático.

5. Chernichevski: 1828-1889, demócrata revolucionario, escritor, crítico y teórico, redactor jefe del *Contemporáneo*, revista literaria de vanguardia. Detenido en 1869 y deportado veinte años a Siberia. Apóstol de la revolución campesina que progresivamente instauraría el socialismo sin pasar por el capitalismo.

Tkachev: 1844-1885, crítico literario ideólogo del populismo. Implicado en el asunto Necháiev, fue encarcelado; luego emigró al extranjero. Sus teorías se aproximan a las de Blanqui.

El poder de los soviets

La profunda crisis del conjunto de la vida social rusa que se puso agudamente de manifiesto a raíz de las derrotas militares de 1917 tuvo como consecuencia evidenciar la total incapacidad del viejo Estado reaccionario, policíaco y señorial, para gobernar el país de la misma manera que en el pasado, y al mismo tiempo evidenciar la negativa de los trabajadores a seguir soportando su poder. Eso es lo que determinó las aspiraciones fundamentales de la lucha revolucionaria de los trabajadores de las masas obreras y campesinas, y lo que condujo a la revolución de Octubre, que dio el poder al PCR (b).

Las aspiraciones de la revolución de Octubre no han consistido fundamentalmente en el deseo de instaurar el socialismo por parte de los trabajadores, puesto que las ideas del socialismo científico sólo eran relativamente comprendidas por la capa superior de la clase obrera y eran totalmente incomprendidas por el campesinado, sino más bien en el deseo de los trabajadores de acabar con el viejo orden de cosas, totalmente corrompido, en el odio de las masas, no solamente contra los ministros, los gobernadores generales y los policías, sino también contra los propietarios de tierras y los fabricantes, contra los generales y los oficiales del zar, en el deseo del pueblo de librarse de su poder, de su explotación económica, y de crear un régimen nuevo y libre, otro poder que respondiera a los intereses populares.

Este odio, que había fermentado mucho tiempo antes en la conciencia de las masas y que por fin encontraba un exutorio, ha sido el origen de la tensión revolucionaria de los acontecimientos de 1917 y de los años de guerra civil y de lucha contra la intervención. Estas luchas unieron a los obreros industriales, las capas pobres de la ciudad y del campo, la mayoría de los campesinos medios, los soldados y marineros dotados de mayor conciencia de clase, procedentes del conjunto de esas categorías sociales. Agruparon a sus respectivos representantes en los nuevos órganos del poder y en los "soviets de delegados obreros y campesinos"; los pusieron a luchar activamente "por el poder de los soviets".

Esta cólera y estas aspiraciones dieron origen, en la conciencia de gran número de trabajadores, a un sentimiento de deber cívico, al entusiasmo militante, al valor para llevar a cabo proezas y hacer frente a las fuerzas contrarias en el plan de trabajo o de organización de las nuevas formas de poder social. Los portavoces de la *inteligentsia*

revolucionaria, los discursos y los artículos de la dirección del PCR (b), guiada por Lenin, introdujeron en todo momento las ideas del "socialismo" y del "poder de los soviets" en la conciencia de las masas.

A este campo revolucionario unido se oponían, con las armas en la mano, fuerzas sociales que no eran propiamente burguesas, sino que pertenecían casi exclusivamente al antiguo campo semifeudal, burgués y señorial: generales y oficiales del zar, nobles, cosacos dirigentes y acomodados, kulaks, burguesía rural usurera y comerciantes animados de convicciones reaccionarias. A pesar de la encarnizada resistencia de estas gentes, sostenidas por las tropas intervencionistas de catorce estados, los revolucionarios alcanzaron finalmente la victoria. La fuerza interior y la cohesión de las capas revolucionarias han sido tan grandes que, a través de muy duras pruebas (derrotas militares, desorganización económica y hambre), plantaron cuatro años después las banderas rojas del poder de los soviets por todo el país, con la excepción de los antiguos confines occidentales.

Las contradicciones de clase en la nueva sociedad

De todas formas, a pesar de esta apabullante victoria, las profundas contradicciones de clase engendradas por el mismo carácter de la revolución de Octubre maduraron en el campo revolucionario. Esta revolución se había hecho en nombre de las "ideas" del socialismo y llevaba el nombre de "socialista". Pero en realidad sólo era parcialmente socialista. Era el desenlace final y sangriento de dos guerras sociales distintas, no de una, que se desarrollaban desde hacía mucho tiempo dentro de la sociedad rusa y que Lenin había evocado en 1905 en su artículo "El socialismo y los campesinos".⁶

La primera era la guerra de todo el campesinado y sus ideólogos contra el régimen autocrático y señorial, por "la tierra y la libertad": la otra, la del proletariado y las capas semiproletarias del campesinado contra la burguesía urbana y rural, por la nacionalización y la socialización de todos los principales medios de producción industrial. Así que, al sólo ser parcialmente socialista, la revolución de Octubre ha sido al mismo tiempo y en no menor medida una revolución campesinoburguesa. No sólo tuvo por protagonistas a los obreros industriales que habían expropiado la propiedad burguesa, sino también

6. Lenin, *Obras*, t. 9, pp. 317-329.

vidualista de bienestar personal y de poder personal. Estas categorías de pobres eran muy abundantes entre las capas bajas de la sociedad, pero también eran frecuentes entre las gentes que tenían un cierto grado de instrucción y de cultura.

La revolución de Octubre ha agitado y despertado políticamente a todas las demás capas pobres "desclasadas", que se escindieron. Una parte de ellas se adhirió o volvió a adherirse al campo reaccionario, con la esperanza de salir a flote en caso de una eventual victoria. La otra parte, mucho menos numerosa, manifestó por el contrario una excepcional actitud cívica en el campo revolucionario. De este medio es de donde han salido los participantes en los acontecimientos revolucionarios que, en los momentos especialmente críticos de los enfrentamientos, se han distinguido por sus salvajes excesos políticos, "ultrarrevolucionarios", y que más adelante, en los períodos más apacibles de edificación cívica, han revelado una sed de poder oculta o abierta, un arribismo político que muchas veces no se arredra ante ningún medio, una propensión por el "gusto de mandar" en sí mismo, y también por las acciones y la forma de vida ostentosas.

La relativa debilidad numérica de los cuadros del Partido específicamente proletarios con respecto a las vastas dimensiones de un país fundamentalmente campesino y pequeñoburgués ha hecho que estos ultrarrevolucionarios ávidos de reinar se hayan infiltrado en el Partido, se hayan introducido en el poder y se hayan convertido muchas veces en un "elemento" especialmente activo, incluso dirigente, en sus filas; muy frecuentemente son éstos quienes han realizado la revolución a escala local, expropiando y fusilando a los terratenientes y los burgueses, y posteriormente a los kulaks.

Estos dirigentes de las regiones periféricas han podido ascender de condición gracias a su reputación revolucionaria e infiltrarse en el aparato central del Partido y del Estado. Junto al "estilo" propiamente proletario de la dirección, que se distinguía por la sencillez, la modestia, la abnegación, y del que Lenin, Sverdlov, Dzerzhinski y Kírov fueron los mejores representantes, otro estilo de características diferentes se ha ido gradualmente poniendo de manifiesto dentro del Partido. Había motivos históricos para que así ocurriera.

El Estado y la revolución

En esta maraña de tendencias de clase en el interior del campo

revolucionario, el partido comunista bolchevique tuvo que plantearse y resolver dos problemas capitales que han determinado el futuro del país. Lenin fue quien se ocupó de la explicación teórica de estos problemas, como de tantísimos otros.

Lenin ha consagrado al estudio del primer problema —el de los principios de organización para la edificación socialista en un país atrasado con preponderancia campesina— un folleto especial, *El Estado y la revolución*,⁸ escrito en agosto-septiembre de 1917. Reprocha con justeza a la socialdemocracia oportunista al querer deformar y pasar en silencio las tesis fundamentales de Marx y Engels sobre la cuestión del Estado.

He aquí esas tesis: el proletariado que ha realizado la revolución proletaria no debe contentarse con aplastar el poder de la burguesía y con apoderarse de la máquina estatal y ponerla a su servicio, sino que también debe crear un Estado nuevo que luego se "extinguirá" progresivamente. Cuando Lenin trataba este problema estaba influido por la convicción de que la revolución mundial estaba próxima: "¿Podrá mantenerse el dominio de los capitalistas sobre la tierra si el pueblo ruso (...) traspasa todo el poder del Estado a los soviets de delegados obreros y campesinos?" (*Cartas desde lejos*). Tal es la razón de que Lenin conceda una excesiva confianza a la tesis de Engels relativa a la dialéctica histórica del Estado y también a la generalización deducida por Marx de la experiencia de la Comuna, experiencia evidentemente muy breve e insuficiente.

Lenin desarrolla la idea de Engels según la cual el Estado burgués, compuesto principalmente de "destacamentos especiales de hombres armados", debe ser sustituido por la dictadura revolucionaria del proletariado, realizada por una "organización militar autónoma de la población", por los "obrerros armados", y que si "la mayoría del pueblo reprime ella misma a sus opresores" no hay necesidad de una forma especial para esta represión. Se trata del renacimiento en la vida política, en un nivel superior y nuevo, de la democracia directa primitiva que había existido en la sociedad sin clases. Más adelante, Lenin desarrolla una vieja idea de Marx sobre la sustitución de la "máquina burocrática", compuesta de funcionarios privilegiados situados por encima del pueblo, por un nuevo aparato que permita "reducir progresivamente a cero todo el funcionarismo". Esto será

8. Lenin, *Obras*, t. 25, pp. 413-531. ("La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución"). Véase Apéndices.

posible puesto que, incluso en el régimen capitalista, las funciones de gestión se han simplificado considerablemente y se hará indispensable la transformación de las funciones al servicio del Estado en "simples operaciones de registro, de inscripción, de control, que estarán al alcance de la inmensa mayoría de la población". Apoyándose, como Marx, en la experiencia de la Comuna, Lenin considera la cosa realizable a condición de que "los empleados sean revocables en cualquier momento y que aseguren un servicio responsable por salarios obreros". Con la introducción de tal régimen, todas las funciones simplificadas de registro y supervisión serán desempeñadas por todo el mundo rotativamente, convirtiéndose luego en una costumbre y desapareciendo en tanto que funciones especializadas reservadas a una capa especial de hombres. Según Engels, "las funciones sociales perderán su carácter político y se transformarán en simples funciones administrativas, encargadas de velar por los intereses de la sociedad".

Esta concepción de los principios del poder del Estado y de la gestión del país presenta en Lenin una manifiesta contradicción con las tareas que inevitablemente recaen sobre el proletariado "organizado en clase dominante": "El proletariado tiene necesidad de un poder estatal, de una organización coactiva que permita reprimir la resistencia de los explotadores y gobernar a la inmensa masa de la población: campesinado, pequeñaburguesía y semiproletariado, y, por último, organizar la economía socialista". Además escribe que "la expropiación de los capitalistas producirá indefectiblemente un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad humana".

No se entiende demasiado bien cómo esta "dirección" de toda la masa proletaria de la población y esta "organización" del gigantesco desarrollo de las fuerzas de la sociedad humana son posibles con sólo la ayuda de "vigilantes, contables y técnicos", si es obligatorio el cambio constante de los empleados, si todo el mundo desempeña las funciones de gestión por turno, sin una utilización permanente del poder político, sin administración política, sin jefes armados de una especial experiencia en la dirección. E igualmente estos "obreros armados", que son el fundamento de la dictadura del proletariado, tampoco pueden circular por turno armados de fusiles con objeto de "reprimir a la burguesía". Fatalmente tienen que formar organizaciones armadas especiales encargadas de vigilar el orden político interior, sin hablar del ejército que defiende al nuevo Estado contra los ataques del exterior.

El ideal del renacimiento de la democracia directa primitiva entra en mayor contradicción todavía con las explicaciones proporcionadas por Lenin sobre la esencia de la "primera fase del comunismo", la organización socialista de la sociedad. "La primera fase del comunismo no puede todavía realizar la justicia y la igualdad; subsistirán las diferencias en cuanto a la riqueza, y las diferencias injustas (...) el reparto de los objetos de consumo "según el trabajo" (y no según las necesidades) (...) el derecho burgués *no* queda completamente abolido, sino sólo en parte." Y esto no tanto porque "...los individuos no sean iguales; uno es más fuerte, otro más débil; uno está casado, otro soltero; uno tiene muchos hijos, otro menos, etc. Sino porque las condiciones de trabajo son fatalmente desiguales: unos ocupan puestos de dirección, otros se mantienen en simples obreros. La retribución de su trabajo será igualmente distinta: los jefes no podrán y no querrán conformarse con salarios de obrero". Aunque Lenin escribe más adelante que "...el Estado todavía no ha desaparecido completamente puesto que sigue protegiendo el "derecho burgués" que consagra la desigualdad de hecho", eso no significa evidentemente que el Estado protegerá a la mayor parte de los solteros acomodados y de los trabajadores cabezas de familias reducidas frente a las necesidades de los hombres casados y padres de familias numerosas. Es decir, protegerá el bienestar de los cabezas de familia frente a las exigencias de los simples obreros.

Después de Octubre, la realidad rusa ha revelado rápidamente hasta qué punto era ilusoria la posibilidad de una transición rápida de la sociedad a cualquier cosa parecida a la "democracia directa primitiva". Los soviets de delegados obreros y soldados crearon inmediatamente los "comités ejecutivos" de distrito y de región constituidos por funcionarios, nuevos en su mayor parte, pero también en parte "antiguos", que trabajaban bajo la dirección de los administradores del Partido, quienes naturalmente desempeñaban ciertas funciones políticas. Los congresos de los soviets crearon un gobierno central compuesto de numerosos "comisariados" que constituían organizaciones burocráticas todavía más complicadas y pesadas. Igualmente se instituyó la Checa de Rusia y la GPU, cuya misión ha consistido en defender al nuevo régimen no sólo de la contrarrevolución burguesa, sino también de cualquier peligro. Todo esto, sin la menor duda, ha colaborado al rápido crecimiento de la burocracia en el aparato del nuevo Estado.

La polémica sobre los sindicatos

Lenin debió tener en cuenta todos estos fenómenos cuando, tres años después de la revolución de Octubre, el Partido abordó el segundo problema, el de los principios de la gestión de la industria nacionalizada. Este problema se planteó en el curso de una discusión surgida de forma espontánea: la discusión sobre los sindicatos y su papel en la gestión de la producción, primero en 1920-1921, luego en el X Congreso del PCR (b), en mayo de 1921.⁹ El problema fue introducido en la orden del día por la “oposición obrera” dirigida por Shliapnikov y tratado a continuación por Trotski y Bujarin. Lenin se opuso a sus concepciones y propuestas que calificó de anarcosindicalistas. Juzgaba errónea la tesis fundamental de la “oposición obrera” que quería que “la gestión de la economía nacional recayera en el Congreso de productores de Rusia, agrupados en sindicatos de producción que elegiría un organismo central que dirigiría el conjunto de la economía nacional de la República”. Lenin explicó que estas tesis eliminaban el “papel dirigente, organizador, del Partido con respecto a los sindicatos del proletariado, y el de éste con respecto a las masas trabajadoras semiburquesas y directamente pequeñoburguesas”. Dijo que no existían los trabajadores en general, sino por una parte los pequeños propietarios de medios de producción y por otra parte los obreros asalariados, y que la elección por los trabajadores de un organismo directivo de toda la economía conduciría fatalmente a la restauración del poder y de la propiedad de los capitalistas y de los terratenientes.

Lenin opuso a estas tesis otra concepción de los principios de la gestión del país, del lugar y del papel que ocuparían los sindicatos. En su opinión, “el Partido absorbe en cualquier caso la vanguardia del proletariado”. Cumple con todas las funciones del Estado “a través del aparato de los soviets”. “Los sindicatos crean el vínculo entre la vanguar-

dia y las masas.” De momento los sindicatos sólo debían “participar (...) en todos los órganos locales y centrales de la gestión de la industria”. Pero debían llegar a concentrar en sus manos toda la gestión de la economía nacional. Según Lenin, harían falta entre quince y veinte años, o incluso más para alcanzar ese resultado.

No obstante, Lenin tenía una clara conciencia de la existencia de la burocracia dentro del aparato soviético: “El programa de nuestro partido (...) enseña que nuestro Estado es un Estado obrero que presenta una deformación burocrática”. De ahí se desprendía que los sindicatos debían “defender los intereses materiales y morales del proletariado contra su Estado”. Además, decía que esta lucha exigiría “decenas de años” y que sería “de las más difíciles”.

De este modo, la polémica sobre los sindicatos y el X Congreso del PCR (b) revelaron tres tendencias distintas dentro de la organización de la sociedad soviética y de su Estado: a) la tendencia anarcosindicalista; b) la tendencia Partido-sindicatos, en otras palabras, el centralismo democrático, no en palabras sino en hechos; c) la tendencia Partido-burocracia, que coloca el poder del Estado por encima de la sociedad, por encima de las masas trabajadoras.

¿Cuál de las tres pudo más e incluso se ha convertido en predominante?. La tendencia anarcosindicalista, ideológicamente refutada y condenada por la dirección del PCR (b), dejó de desarrollarse. No obstante, Lenin se equivocaba al declarar que el dominio de esta tendencia hubiera llevado a la restauración de la propiedad de los capitalistas y de los terratenientes. Estos estaban totalmente excluidos desde antiguo desde antes de la revolución. Si el Congreso de productores de Rusia se hubiera hecho cargo de la gestión de la economía nacional, el elemento pequeñoburgués de la revolución hubiera vencido gradualmente al elemento proletario. Los líderes del campesinado acomodado, los granjeros en potencia, los “trudoviks” en primer lugar, hubieran apartado del poder a los comunistas por la vía más democrática, y quizás incluso con ayuda del “sofocamiento”. Rusia hubiera emprendido, considerándola aisladamente de las relaciones internacionales de 1920 a 1940, la vía americana, tal como suponía Lenin en 1907 en su *programa agrario de la socialdemocracia*. Pero para eso hubieran sido menester decenas de años de revolución autónoma, lo que era imposible.

La tendencia Partido-sindicatos, en otras palabras, el centralismo democrático del Estado soviético previsto desde el principio en los estatutos del PCR (b) —previsto desde siempre en términos de nuestros días— ha jugado un inmenso papel en la educación democrática de las

9. Principales textos relativos a la polémica sobre los sindicatos: “Los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotski” (Lenin, *Obras*, t. 32, pp. 11-35). “La crisis del Partido” (Lenin, *Obras*, t. 32, pp. 36-47). “De nuevo los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotski y Bujarin” (Lenin, *Obras*, t. 32, pp. 67-109). “X Congreso del PCR (b)” (Lenin, *Obras*, t. 32, pp. 200-216, 219-224, 256, 273. Véase Apéndices

masas rusas, agobiadas hasta entonces por el yugo de la autocracia feudal, totalmente ignorantes de los principios democráticos. Si hubiera dominado esta tendencia, la forma socialista de existencia de la sociedad rusa se habría cargado progresivamente de contenido socialista. Entonces se hubiera llevado a cabo algo más que la nacionalización y la socialización de los principales medios de producción en interés de las masas trabajadoras. Entonces se hubiera podido llegar progresivamente a una iniciativa activa y democrática de los trabajadores, a su participación directa, consciente y libre en la formación del poder estatal, a las elecciones de la dirección del Partido y del Estado a la cabeza del país, así como a órganos centrales y locales de poder, con un control ilimitado y cotidiano de este último, con una discusión libre y pública de todos los asuntos y cuestiones interesantes para la sociedad, sin consideraciones para las personalidades, con la libre creación de distintas asociaciones y corporaciones económicas, políticas y culturales, con la participación activa en la exposición y solución de tal o cual problema ideológico. Todo esto se podría haber alcanzado igualmente de manera progresiva, en el curso de decenas de años, en un clima de independencia nacional, en ausencia de toda clase de amenazas y agresiones procedentes del exterior. Esto hubiera sido el auténtico socialismo. Pero esas condiciones no existieron en la realidad.

En realidad, las cosas han tomado otro camino muy distinto. Lo que Lenin calificó de “deformación burocrática del Estado obrero” se impuso muy pronto y luego ha predominado en la gestión del país. Diez meses después del X Congreso del PCR (b) Lenin señaló, en las decisiones del Comité Central del PCR (b) (*El papel y las tareas de los sindicatos en las condiciones de la Nueva Política Económica*),¹⁰ que la dirección de las empresas basadas en el principio de dirección única debían fijar ellas mismas las escalas de salarios, etc., que “toda introducción directa de los sindicatos en la gestión de las empresas debía reconocerse, desde este momento, como absolutamente inadmisibles y nefasta”, que los sindicatos debían presentar sus candidatos a los órganos económicos y que “una de las tareas más importantes de los sindicatos consistía en promover y formar administradores entre las masas trabajadoras”. Esto dio libre curso y en una vasta escala a métodos a lo Tit Tititch (lo mismo puedo dar mi conformidad que no darla) en toda la gestión de la industria, desde la cima hasta la base.

De modo que, desde comienzos de los años veinte, en vida de

Lenin y bajo su dirección, la tendencia Partido-burocracia se acentuó en la gestión de la industria, y en la del Estado, y terminó imponiéndose a la tendencia Partido-sindicatos.

El problema campesino

Después de la derrota de la intervención y el final de la guerra civil, un segundo problema, de igual importancia, estaba planteado: el de las relaciones entre la ciudad y el campo, entre el Estado obrero y la población mayoritaria del país, el campesinado; la decisión sobre la conducta a seguir de cara a las masas campesinas, la manera de encarrillarlas en la vía de la revolución socialista bajo la dirección del proletariado.

Después de firmar la paz de Brest-Litovsk, el gobierno soviético había pensado al principio en organizar un gran “intercambio de mercancías” entre la industria socialista y el campesinado pequeño propietario. Pero eso no había dado ningún resultado apreciable porque, durante la guerra civil, la industria nacionalizada casi no se había desarrollado e incluso se había degradado a consecuencia de la penuria de combustibles y de materias primas. Pero, sobre todo, el mercado campesino del período de los “requisamientos” había impuesto al poder soviético unas relaciones con el campesinado basadas en la compra y venta de mercancías.

La NEP preconizada por Lenin tuvo fundamentalmente por objeto no sólo hacer concesiones a la burguesía urbana, a fin de organizar la industria ligera, sino también y sobre todo legalizar las relaciones comerciales burguesas entre el Estado soviético y las masas campesinas. Lenin veía ahí una palanca original que permitiría ir poniendo progresivamente en marcha el campo ruso sobre rieles socialistas. Planteó al Partido la tarea de “transformar la Rusia de los nepmans en una Rusia socialista”. A este problema dedicó uno de sus últimos artículos, “Sobre la cooperación”,¹¹ donde habla del “comercio”, de las “operaciones cooperativas” en las que las cooperativas del Partido debían englobar a “todo el pequeño campesinado” por medio de ventajas y de primas. Al mismo tiempo, Lenin recuerda la necesidad de realizar la “revolución cultural que ahora nos concierne a todos”. El plazo histórico que necesitará todo este proceso será largo: “Yendo las cosas lo mejor posible, podremos franquear (esta etapa histórica) en diez o veinte años”. Pero en caso de intervención exterior harían falta treinta

10. Lenin, *Obras*, t. 33, pp. 185-197. Véase Apéndices

11. Lenin, *Obras*, t. 33, pp. 480-487. Véase Apéndices

años o más. Lenin no habló nunca, como Stalin, de "colectivización rápida, completada y realizada mediante la violencia, de las explotaciones campesinas pequeñas y medianas, con la simultánea liquidación de los kulaks en tanto que clase".

De tal forma que, en los últimos años de su vida, Lenin ya no pensaba en una transición rápida de la sociedad rusa a la democracia directa primitiva, a la fundación de un Estado "que inmediatamente comenzaría a extinguirse". Pese a lo cual, creía que la burocraticación del aparato soviético era un fenómeno pasajero, que en un plazo de quince o veinte años los sindicatos llegarían, pese a todo, a "concentrar en sus manos" toda la dirección del conjunto de la economía nacional, y que, en un plazo de veinte o treinta años, todo el campesinado podría ser agrupado por medios pacíficos en las cooperativas, superando además la fase de la "revolución cultural". En uno y otro sentido, Lenin ha sido verdaderamente el "soñador del Kremlin".

El estilo estaliniano

Ninguna de las esperanzas de Lenin se han realizado. Stalin, que le sucedió en la dirección del Partido, dio cada vez más pruebas de un "estilo" distinto de dirección. Los rasgos típicos de su carácter social no han sido el sentido democrático, la abnegación en la prosecución de un objetivo, sino el gusto por el mando, el ultrarrevolucionarismo y el amor por el poder. Además, no tenía sentido del Estado ni la facultad de apreciar con exactitud la situación internacional. Y tres años después de la muerte de Lenin comenzó a encarrilar al Partido hacia la elaboración de planes para la construcción rápida de la industria pesada.

El plan de la Goebro,¹² redactado en 1921 siguiendo las instrucciones de Lenin y totalmente aprobado por él, ponía el acento en la "electrificación de todo el país". Preveía un aumento en diez años del 80 % de la industria transformadora y del 100 % de la industria extractiva. En esta época parecía prematuro proyectar la creación de ramas enteras de la industria pesada que no existían en la Rusia zarista. La dirección estaliniana abordó rápidamente la planificación de

12. Goebro: comisión estatal para la electrificación de Rusia presidida por Krzhishanovski. Su grandioso plan de desarrollo se inspiraba en la célebre fórmula de Lenin: "El socialismo es el poder de los soviets más la electrificación de todo el país".

los quinquenios; el primero fue puesto en marcha en 1929, lo que permitió la rápida transformación de Rusia en un país industrial.

Aunque haya exigido un enorme gasto de fuerzas humanas, la solución de grandes dificultades materiales y de enormes problemas de organización, aunque, más tarde, sobre todo a partir del segundo quinquenio, la nueva industria pesada haya sido erigida en buena parte mediante la explotación de centenares de miles e incluso millones de personas inocentes, calumniadas, arrestadas y deportadas a los campos de concentración, la realización de los planes quinquenales estalinianos ha resultado beneficiosa para el país. Si el Estado soviético no hubiera poseído una industria pesada adelantada, y antes que nada una industria defensiva, que permitió proporcionar al ejército en muy cortos plazos la necesaria cantidad de armas, de carros de combate y de aviones, Rusia no se hubiera salvado por la extensión de su territorio, por el frío ni por la conciencia que tenían las masas de un peligro mortal para la nación. Entonces, el ejército rojo hubiera sido derrotado, los alemanes hubieran alcanzado los Urales, todas las fuerzas democráticas del país hubieran sido aniquiladas y la mitad de la población hubiera sido masacrada en un baño de sangre. Rusia habría vuelto a ser un país semicolonial donde la situación habría sido quizá más horrible que bajo Nicolás II.

Las medidas adoptadas por la dirección estaliniana y, fundamentalmente, el desarrollo del país por la "vía rusa de transición al socialismo" han conducido naturalmente a una brutal intensificación de las divergencias en el interior del Partido y, luego, a una escisión del Partido en el poder. Un gran número de miembros, encabezados por Trotski, dejaron de creer en la posibilidad de triunfar por esta vía de desarrollo social. Unos antes y otros después, todos volvieron a las concepciones marxistas ortodoxas de transición al socialismo a través de un capitalismo nacional maduro; siguiendo el ejemplo de Lenin en 1917-1921, siguieron fundándose en la revolución proletaria en los países del "capitalismo clásico": lo que les insufló una mentalidad derrotista. Tal ha sido el fondo de las "oposiciones de izquierdas", primero fue la de Trotski y luego la de Zinóiev. Setenta y cinco de sus partidarios fueron expulsados por el XV Congreso del PCR (b) sin que por eso dejaran de luchar contra la dirección estaliniana.

Las "oposiciones de derechas" dirigidas por Bujarin, Ríkov y Tomski expresaban otras tendencias ideológicas. Aparentemente se mantenían fieles al plan leninista de transformar el campesinado por medio de la NEP, del comercio y de la revolución cultural en el cam-

po. Sin la menor duda, este es el sentido que tenía la consigna de Bujarin: "integrar al kulak en el socialismo", y el plan bienal de Ríkov, ambos de acuerdo en la prioridad del desarrollo de la industria ligera destinada a satisfacer la demanda del campo y, sobre todo, de sus capas acomodadas. Los disidentes de derechas fueron igualmente expulsados del Partido (en 1929) y también prosiguieron su lucha política contra la "línea general del Comité Central del PCR (b)".

Resulta difícil precisar hoy en qué medidas estas oposiciones pasaron a formas clandestinas de lucha contra la dirección del Partido y en qué medida esta lucha podía ser peligrosa para la existencia del nuevo Estado. Verdaderamente existía el peligro, lo que suscitó la feroz represión ejercida por la dirección estaliniana contra los dirigentes de los dos grupos. No obstante, las mismas formas que adoptó esta represión constituyeron un abuso extremadamente peligroso.

La lucha debería haberse llevado a cabo, fundamentalmente, explicando de la manera más extensa y más abierta a toda la población la esencia profunda de las divergencias que dividían al Partido en cuanto a la legitimidad de la línea general adoptada con objeto de afianzar y desarrollar las conquistas revolucionarias, convenciendo a los grupos disidentes mediante la refutación teórica de sus concepciones y reivindicaciones. Eso es lo que hubiera hecho Lenin de haber seguido viviendo hasta mediados de los años treinta.

En lugar de eso, Stalin, devorado por la sed de poder, por la crueldad y el jesuitismo de su carácter, emprendió la vía de las represiones arbitrarias: acusaciones falsas, procesos basados en falsas confesiones obtenidas mediante tortura y, al final, ejecución de sus compañeros, los viejos revolucionarios de gran clase.

Los procesos de 1935-1936 señalaron el comienzo de la masacre de los mejores cuadros del partido bolchevique de Lenin. Este sistema de represión privó a la dirección estaliniana de autoridad moral cara a la opinión pública del país. Así fue como nació un rasgo extremadamente peligroso y nefasto de la vida social soviética que ni la misma muerte de Stalin ha podido extirpar: el deseo por parte del poder de crearse una aureola a ojos de la población por medio de la mentira, pasando en silencio los defectos y exagerando los triunfos. Con estas prácticas es como ha nacido y se ha desarrollado el "culto a la personalidad de Stalin", extrayendo su origen social de las capas del *lump-proletariado*; este estilo ha degenerado en adoración y adulación cortesana, con sus frases lacónicas y ampulosas, sus gestos autoritarios, sus decorados de todas clases, sus retratos y esculturas obsequiosos. El

estilo de dirección proletaria propugnado por Lenin fue abolido, aunque Stalin y sus acólitos hayan imitado su sencillez y su espíritu democrático.

Stalin supo librarse de los últimos representantes del estilo de dirección leninista en el brasero de la represión ejercida contra los disidentes: Kírov, Kuibishev, Orjonikidze y otros muchos dirigentes. En el XVII Congreso del Partido y fuera del Congreso, estos mismos intentaron secretamente destituir a Stalin de su puesto de secretario general del PCR (b), pero sus tentativas se saldaron en un fracaso.

Enfurecido por esta acción, considerándose no sin motivos el iniciador e inspirador de la "línea general del Partido", apoyándose en un aparato burocrático sólidamente instalado en aquella época, y sobre todo en el aparato del NKVD,¹³ Stalin ejerció contra sus adversarios represiones abiertas o secretas, empujando a algunos de ellos al suicidio. Más adelante, con la colaboración de Beria, rodeó a sus compañeros y auxiliares más cercanos de una vigilancia policíaca oculta: a Mólotov, Vorochilov, Kalinin y Jdanov. Desde mitad de los años

treinta, el partido comunista dejó de existir en el sentido leninista. Se había transformado en un aparato del Partido guiado sin desaprobaciones por la voluntad del poder supremo. Dejaron de celebrarse congresos en las fechas reglamentarias: han pasado más de catorce años entre los congresos XVII, XVIII y XIX.

La burocratización del Partido

Estos cambios fatales en la organización y en el estilo de dirección del PCR (b) no tuvieron por causa fundamental los rasgos del carácter de Stalin, ni siquiera el origen social de ese estilo. La causa inmediata fue que, habiendo masacrado los cuadros de la antigua dirección leninista, Stalin tenía en adelante la posibilidad de no hacer llamamientos a la opinión pública, sino apoyarse en el aparato burocrático del Partido y del Estado que representaba, desde mucho tiempo antes, la única fuerza política efectiva del conjunto del país.

Esto fue así porque las propuestas de Lenin durante la polémica sobre los sindicatos, que deberían haber sido inscritas en los estatutos del PCR (b) (a los que, además, había hecho referencia Lenin), no se aplicaron ni desarrollaron. Para que, en un plazo de quince o veinte

13. Comisariado del Interior.

años, pudieran los sindicatos concentrar prácticamente en sus manos toda la dirección del conjunto de la economía nacional, el Partido hubiera debido prepararlos gradualmente. Hubiera debido combatir activamente los síntomas burocráticos de las instituciones del Estado, la "soberbia comunista" de los burócratas, el despotismo de los dirigentes, el papeleo, etc.

En lugar de eso, fue el propio Partido quien emprendió la vía burocrática y quien se fue progresivamente transformando en una jerarquía burocrática enormemente ramificada, basada en la subordinación y la sumisión: Comité Central de la Unión, comités centrales de las repúblicas, comités regionales, comités territoriales, comités de distrito, comités del Partido en las diferentes instituciones; pronto florecieron en el seno de esta jerarquía el espíritu de casta de los dirigentes, la veneración por las graduaciones, el servilismo ante los jefes, etc. Es completamente natural que los sindicatos, teóricamente llamados a educar y promover a los administradores del Partido, no hayan podido evitar esa suerte. A su vez, se transformaron progresivamente en instituciones de tipo burocrático que renunciaron por completo a "defender los intereses materiales y morales del proletariado contra el poder del Estado".

Por el contrario, se dejaron guiar por los intereses del Estado y su papel de cara a los trabajadores se ha limitado a ocuparse de las necesidades materiales, preferentemente de las de los trabajadores bien situados, y a recoger las cotizaciones. Y los congresos del Partido jamás han planteado la cuestión del papel de los sindicatos en la gestión de la economía de todo el país. De este modo, a partir de los años treinta, Stalin encarnó cada vez más no sólo al partido político del proletariado, sino también al poder de la dirección burocrática del partido sobre el proletariado y las demás capas trabajadoras. Esto es lo que le ha permitido librarse con tanta rapidez y tan brutalmente de todos los que le molestaban.

La aristocracia burocrática

¿Qué es la aristocracia burocrática del Partido, qué lugar ocupa en la estructura de la sociedad soviética, por qué debe ocupar una posición privilegiada, cómo gobierna el Estado y la población? Se ha supuesto y se sigue suponiendo que, después de la "liquidación de los kulaks en cuanto clase", a grandes rasgos, hay en la población rusa tres clases no antagónicas: los obreros, los campesinos de los koljoces y los funcio-

narios del Estado. En realidad, estos últimos jamás han constituido una clase homogénea.

Por una parte, existen los empleados normales, miembros del Partido, no investidos de poder, que no gobiernan en nada ni en nadie, que no pueden promulgar órdenes ni decisiones que tengan fuerza de ley. Y, por otra parte, los funcionarios con autoridad, que gobiernan las empresas, las instituciones, las ramas enteras de la economía, de la política, de la cultura, de la vida cotidiana y, en una palabra, todo el Estado en sus relaciones interiores y exteriores así como todo el Partido, en su actividad directiva y organizadora. Estas personas pueden promulgar órdenes y decisiones que tienen fuerza de ley. Constituyen la capa dominante de la sociedad socialista, que dirige todos los dominios de la vida, investida de la plenitud del poder. La aristocracia burocrática del Partido, a la que están sometidos todos los "niveles" del aparato del Partido y del gobierno, detenta la fuerza decisoria. Al parecer, nació a comienzos de los años treinta, en el seno de la capa dominante, la necesidad de instituir un cierto secreto. En realidad, sólo se trata de una línea de demarcación entre la dirección burocrática del Partido y todas las demás capas de la población. Asegura el aislamiento con respecto al exterior y la estabilidad interior, de modo que este personal se encuentra protegido contra todo accidente, contra toda fluctuación, contra toda intrusión de elementos no controlados o no seguros. Este estatuto privilegiado de la capa dominante ha encontrado su expresión en el retorno al sistema zarista de *nomencultura*, es decir, en el establecimiento de listas de individuos privilegiados, investido de la suprema confianza del Partido, a quienes se puede confiar un trabajo responsable en el marco del Partido o del Estado.

Los miembros de la *nomencultura* se han colocado de este modo en una situación privilegiada con respecto a la masa de población trabajadora. De esta manera, la aristocracia burocrática del Partido se ha liberado de la opinión pública de los trabajadores, se ha acostumbrado a despreciarla. Su actividad ha sido desplegada en una esfera separada, autónoma, sin control de la sociedad ni del mismo Partido. Es natural que esta aristocracia en el poder se haya esforzado por consolidar sus privilegios jurídicos no confesados e incluso sus privilegios materiales: la utilización, en nombre de una ley tácita, de distintos bienes, fundamentalmente los pertenecientes a la administración. Entre estas ventajas se pueden contar un salario alto, los "sobres" entregados en mano, la adjudicación de víveres inencontrables

en el comercio, las cantinas privadas, los grandes apartamentos a veces lujosamente instalados, así como las *dachas* con jardín, flores, pistas de tenis, piscina, coche y chófer privado, y las casas de reposo de gran *standing*.

¿Cuáles son las razones profundas que han hecho que las masas trabajadoras soviéticas, preparadas por el partido comunista para una específica vía de transición al socialismo, que no había previsto el marxismo, se hayan encontrado muy pronto, en los años siguientes a la muerte de Lenin, bajo el poder ilimitado de estos dirigentes? ¿Cómo se ha convertido en letra muerta el principio del centralismo democrático aplicado a la organización de la sociedad y previsto inicialmente por los estatutos del PCR (b)? ¿Por qué el centralismo de la dirección del Partido ha aniquilado la democracia conservándola sólo para las formas externas? Estas causas tienen sus raíces en la "vía rusa de transición al socialismo" derivada de la situación revolucionaria de 1917.

Rusia, un país inmenso, económicamente atrasado, que contaba con una aplastante mayoría de campesinos y pequeño burgueses, una vez derribados sus antiguos gobernantes, porque estaban completamente degenerados y eran impotentes, llegó a un grado de organización económica total y ha tropezado, cuando ha querido desarrollarse, con dificultades inauditas. Con objeto de levantar y de hacer progresar rápidamente su economía, con objeto de aplastar la resistencia de la burguesía rural reaccionaria, con objeto de resistir sola, rodeada por un cerco capitalista muy fuerte y amenazador, hizo falta realizar gigantescos esfuerzos de centralización y de organización, y disponer de inmensos recursos materiales. La necesidad absoluta, bajo pena de muerte, de un desarrollo económico acelerado y el difícil clima internacional exigieron una organización centralizada que excluía tanto un largo proceso de educación en la democracia socialista como una "integración progresiva del kulak en el socialismo". Desde este punto de vista, Stalin tuvo razón en revisar los planes de Lenin y de Bujarin y en abrogar con tanta prisa la NEP. Pero precisamente gracias a eso fue cómo progresó a pasos de gigante la creación de una jerarquía del Partido y del gobierno, jerarquía extremadamente brutal y cruel.

No obstante, sólo se trataba del sistema indispensable de palancas de la gestión administrativa centralizada; no sólo hacía falta gobernar, sino también construir la economía del país sobre bases nuevas. El restablecimiento de la industria, el sostenimiento del ejército, del

aparato, etc., costaban terriblemente caros. Pero la reconstrucción de la agricultura, la creación de un gran número de nuevas ramas industriales, de nuevos institutos científicos, todavía costaba más caro. Como era imposible conseguir empréstitos en el extranjero, era necesario obtener los recursos materiales de la población, no solamente con la ayuda de los préstamos interiores, sino, ante todo, explotando directamente el trabajo de los obreros, los campesinos y los empleados. La creación del régimen capitalista exigió una "acumulación personal"; la creación del socialismo en un país atrasado y arruinado exigía igualmente una fase equivalente. La ley de la apropiación de la plusvalía por el Estado ha operado directamente en la industria.

En su folleto *Las bases económicas del comunismo*, Stalin afirmaba sin razón que la categoría de valor dejaría de existir en el régimen comunista. Pensaba en el "valor de cambio" que se produce en las relaciones comerciales. En realidad, de cualquier forma que se exprese el valor del producto, se mide por la cantidad de fuerza de trabajo gastada en producirlo y, en consecuencia, existe una correlación perfectamente objetiva entre el trabajo y sus resultados materiales.

Esta es la razón de que la plusvalía no pueda desaparecer del todo. Si, en un régimen comunista, la sociedad renuncia a calcular el precio de coste de la producción de tal o cual producto, se precipitará en el caos económico. En todas las fases de la producción social subsiste no sólo el valor de cambio del producto, sino también la plusvalía nacida del proceso de producción. Cuanto más trabajo intelectual, científico o técnico contiene el trabajo productivo, más crean productos cuyo precio supera las expensas del obrero para reconstituir su fuerza de trabajo, así como las expensas mediante las que el propietario de la empresa socialista reproduce su capital. Si el producto disfruta de la correspondiente demanda por parte de la sociedad, todo el problema se reduce a saber en qué manos quedará la plusvalía, si en las del mismo obrero, si se trata de un pequeño empresario, o bien si en las manos del grupo de propietarios que hace trabajar al obrero: asociaciones de pequeños productores, gran empresario privado del Estado burgués o, por último, Estado socialista.

Este último caso es el que se produjo en la gran industria de la sociedad soviética. El Estado centralizado, gobernado por el Partido y la burocracia, se apropia, realizando el valor del producto en su propio comercio estatal, de la plusvalía creada por el trabajo de los obreros y la utiliza para subvenir a sus necesidades, es decir, esencialmente, para desarrollar la economía nacional socializada, pero también para

acrecentar los privilegios materiales de la aristocracia del Partido y de la burocracia.

De este modo, la plusvalía del Estado puede realizarse por dos medios: a) mediante la regulación del salario de los obreros y empleados; b) mediante la regulación de los precios de los productos vendidos en los almacenes estatales. En ambos casos el beneficio del Estado y de la capa dirigente se realiza en detrimento de los obreros y los empleados. Los precios del mercado estatal son fijados en las tasas máximas, calculados y a veces ni calculados, multiplicados muchas veces, incluso superando a veces con mucho las expensas reales del trabajo contratado por el Estado para producir esos productos. Por su parte, los trabajadores reciben el salario mínimo que, en razón de los precios de los productos, les permita a duras penas sobrevivir. Esto tiene como consecuencia humillar moralmente a los trabajadores, hacerles muchas veces buscar medios de existencia suplementarios, acumular empleos e incluso transgredir la ley.

En contraste con esta insuficiencia de los medios de existencia, que constituye la suerte de las grandes masas, existen capas de población superpagadas: la alta burocracia del Partido y del Estado, incluidos los militares, así como los científicos y los artistas que han hecho carrera.

En la agricultura la situación es aún peor. De hecho, las cooperativas agrícolas deberían disponer con pleno derecho de sus fuerzas productivas, de la tierra, del material, de las máquinas y, como consecuencia de lo anterior, de los productos de su trabajo, que deberían vender al Estado según libre acuerdo y a precios ventajosos para ambas partes. Igualmente deberían tener una autogestión libre, basada en la electividad de los dirigentes y los organizadores.

En realidad, desde los primeros pasos de la organización de los koljoces, la dirección estaliniana los ha colocado bajo el régimen permanente de incautaciones colectivas y de gestión impuesta. Los koljoces han debido llevar a cabo las rotaciones de cultivos en función de un plan "fabricado" por las secciones agrícolas de los comités ejecutivos, han sido dirigidos por presidentes nombrados por los comités regionales y han pagado impuestos, en forma de entregas en especies, en las cantidades deseadas por el Estado y a precios sólo ventajosos para éste. Muchas veces, el volumen de las entregas en especies eran tan grandes que excedía las posibilidades de los koljoces, aunque la retribución del trabajo fuera irrisoria, a veces incluso insignificante. Al margen del mercado, desde la segunda mitad de los años treinta las parcelas de los

koljocianos han sido fuertemente amputadas y se ha limitado sensiblemente el derecho a criar ganado y aves. Los koljocianos no tienen derecho a segar hierba para alimentar a sus animales en ninguna parte. Es natural que la población de los koljoces haya buscado, dadas sus condiciones, ganarse la vida de otra forma, instalarse en la ciudad para trabajar. Con objeto de contener esta hemorragia de mano de obra, fueron retirados los pasaportes de los koljocianos, que perdieron el derecho a abandonar la aldea sin permiso del presidente y de los representantes locales del poder.

De hecho, la dirección estaliniana ha arruinado los koljoces, sobre todo en la parte septentrional de la Rusia europea y ha hecho perder a numerosos koljocianos todo interés por el trabajo. Sólo en el sur y en el sudeste del país, donde la tierra recompensa el trabajo al céntuplo, han podido escapar los koljoces a la miseria, incluso a veces prosperar.

Los bonzos y los sátrapas del Partido

De este modo, las relaciones económicas reales en la industria y en la agricultura han entrado en flagrante contradicción con los ideales del comunismo y con el programa del Partido. Muy pronto, la aristocracia burocrática que dirige el país ha comenzado a disimular la verdadera situación a la población, a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, a rodear de ley del silencio la verdadera coyuntura y los procesos económicos que funcionan en el país. Más aún, la economía de la URSS se ha disimulado ante la opinión pública mundial, tanto ante la opinión hostil de los medios burgueses como ante los del proletariado de los países adelantados que en principio abrigaban simpatía por la Unión Soviética. La economía ha sido un tema tabú. No se habla, no se escribe nada al respecto. Pero, como la economía es uno de los conceptos fundamentales del marxismo y era imposible no decir ni escribir nada sobre la materia, pronto se ha creado la costumbre de entender por economía el desarrollo de las fuerzas industriales del país. Se ha bautizado de "economía" la construcción, la puesta en funcionamiento y la actividad de las minas, talleres, fábricas, centrales eléctricas, ferrocarriles, etc. La economía, en el verdadero sentido del término, se ha convertido, como dice el proverbio ruso, en "un libro cerrado con siete sellos".

Este ocultamiento de la economía a los ojos de la población y la falta de control de todas las medidas económicas adoptadas por el pö-

der han sido la base, el punto de partida, de la rápida burocratización del mismo poder, de la constitución de una jerarquía burocrática del Partido, aislada de las masas trabajadoras, situada por encima de ellas. Este secreto económico ha creado un abismo entre la excesiva pobreza de los trabajadores y el excesivo acomodo de la aristocracia, y ha favorecido toda clase de abusos en este campo.

Así, el principio teórico del socialismo: "De cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo", hace mucho tiempo que se ha pervertido. El trabajo de los ciudadanos normales está mal pagado, incluso si manifiestan capacidades que se salen de lo común y cumplen bien con su trabajo. Por el contrario, el trabajo de los privilegiados de la *nomenclatura* está muy bien pagado, a veces incluso de una forma exorbitante, incluso si no manifiestan ninguna capacidad especial, incluso si son perjudiciales por sus fanfarronadas y su papeleo burocrático. Todo esto da origen a ciertas contradicciones en la vida de nuestra sociedad.

¿Se funda esta contradicción en la explotación de las grandes masas populares por la capa dominante de la sociedad? Evidentemente, los privilegiados de la *nomenclatura* y sus familias disponen de medios excesivos porque se apropian, en virtud de un código jurídico secreto, de una cierta parte de la plusvalía que proporciona la producción del conjunto nacional, creada por el trabajo de obreros, koljocianos y empleados normales. Cuando estas categorías expoliadas chocan con los hechos que testimonian la desmesurada comodidad de la capa gobernante, padecen naturalmente con respecto a ésta celos, odio, desprecio y una especie de animosidad social.

Quienes de esta manera han usurpado toda clase de privilegios en la vida diaria y, como consecuencia, han acrecentado su poder e incluso han cometido abusos, han sido fundamentalmente los representantes de la aristocracia burocrática del Partido que, por sus orígenes sociales, la influencia del medio y sus inclinaciones personales, tenían propensión a la suficiencia burocrática, la altivez, el espíritu de casta y el gusto por el mando. Hace mucho tiempo que se ha creado un tipo de burócrata del Partido, de cara repleta, de maneras groseramente imponentes, de costumbres despóticas y violentas. Esto no quiere decir en absoluto que todos los dirigentes del Partido pertenezcan a este tipo. Hay entre ellos muchos hombres modestos y honrados, que disfrutaban con moderación de sus privilegios y, en la medida de lo posible, pasan desapercibidos. Ay, los "bonzos" y los sátrapas del Partido son muy numerosos. Cuanto más lejos viven de Moscú, sobre

todo en las regiones del sudeste, más se desenfrena su sed de poder. Incluso han perdido la costumbre de pensar con la simplicidad de Lenin, con su espíritu democrático, y la mención de sus cualidades en los artículos y discursos aniversarios no les produce el menor efecto. El proceso de Beria y Baguirov ha demostrado hasta dónde algunos de ellos, sobre todo los situados más en la cumbre, podían llegar en la escalada del crimen.

Pero el rasgo más peligroso de la actividad de esta aristocracia no es su inclinación por los abusos personales, sino su general incapacidad para gobernar verdaderamente el país. Debido a su misma naturaleza burocrática, los dirigentes del Partido demuestran cada vez más, en su trabajo, inercia y conservadurismo, desprecio de agarrarse sólidamente a las formas de vida rutinarias, temor a tales o cuales cambios decisivos en las relaciones sociales establecidas y en los principios reinantes. La inmensa mayoría de los burócratas soviéticos prefieren siempre seguir la letra de la ley, los métodos y los procedimientos rutinarios, cada vez que hace falta preparar y aplicar tal o cual medida, antes que dejarse guiar por el interés de la causa, por la consideración del beneficio para la sociedad, por las ventajas para el Estado, por el bienestar de las masas trabajadoras. Se hunden en el papeleo administrativo, evitando toda iniciativa innovadora en materia de organización, enterrando las invenciones técnicas más valiosas, frenando el intercambio internacional de experiencias científicas, e incluso es posible que lleguen a sostener a los partidarios de teorías retrógradas y a difamar a los promotores del pensamiento científico de vanguardia, como ha sido el caso, por ejemplo, de la biología durante muy largos años.

Esto cuesta terriblemente caro a la sociedad, al Estado y a toda la población. Esto perjudica con mucha frecuencia al prestigio de la URSS a escala mundial. El ejemplo más pasmoso de estos desaguisados ha sido la negligencia criminal con que la dirección estaliniana se preparó para la guerra; ésta costó exorbitantes pérdidas y derrotas al país en los primeros años del conflicto. Ninguna fuerza estuvo en condiciones de vencer esta inercia mortal, este conservadurismo de los círculos dirigentes.

Policía y política

¿Cómo se refleja esta estructura social de la sociedad soviética en las relaciones políticas, en su vida ideológica y moral? El ilimita-

do poder de la dirección burocrática del Partido disimula ante los trabajadores el mecanismo de la feroz explotación económica de los obreros, de los empleados y, sobre todo, de los koljocianos, en nombre de la construcción del comunismo. Los dirigentes se aprovechan para asegurarse las ventajas materiales. Igualmente ha determinado esto la estructura política de la sociedad. La dictadura del proletariado, cuyos fundamentos teóricos han sido enunciados por Marx y Lenin, se ha transformado a toda velocidad en la dictadura de la dirección burocrática del Partido.

A pesar del hecho de que, incluso en los años treinta, antes de la liquidación de los kulaks, habían coexistido dos formas de propiedad: la propiedad del Estado, bautizada sin razón de propiedad "del pueblo", y la propiedad "koljociana, campesina y cooperativa", cada una de ellas animada "de intereses políticos propios", pese a eso el país está gobernado y ha estado gobernado únicamente por un partido político organizado burocráticamente. Esto entraña la degeneración total de la forma de "poder de los soviets" o, más exactamente dicho, del "poder de los delegados obreros y campesinos".

Con la jerarquía de los privilegiados de la *nomenclatura*, la burocracia del Partido dirige al país no mediante los soviets, sino mediante las instituciones del Partido: Comité Central, comités regionales, comités de distrito, e incluso mediante las instituciones estatales colocadas bajo su poder: consejos de ministros, ministerios, ejecutivos regionales y de distrito, así como sus secciones. Todos estos organismos estatales llevan el nombre de "soviéticos", consideran que verdaderamente lo son y que el poder que ejercen es el de "los soviets" sólo porque sus dirigentes, representantes de la aristocracia burocrática del Partido, desempeñan al mismo tiempo las funciones de delegados de los soviets, elegidos por el conjunto de la población sobre la base de elecciones "directas, secretas e igualitarias". Ahora bien, estos delegados no son presentados por la propia población, ni por sus organizaciones sociales, ni por la opinión pública de los trabajadores, sino en secreto por tramitación del Partido burocrático. En cuanto a la población, es obligada a apoyarlos y votarlos.

Los soviets no sólo se componen de burócratas del Partido, sino también de otros delegados igualmente presentados por la aristocracia en recompensa por tales o cuales méritos rendidos a la sociedad y por su aptitud para someterse ciegamente al poder. Los delegados de esta clase forman parte de distintas secciones de los comités ejecutivos, participan en las discusiones de tales o cuales problemas, que

previamente han sido planteados y resueltos por la dirección burocrática del Partido al frente de estas secciones, de los comités ejecutivos y a veces de los círculos dirigentes superiores. Los simples delegados son totalmente incapaces de cambiar nada por su propia iniciativa y por su inteligencia. Sus funciones fundamentales consisten en establecer contacto con la población, recibir solicitudes, quejas, en su mayor parte de carácter personal, procedentes de la vida cotidiana, y someterlas a la autoridad burocrática sin que, por otra parte, sean automáticamente satisfechas.

Lo mismo puede decirse respecto a los delegados elegidos para el Soviet Supremo y que asisten a las sesiones, donde pronuncian intervenciones sobre los problemas planteados y resueltos por adelantado en los círculos del Partido. Su papel consiste siempre en "llevar la corriente" de forma puramente verbal o bien en adaptar las decisiones a las necesidades de sus dominios territoriales y profesionales. Del mismo modo, las elecciones de estos delegados se convierten en pura formalidad, privada de todo contenido, en una parodia de la democracia soviética. La población elige los candidatos previamente escogidos por los círculos del Partido; lo que es más, elige un único delegado entre un único candidato posible. Como la población comprende, o al menos siente todo esto, vota dócilmente con objeto de cumplir con su deber cívico formal, sin el menor interés por los resultados.

De manera que se puede decir que el "poder de los soviets" existe en nuestro país en un sentido especial: la aristocracia del Partido gobierna el país en nombre de los soviets, cuyos delegados son elegidos bajo coacción. No sólo los ciudadanos "sin partido", sino también los miembros de la base del Partido está prácticamente privados de todo derecho político. Cualquier forma de divergencia política, y con mucha más razón de lucha política, sea de la clase que sea, se considera inadmisibles y es objeto de las represiones políticas más rigurosas y brutales. Según la pasmosa expresión del escritor A. Iachin, todos los miembros del Partido se han convertido, desde hace mucho tiempo, en "palancas" políticas. En estas condiciones, la actividad política pública del poder del propio Estado se reducen a organizar y reconocer las instituciones gubernamentales, a designar y destituir al personal, a ser el portavoz de los puntos de vista oficiales de los dirigentes.

No hace falta sacar la deducción de que la lucha política nacida de las decisiones relativas a la vida civil está ausente. Existe, pero se desarrolla a escondidas, a puerta cerrada, en las profundidades de los

organismos del Partido y del Estado. Las masas trabajadoras no toman parte. Se informan de sus resultados por la publicación de las decisiones ya adoptadas o por los rumores que siempre corren el riesgo de ser falsos, que incluso pueden estar propagados por tales o cuales círculos, muchas veces hostiles. En otras palabras, la vida política del país carece de todo carácter democrático. La política está rodeada por la ley del silencio en igual o incluso mayor grado que la economía.

En semejante clima es natural que surjan dificultades políticas. Hace mucho tiempo que el país conoce la dictadura de un estrecho círculo de altos dirigentes del Partido; normalmente reviste el aspecto de la dictadura de ciertas personalidades que tienen la aureola de un poder supremo del que es fácil abusar. Así fue en 1934, cuando Stalin emprendió la política de destruir a los más visibles oponentes del Partido, y del mismo golpe saldó cuentas con cierto número de los principales dirigentes que se oponían a su ascensión y a sus métodos de dirección. Por todo el país se ha extendido un clima de sometimiento y de delación interiorizados e intensos. En la mayor parte de las instituciones, colectivos, empresas e incluso en las viviendas comunitarias, los organismos de instrucción judicial han colocado informadores políticos. Numerosos ciudadanos han aceptado llevar a cabo esta infame misión, sea por miedo o bajo la presión de los organismos policíacos, sea por ambición personal. Luego, algunos de estos informadores han abusado de su poder para calumniar a personas perfectamente inocentes o para arreglar con algunas de ellas cuentas personales.

Después de esta "campaña" de espionaje secreto, de acusaciones sin fundamento, intervino en escena el tercer ciclo de abusos del poder ilimitado, ligado al nombre de Ejov y luego al de Beria. Durante este período, millones de ciudadanos soviéticos fueron víctima de detenciones, de torturas, de ejecuciones, fueron condenados a largos períodos en cárceles y en campos de concentración de donde muchos nunca han vuelto, diezmados por el hambre, el trabajo agotador y las enfermedades.

Para justificar esta represión masiva contra los simples ciudadanos, Stalin montó una teoría especial según la cual la lucha de clases, en un país en vías de construcción del socialismo, continúa e incluso se intensifica durante un largo período, hasta que se ha construido y consolidado la nueva sociedad. El sentido objetivo de esta operación consistiría, al parecer, en que, frente a la dura explotación de los trabajadores que suscitaba su descontento, frente a la creciente agresión por parte

de los países capitalistas y, en primer lugar, de la Alemania fascista, Stalin contaba con reforzar su poder sobre los círculos burocráticos del Partido que dirigía dividiendo a las masas trabajadoras y educando políticamente a la mayoría contra la minoría. Su aparato policíaco de investigación e instrucción ha detenido a cerca de una décima parte de los ciudadanos, tratándolos de enemigos del pueblo, acusándolos de traición y de complicidad con las fuerzas enemigas del extranjero, todo esto con el fin de aterrorizar a las nueve décimas partes restantes que quedaban en libertad, de crearles la ilusión de un peligro que amenazaba al régimen socialista y de hacerlas más dóciles a los círculos dirigentes y de la aristocracia, y también más entregadas al poder.

Con objeto de poner en práctica estas represiones, había en el aparato policíaco de investigación e instrucción gran cantidad de individuos en posesión del carné del Partido que, movidos por el deseo de hacer carrera o por un miedo que alcanzaba proporciones de descomposición moral, estaban dispuestos a aplicar las más crueles medidas extremas contra las personas detenidas. Aunque hayan habido muchos menos verdugos y sádicos en los calabozos y en los campos de concentración de Stalin que en los de Hitler, se puede afirmar que no había ninguna diferencia de principios entre ellos. Mientras que los fascistas quemaban, sobre todo en los hornos crematorios de Maidanek y Auschwitz, a los ciudadanos de los países ocupados, los policías y esbirros de Stalin aplicaban sus talentos a sus propios conciudadanos. Esta es la razón de que en nuestro país se maldiga abiertamente a los fascistas que han martirizado a los pueblos y se guarde el más absoluto silencio sobre los organismos de represión estalinianos. Muchos de los antiguos verdugos siguen en libertad y cobran buenos retiros.

Los dogmas del poder

El sistema del centralismo democrático del Partido que constituye la base de la vida soviética no ha podido dejar de reflejarse en su ideología. De hecho, la ideología del régimen en el poder siempre se crea para justificarlo a ojos de la sociedad idealizando los aspectos positivos y borrando los aspectos negativos. En el Estado soviético, la ideología sólo ha sido creada y difundida entre la población por la dirección burocrática del Partido que gobierna el país por métodos dictatoriales basados en un régimen de secreto para todo lo referente a la economía y la política. Por tanto, el centralismo ideológico do-

mina todo el país; una ideología única que excluye y reprime a todas las demás. El total de la prensa y de la censura pertenece al Partido y al Estado colocado en sus manos. El derecho de reunión y de manifestación pública sólo a él pertenecen, sólo él lo regenta; toda libertad de palabra es rechazada.

Esta es la razón de que la ideología dominante ignore los principios de la investigación y del espíritu crítico. Sólo se pueden criticar algunos hechos y personas aislados, e incluso en ese caso a condición de que éstas no ocupen cargos altos. Está prohibido, bajo pena de duras represalias, criticar el régimen existente, los principios de organización del poder y la dirección de la vida social. Por eso nunca ha habido ninguna discusión pública en la sociedad ni siquiera en el Partido. La época de las discusiones políticas de 1920 resulta absolutamente de fábula. Todo esto ha transformado la ideología dominante en un dogma infalible, en gran medida verbal, formal, basado en la manía de las citas y en la referencia a autoridades. De las obras de Marx, Engels y Lenin se escogen únicamente las tesis susceptibles de justificar la situación existente, mientras que lo demás se deja de lado. Este método es especialmente aplicado a los trabajos y declaraciones de Lenin, aunque la concepción dominante se denomine "marxismo-leninismo". La historia del Partido se expone de forma enormemente tendenciosa, para inflar la autoridad de la dirección del Partido y su actividad, y ensombrecer toda oposición, todos los adversarios de esa dirección. Al presentar de este modo las cosas, se pasa en silencio un gran número de acontecimientos y de nombres, se atribuye a quienes se quiere desacreditar acciones y pensamientos que nunca han sido los suyos.

Esta ideología se dogmatiza e impone a las masas en la prensa y en las declaraciones públicas de la dirección. Se impone a la juventud en las instituciones de enseñanza superior, en el sistema de educación política del Partido y en las escuelas del Partido. Naturalmente, es tenida por la palabra del Evangelio por las gentes muy ingenuas y poco evolucionadas en el plano político, y a su vez colabora a acentuar esta ingenuidad y este atraso. Determinados individuos, sobre todo los miembros del Partido, se esfuerzan por asimilarla, considerándolo un deber moral hacia el Partido.

Esta propaganda ideológica oficial provoca fatalmente en numerosos ciudadanos indiferencia y degradación ideológicas, escepticismo e incluso cinismo. Hace mucho tiempo que la "desideologización" afecta cada vez más a la sociedad, creando un terreno favorable a toda clase de influencias y caprichos, a veces perfectamente necios. Claro

está, todo esto no ha tenido como resultado el reforzamiento sino el debilitamiento del régimen.

Un mundo pequeñoburgués

Los principios materiales e ideológicos que rigen el país engendran en definitiva la moral de la sociedad. La vieja moral religiosa, que incitaba a hacer el bien y a asegurar el triunfo de la justicia en la perspectiva de una vida eterna, hace mucho tiempo que está desacreditada a ojos de la mayoría de los miembros de la nueva sociedad, si bien la fría abstracción de la propaganda ideológica oficial empuja a algunos a dejarse seducir por la vieja simbología religiosa. La nueva moral materialista no está analizada en el plano teórico ni fundada desde el punto de vista filosófico e histórico. Se reduce, igualmente, a la proclamación dogmática de eslóganes abstractos, incapaces de ejercer ninguna influencia poderosa y profunda sobre los espíritus. Las relaciones que rigen la sociedad soviética favorecen muchas veces al resurgimiento de supervivencias o de actos inmorales. Por una parte, el bienestar material y las excesivas comodidades de la existencia de que disfrutaba la aristocracia burocrática del Partido provocan muchas veces en los privilegiados de la *nomenclatura*, y sobre todo en los miembros de sus familias, suficiencia y arrogancia, y también muchas veces perversión. Eso las empuja a desear siempre ventajas, a vender y apropiarse del material del Estado, a satisfacer sus pasiones desbocadas que a veces les conduce al crimen. La prensa ha hablado de "podredumbre" a propósito de esos jóvenes pervertidos por un exceso de riqueza. Se habla de ellos de vez en cuando, se les condena, pero eso no cambia en nada la situación.

Al contrario, la situación material precaria de los trabajadores de la ciudad y del campo les incita, con frecuencia, a mejorar mediante el robo su nivel de vida muy bajo y acarrea también su hundimiento moral, que se traduce en toda clase de fenómenos reprobables: embriaguez, malos tratos a las esposas y los hijos, pendencias domésticas, rechazo del trabajo, delincuencia e incluso crímenes insensatos. Lo extraño no es que solamente los hombres hundidos en una gran miseria arruinen las vidas de sus familias, cometan crímenes, sino que gentes que tienen empleo y muchas veces buenos salarios abandonen a la mujer y los hijos, y a veces saquen los cuchillos, no por indigencia, sino por falta de educación y por degradación moral. Lo cual a

veces limita con la bestialidad y el sadismo; se ha visto, por ejemplo, a dos individuos que se jugaban a las cartas la vida de los transeúntes o de los visitantes.

Podría parecer que la situación es menos grave para las capas medias de la sociedad soviética, cuyo tren de vida es bastante modesto y que ganan lo suficiente para asegurar a su familia una vida decente. Pues bien, precisamente en la conciencia moral de esta categoría es donde se manifiesta de forma más flagrante otro rasgo negativo de la vida soviética: la ausencia de espíritu verdaderamente democrático y de sentido cívico. Lo cual conduce a estas gentes a atrincherarse en el universo de los intereses privados, familiares, y a aspirar a una existencia de pequeñoburgueses. El ciudadano soviético normal se preocupa, fuera de su trabajo, de conseguir la máxima cantidad de bienes de consumo, de tener un bonito piso, un terreno para su dacha, televisor, ropas, etc. Guarda su dinero, presume delante de sus parientes y vecinos. Los individuos con tal mentalidad representan de hecho la pequeñaburguesía soviética.

La ausencia, en la vida de nuestra sociedad, de un espíritu democrático vivo y de la libertad de opinión y de palabra, el carácter oficial y dogmático de la ideología, han tenido como consecuencia desunir a los miembros de la sociedad en su existencia cotidiana, hacerles indiferentes e insensibles con respecto a su prójimo. Ciertamente que uno encuentra familias y grupos profesionales bien unidos, cuyos miembros se apoyan moralmente. Pero éstos sólo son islas perdidas en el desierto general de la indiferencia y de la soledad morales. Quien no tiene una gran familia unida y buenos amigos, carece de otro horizonte en la vida que no sean los jefes, que son fríos burócratas, y los indiferentes vecinos. Si conoce la adversidad, raras serán las personas que manifestarán el desco y la voluntad de ayudarle.

En conjunto, los ciudadanos soviéticos no tienen la menor noción de lo que podría ser una verdadera democracia soviética ni del colectivismo de las relaciones sociales que resultaría. Así, si en la vida política y social hace mucho tiempo que la sociedad soviética es una sociedad de burocracia centralizada, en sus principios ideológicos y morales, no hace menos tiempo que es autoritaria y basada en el culto de las autoridades. La mayor parte de los ciudadanos conscientes, entregados al régimen, tienen una visión del mundo pequeñoburguesa bajo el nombre de "marxismo-leninismo".

La aspiración a los bienes de consumo y al enriquecimiento personal no se debe solamente a las particularidades de las relaciones

morales y económicas que rigen en nuestro país. Al parecer existen otras causas históricas mucho más profundas que entran en juego. En 1869, Herzen escribió en la primera carta a su viejo camarada: "Cuando la pólvora haya hecho explotar todo el mundo burgués, el humo se haya disipado y las ruinas hayan sido descombradas, este mundo comenzará a edificar con algunas modificaciones otro mundo burgués. Porque interiormente no está acabado y porque, además, es el mundo del presente y ninguna organización nueva puede tampoco hacer otra cosa que completarlo al consumarlo."

La vía rusa de transición al socialismo presenta una particularidad específica: debido a la debilidad de la burguesía, sólidamente vinculada al régimen autocrático y señorial, y debido a su bancarrota nacional generalizada, el desarrollo del capitalismo se ha interrumpido en Rusia en sus comienzos. El pueblo ruso no ha conocido ni ha vivido la fase normal de las relaciones capitalistas. Esta tendencia no ha quedado satisfecha como lo hubiera sido en un desarrollo histórico objetivo. Por el contrario, estas relaciones, que tenían una existencia subjetiva interiorizada, han sido aplastadas por una brutal transición a la expropiación de la propiedad privada de los medios de producción. El mundo burgués ruso no estaba "interiormente acabado" y es natural que haya comenzado a aflorar progresivamente a la superficie en el mundo socialista, en la medida en que lo permiten los principios de la producción socialista y de la vida comunitaria. La vuelta a ese mundo es evidentemente imposible; sin embargo, reprimido en el fondo del corazón de los soviéticos, se manifiesta cuando tiene ocasión y entorpece el desarrollo de la nueva sociedad.

Una parodia del comunismo

Tal es el aspecto negativo de la vida social del pueblo que ha sido el primero en emprender la vía rusa de transición al socialismo y la sigue al cabo de cincuenta años. Todos sus rasgos nocivos se han formado y desarrollado durante los treinta años de dirección estaliniana. Stalin murió en 1953 y, después de esta fecha, podría creerse que han habido cambios importantes en la vida de la sociedad soviética. La legalidad ha recobrado sus derechos, se ha dejado de declarar "enemigos del pueblo" a los inocentes, de detenerlos, de juzgarlos a puerta cerrada, de ejecutarlos, de deportarlos y de que enfermen en los campos de concentración.

Pero ¿ha cambiado por eso el régimen social de nuestro país? Uno está obligado a responder negativamente a esta pregunta. El poder del Estado sigue perteneciendo a la aristocracia burocrática del Partido. La política sigue siendo ocultada a las masas trabajadoras. Ni los sindicatos ni las demás organizaciones, cualesquiera que sean, toman parte en la gestión de la producción. Los trabajadores siguen votando por los delegados en los soviets previamente escogidos; y los ministros, los presidentes de los comités ejecutivos, de los comités regionales designados por el Comité Central y de los comités regionales del Partido siguen gobernando el país en su nombre. El contraste entre el excesivo bienestar material de la aristocracia dirigente y el salario extremadamente bajo de la mayoría de los obreros, empleados y koljocianos, subsiste. Esta desigualdad sigue siendo la causa de numerosos crímenes de derecho común. La concepción oficial inculcada desde arriba, y sin discusión, domina todavía la conciencia de los ciudadanos. Esto sigue dando lugar a manifestaciones de inmoralidad social. Los ciudadanos soviéticos continúan estando privados de toda información verdaderamente democrática.

Llevan a cabo difícilmente las prescripciones del poder supremo y desenvuelven sus mediocres existencias de productores, empleados y pequeñoburgueses. Esta inmovilidad de los principios de la gestión del país procede de causas interiores y exteriores.

Las primeras son esencialmente el hecho de que la aristocracia burocrática del Partido, formada y educada bajo Stalin, no quiere renunciar por nada en el mundo a su ilimitado poder personal, incontrolado e irresponsable, al secreto de sus medidas políticas y económicas, ni a sus privilegios jurídicos y materiales. Está incrustada en este sistema de vida y de pensamiento y no comprende, o finge que no comprende, hasta qué punto se trata de una contradicción formal con la verdadera democracia socialista. Un hecho típico lo atestigua: las tentativas hechas por Kruchef para restringir, siquiera parcialmente, el bienestar material de los privilegiados de la *nomenclatura* no ha producido ningún resultado substancial. Sencillamente se lo impidieron.

La causa exterior del mantenimiento de los principios estalinianos es la aparición en el proscenio del mundo capitalista de los Estados Unidos, una gran potencia agresiva. Esto obliga al gobierno de la URSS a dedicar un enorme presupuesto a la defensa, a conservar un régimen político cruel en el país, a mantener secretos económicos y políticos así como su ilimitado poder.

Con objeto de modificar la situación existente se impone un giro

realizado desde arriba. Es imposible confiar en una iniciativa de la base. Las masas trabajadoras están tan acostumbradas a la sumisión que no pueden obligar a los círculos dirigentes a emprender la realización de las tareas que Lenin encomendó a la sociedad soviética en los últimos años de su vida.

Realizar el comunismo no consiste sólo en acrecentar las fuerzas productivas. El comunismo es, ante todo, el triunfo total del espíritu democrático socialista y de la iniciativa cívica libre de las masas, basado en la autogestión por parte de los trabajadores de todos los dominios de la vida. Mientras no se comience a combatir progresiva y conscientemente las terribles perversiones de la democracia soviética, que constituyen la particularidad esencial del actual régimen, el comunismo será imposible en la Unión Soviética, lo mismo dentro de veinte que dentro de cien años. En tales condiciones, el único régimen posible será una parodia del comunismo.



LOS ULTIMOS COMBATES DE LENIN

Capítulo I

CONTRA LA BUROCRACIA

X CONGRESO DEL PCR (b)

... Para concluir, me limitaré a decir un par de palabras a propósito de la lucha contra la burocracia que tanto tiempo nos ha llevado. Desde el verano pasado la cuestión está planteada en el Comité Central; en agosto, el Comité Central la puso en evidencia en una carta dirigida a todas las organizaciones; en septiembre, la incluyó en el orden del día de la conferencia del Partido; por último, en diciembre, en el Congreso de los Soviets, esta cuestión ha sido planteada en una escala aún mayor. La burocracia es una plaga que realmente existe; lo reconocemos y hay que combatirla de verdad. Desde luego, a lo largo de la discusión que hemos observado, determinados programas planteaban esta cuestión a la ligera, por no decir algo peor, y la examinaban demasiadas veces desde un punto de vista pequeñoburgués. Sin ninguna duda, estos últimos tiempos se ha observado una efervescencia y un descontento entre los obreros sin partido. En los cursos de las reuniones de los no afiliados a partidos que han tenido lugar en Moscú, se ha visto de forma manifiesta que ellos encuentran en la democracia y en la libertad las consignas que tienden al derrumbamiento del poder de los soviets. Un gran número o, por lo menos, un cierto número de representantes de la "oposición obrera" han luchado contra ese mal, han combatido ese espíritu contrarrevolucionario y pequeñoburgués diciendo: "Nos uniremos contra eso". Y efectivamente han dado pruebas de la máxima cohesión. Ignoro si todos los partidarios de la "oposición obrera" y de los demás grupos semisindicalistas son como estos. Es necesario que en este congreso lo sepamos, es necesario que comprendamos que la lucha contra la burocracia es absolutamente necesaria y que es tan complicada

como la lucha contra el elemento pequeñoburgués. En nuestra estructura estatal, la burocracia se ha convertido en el mal que el programa de nuestro partido de hecho define, y eso porque la burocracia está vinculada al elemento pequeñoburgués y a su diseminación. No se puede vencer esta enfermedad más que mediante la unión de los trabajadores, que no sólo deben aclamar los decretos de la Inspección Obrera y Campesina (lo que falta no son decretos que aclamar), sino también ejercer sus derechos a través de la Inspección Obrera y Campesina, lo que en la actualidad no se hace, ni en el campo ni en las ciudades, ¡ni siquiera en las capitales!. Muchísimas veces, quienes más recriminan a la burocracia son incapaces de ejercer su derecho. Hace falta prestar la mayor atención a este hecho.

Observamos con frecuencia que parte de los que combaten este mal quieren, a veces incluso sinceramente, ayudar al partido proletario, a la dictadura del proletariado, al movimiento proletario, pero en realidad favorecen a los elementos anarquistas pequeñoburgueses que, en el curso de la revolución, se ha revelado en muchos momentos como los enemigos más peligrosos de la dictadura del proletariado. Hoy, y esta es la conclusión y la lección fundamentales de los acontecimientos de este año, se han revelado una vez más como el enemigo más peligroso, el más susceptible de tener aliados, de tener apoyos en un país como el nuestro, susceptible de modificar el estado de ánimo de las grandes masas e incluso de ganarse a una fracción de los obreros sin partido. La situación del Estado proletario se vuelve entonces extremadamente difícil. Si no lo comprendemos, si no sacamos la lección que se impone, si este congreso no señala un cambio de dirección en nuestra política económica así como para lograr la máxima cohesión del proletariado, será necesario aplicar a nuestro caso estas tristes palabras: no nos hemos olvidado de las cosas, quizás mezquinas y huecas, que hubiéramos debido olvidar, y no hemos aprendido las cosas serias que deberíamos haber aprendido en el curso de este año de revolución. Espero que no sea así.

8 de marzo de 1921.
T. 32, pp. 197-199.

DISCURSO EN LA IV SESION DEL COMITE EJECUTIVO CENTRAL

En conclusión, todavía abordaré una única cuestión que me inte-

resa de forma especial y que, creo yo, igualmente debe interesaros a todos, aunque, en el plano formal, no esté planteada en vuestro orden del día ni en la lista de preguntas. Se trata de nuestro aparato estatal, problema viejo y eternamente nuevo.

En 1918, en agosto, procedimos a un recuento de nuestro aparato en Moscú: 231.000 empleados del Estado y de los soviets en Moscú, cifra que englobaba a la vez a los empleados de las administraciones centrales y a los de las administraciones locales, municipales, de Moscú. Recientemente, en octubre de 1922, hemos procedido a un nuevo recuento, con la certeza de haber reducido nuestro excesivo aparato y convencidos de que resultaría inferior. Suma 243.000 personas. Tales son los resultados de todas las reducciones. Este ejemplo precisa todavía de un gran trabajo de análisis y de comparación. En 1918, cuando procedimos al recuento en el primer ardor de la reforma, si puedo decirlo así, no podíamos sacar, por hablar francamente, casi ningún provecho de esos resultados. Teníamos otras preocupaciones. La guerra civil no nos dejaba ni un minuto de respiro. Actualmente, esperamos que sí. Estamos seguros de que nuestro aparato, que padece muy numerosos defectos, que es dos veces más grande de lo que debería ser, funciona con demasiada frecuencia contra nosotros y no para nosotros (no hay que tener miedo de decir esta verdad ni siquiera desde la tribuna del supremo organismo legislativo de nuestra república), será mejorado. Para eso, hacen falta muchos esfuerzos y mano izquierda. Tenemos los bocetos de un trabajo muy serio sobre la cuestión de saber en qué, exactamente, debe consistir esta mejora, pero todavía no son más que bocetos: artículos, encuestas locales. Si todos salimos de aquí con la decisión de dedicar a este problema mucha más atención de la que habitualmente le hemos dedicado, con la decisión de dedicar un poco menos de tiempo a la agitación vana (en la que prodigamos constantemente una cantidad de tiempo increíble), si estudiamos efectivamente nuestro aparato, si le dedicamos años y años, será una inmensa conquista, será la garantía de nuestro éxito. Debemos tener la valentía de decir que creemos que nuestro aparato anda a ciegas. Nuestros mejores obreros acometerán las tareas más difíciles, en el campo militar como en el campo civil; muchas veces. lo harán mal, pero sabrán corregirse y trabajar. El desfase entre estas decenas, quizás, de hombres valientes y los centenares que sabotean o mediosabotean, enredándose en un montón de papeles, este desfase ha ahogado demasiadas veces nuestro trabajo vivo en un increí-

ble mar de papelotes. Debemos estudiar con la máxima minuciosidad este problema del que no hemos podido ocuparnos hasta ahora. Deben transcurrir años y años, durante años y años debemos estudiar, puesto que el nivel cultural de nuestros obreros es bajo y les es difícil emprender una obra absolutamente nueva, la de la producción; ahora bien, nosotros sólo podemos contar con los obreros cuando se trata de la sinceridad y del entusiasmo. Hacen falta años y años para mejorar nuestro aparato estatal, para elevar —no se trata de determinados individuos, sino de la totalidad— la cultura a un nivel superior. Estoy seguro de que, si en el futuro consagramos nuestras fuerzas a este trabajo, necesaria e inevitablemente obtendremos los mejores resultados. (*Prolongados aplausos.*)

1 de noviembre de 1922.
T. 33, pp. 404-406.

INTERVENCION EN EL IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Todavía quisiera tocar algunos puntos secundarios. Es cierto que nosotros hemos cometido y que todavía cometeremos enorme cantidad de torpezas. Nadie mejor situado que yo para verlas y juzgarlas. (*Risas.*) ¿Por qué, entonces, cometemos torpezas? Es comprensible: en primer lugar, somos un país atrasado; en segundo lugar, en nuestro país la instrucción es mínima; en tercer lugar, no se nos ayuda, ningún Estado civilizado nos ayuda. Por el contrario, todos actúan contra nosotros. En cuarto lugar, la culpa es de nuestro aparato estatal. Hemos heredado el antiguo aparato del Estado, y ésa es nuestra desgracia. El aparato del Estado funciona bastantes veces contra nosotros. Veamos cómo han ocurrido las cosas. En 1917, cuando tomamos el poder, el aparato estatal nos sabotó. Entonces estábamos demasiado asustados y pedimos: “Volved, por favor”. Y volvieron, y ésa fue nuestra desgracia. Ahora tenemos enormes masas de empleados, pero no tenemos elementos lo bastante instruidos para dirigir eficazmente a ese personal. En realidad, llega a ocurrir muchas veces que aquí, en la cumbre, donde tenemos el poder del Estado, el aparato funciona bien que mal, mientras que abajo, en la base, son ellos

quienes ordenan por su cuenta, y lo hacen de tal forma que con mucha frecuencia actúan contra nuestras disposiciones. En la cumbre tenemos, no sé exactamente cuántos más, unas cuantas decenas creo que sólo unos cuantos millares o, cuando más, unas cuantas decenas de millares de antiguos funcionarios, legados por el zar y la sociedad burguesa, y que trabajan, en parte conscientemente y en parte inconscientemente, contra nosotros. No se sabe cómo remediarlo en un plazo corto de tiempo, eso es lo cierto. Debemos trabajar durante largos años para perfeccionar el aparato, modificarlo y hacer participar a fuerzas nuevas. Lo hacemos a un ritmo bastante rápido, quizás demasiado rápido. Se han fundado escuelas soviéticas y facultades obreras; centenares de millares de jóvenes estudian. Estudian, quizás demasiado de prisa, pero en todo caso el trabajo ha comenzado y yo creo que rendirá sus frutos. Si no trabajamos con demasiada impaciencia, en unos cuantos años tendremos una masa de jóvenes capaces de renovar radicalmente nuestro aparato.

13 de noviembre de 1922.
T. 33, pp. 440-441.

AL PRESIDIO DEL V CONGRESO DEL SINDICATO DE CUADROS SOVIETICOS DE RUSIA

Queridos camaradas:

La tarea fundamental y urgente del momento actual, y que seguirá siendo la más importante en los años venideros, consiste en reducir sistemáticamente el aparato soviético y en bajar el costo, mediante una reducción de sus efectivos, mediante una organización más perfecta, mediante la supresión de las lentitudes administrativas, del burocratismo, y mediante la disminución de los gastos improductivos. Vuestro sindicato tiene una gran labor a realizar en este sentido.

Al desear éxito y un trabajo fructífero al V Congreso del sindicato de cuadros soviéticos, expreso la esperanza de que discutirá especialmente la cuestión del aparato soviético.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo

V. ULIANOV (LENIN)

22 de noviembre de 1922.
T. 33, p. 457.

A. G. L. PIATAKOV

Camarada Piatakov: Esta fue en términos aproximados nuestra conversación de ayer:

1. El camarada Piatakov se encarga de organizar (con disciplina castrense) el propio aparato del Gosplán (o el aparato del propio Gosplán), principalmente por mediación de un secretario ejecutivo. El mismo le dedicará un máximo de alrededor de media hora diaria.

2. Principal tarea del camarada Piatakov: *a*) comprobar el plan general del Estado, en primer lugar el plan económico, sobre todo desde el punto de vista del conjunto del aparato; *b*) reducir el aparato, incluidos nuestros trusts; *c*) comprobar las justas proporciones entre las distintas partes del aparato del Estado; *d*) trabajar para disminuir el coste del aparato del Estado según el modelo de un trust americano: gastos improductivos, a suprimir.

3. Liberar al máximo al camarada Piatakov del trabajo rutinario del Gosplán (una hora diaria poco más o menos).

Reflexione, muéstrelo a Krzhishanovski y contésteme.

Suyo LENIN

25 de septiembre de 1922.
T. 45, 5. ed. rusa, pp. 499-500.

AL ACERCARSE LA MUERTE . . .

Desde finales de 1922, gravemente preso de la enfermedad, seguramente Lenin debió presentir el funesto camino que emprendería el Partido del Estado soviético. Siéndole imposible asistir al X Congreso, dictó en las condiciones dramáticas que relata el *Diario de las secretarías (Obras completas, 4. ed. rusa, t. 42)* la *Carta al Congreso*, llamada el *Testamento de Lenin*, así como unos cuantos artículos: *De la cooperación, Sobre nuestra revolución, Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina y Más vale poco y bueno*. Como explica Varga, estos textos no son más que una exposición de ideas directrices formuladas de manera apresurada, concisa e incompleta por un Lenin todavía lúcido que, sintiendo la proximidad de la muerte,

quiere hasta el postrer momento entablar su último combate contra la burocratización y la ascensión de Stalin.

La nota n. 584 del tomo 42 hace las siguientes precisiones:

“Todos los artículos y documentos firmados por Lenin en el período comprendido entre el 20 de diciembre de 1922 y los comienzos de marzo de 1923 —escribió más tarde, en 1929, M. Volodícheva— fueron reproducidos, como él había pedido, en cinco ejemplares: uno que se reservaba él, tres ejemplares para Nadezda Konstantínovna¹ y uno para su secretaría (rigurosamente secreto). El ejemplar destinado a *Pravda*, sobre el que se hicieron todas las correcciones y modificaciones definitivas, fue arreglado y revisado por Lenin, que a continuación lo remitió a Nadezda Konstantínovna. Las tres copias reservadas a Nadezda Konstantínovna fueron igualmente revisadas. Yo me encargué de quemar los borradores. En los sobres lacrados donde, de acuerdo con sus deseos, se guardaron las copias de los documentos, debía escribirse que sólo podían ser abiertos por Lenin y, después de su muerte, por Nadezda Konstantínovna. Yo no escribí en los sobres las palabras “después de su muerte”. Los ejemplares destinados a Lenin fueron colocados en un legajo . . .”

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE LAS SECRETARIAS DE LENIN (Circunstancias en que se redactaron los últimos textos)

23 de diciembre (anotado por Volodícheva):

Hacia las 8 Vladímir Ilich me ha llamado a su casa. Ha dictado durante cuatro minutos. Se sentía mal. Han venido los médicos. Antes de comenzar a dictar, me ha dicho: “Voy a dictarle una carta para el Congreso. ¡Escriba!” Ha dictado rápidamente, pero se notaba que no estaba bien. Cuando ha terminado, me ha preguntado a qué día es-

tábamos, por qué estaba tan pálida, por qué no estaba en el Congreso; ha lamentado quitarme el tiempo en que hubiera podido asistir. No he recibido más instrucciones.

24 de diciembre (anotado por Volodícheva)

Al día siguiente (24 de diciembre) entre las 18 y las 20, Vladímir Ilich me ha vuelto a llamar. Me ha llamado la atención sobre el hecho de que lo dictado ayer (23 de diciembre) y hoy (24 de diciembre) era

1. Nadezda Konstantínovna Krúpskaya, la mujer de Lenin.

absolutamente confidencial. Lo subrayó más de una vez. Exigió que todo lo que dictara fuese conservado en lugar especial, bajo mi responsabilidad personal, y considerado *rigurosamente* secreto. En este momento agregó otras instrucciones.

17 de enero (anotado por Volodícheva)

Vladímir Ilich me ha llamado entre las 18 y las 19 durante una media hora. Leía y hacía correcciones sobre sus observaciones al libro de Sujánov. Durante diez o quince minutos, me ha dictado la continuación de sus notas sobre el mismo tema.

... En el momento en que dictaba la frase "Nuestros Sujánov...", se ha detenido después de las palabras "... no pueden ni soñar..." y, al reflexionar sobre la continuación, ha exclamado bromeando: "¡Qué memoria! ¡Me he olvidado completamente de lo que quería decir! ¡Diablos! ¡Qué prodigiosa pérdida de memoria!" Me pidió que transcribiera inmediatamente sus observaciones y que se las devolviera.

Observándolo varios días seguidos mientras me dictaba, me he dado cuenta de que le resulta desagradable ser interrumpido a mitad de una frase, porque pierde el hilo de las ideas.

22 de enero (anotado por Volodícheva)

Vladímir Ilich me ha reclamado durante veinticinco minutos (de 12 a 12,25). Ha hecho modificaciones en la segunda variante sobre la Inspección Obrera y Campesina y ha decidido atenerse definitivamente a ésta. Como tenía un tiempo limitado, se ha dado mucha prisa. Me ha pedido que ordene el artículo, que lo pase a máquina y que se lo entregue por la noche. Cuando Nadezda Konstantínovna me ha introducido en sus habitaciones, me ha dicho que él se había concedido unos minutos ilegales para revisar el artículo. Me ha dicho que la enfermera no quería dejarme pasar con él. Después de haber dejado a Vladímir Ilich, ella ha venido al secretariado a decirme de su parte que "dejara en blanco las partes que no hubiera podido anotar". Me ha dicho que Vladímir Ilich tenía la impresión de que, dada la velocidad con que dictaba, era difícil seguirle. Le he mandado decir que todo está anotado y que, en caso de duda, se haría según sus deseos.

2 de febrero (anotado por M. Volodícheva)

Vladímir me ha reclamado a las 11,45. Ha dictado el artículo *Más vale poco y bueno*. Ha terminado a las 12,30. . .

... No había vuelto a verlo desde el 23 de enero. Por el aspecto

parecía sensiblemente mejor; estaba rozagante. Dicta, como siempre, de forma notable, sin pausas, con muy raras dificultades de expresión, o en todo caso no dicta, se expresa por gestos. No lleva compresas en la frente.

4 de febrero (anotado por M. Volodícheva)

... Me ha dictado la continuación del artículo *Más vale poco y bueno* durante su buena hora y media. Tiene el aspecto despejado, la voz vivaracha. Nada de compresas. Ha terminado diciendo: "Bien, basta por el momento. Estoy un poco cansado". Me ha pedido que lo ponga en limpio y le telefonee cuando haya acabado, porque probablemente continuará hoy. Ha dicho que tenía la vieja costumbre de escribir con el manuscrito delante, sin el cual le cuesta trabajo hacerlo.

A las 20 h. me ha vuelto a llamar. Pero no me ha dictado, ha ojeado el texto mecanografiado y ha agregado algunas cosas. Ha dictado con más lentitud que de costumbre. Llevaba una compresa en la frente. Tenía el rostro pálido. Parecía cansado.

5 de febrero (anotado por M. Volodícheva)

Hoy, Vladímir Ilich me ha reclamado hacia las 12. He estado con él tres cuartos de hora. Dictaba lentamente. En un pasaje, al tener dificultades para encontrar la expresión que buscaba, ha dicho: "Hay algo que no marcha hoy, esto no pita" (recalcando la palabra). Ha pedido su artículo *Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina*. Ha leído durante tres o cuatro minutos sin decir nada; al cabo de un momento ha decidido dejarlo, diciendo que llamaría hoy a las 17, o quizás a las 18.

7 de febrero (tarde)

Mientras repasaba el artículo, Vladímir Ilich se interrumpió porque desde hacía mucho tiempo tenía la costumbre de escribir y no de dictar; ahora comprendía porque no le satisfacían los taquígrafos; estaba acostumbrado a tener el manuscrito delante de los ojos. . .

Vladímir Ilich hablaba de todo esto en un tono muy alegre, riéndose con su risa contagiosa. Nunca antes lo había visto de tan buen humor. Ha dictado la continuación del mismo artículo durante quince o veinte minutos. Luego ha terminado el dictado.

7 de febrero (tarde) (anotado por M. Volodícheva)

He ido a la habitación de Vladímir Ilich hacia las 12,30. Al llegar

a las palabras "cuanto más brusca sea esta revolución. . .", se ha detenido, las ha repetido muchas veces, pareciendo serle difícil seguir; me ha pedido que le ayudara releendo lo anterior. Se ha echado a reír y ha dicho: "¡Vaya, creo que definitivamente me he embrollado y, mire, creo que precisamente me he embrollado en ese pasaje!"

Como le dijera que yo era para él un mal inevitable durante un breve período, puesto que pronto podría escribir, me respondió: "¡Pero cuánto falta todavía!" Tenía la voz fatigada, con un matiz doloroso.

¿COMO REORGANIZAR LA INSPECCION OBRERA Y CAMPESINA?

Propuesta presentada al XII Congreso del Partido

Cierto que la Inspección Obrera y Campesina presenta para nosotros una enorme dificultad que, hasta este día, no ha sido resuelta. Yo creo que los camaradas que pretenden arreglarla negando la utilidad o la necesidad de esta institución están equivocados. Por lo demás, admito que la cuestión de nuestro aparato estatal y su perfeccionamiento es muy ardua; está lejos de estar zanjada y por eso es una cuestión eminentemente urgente.

Nuestro aparato estatal, a excepción del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, constituye en gran medida una supervivencia del pasado y ha sufrido un mínimo de modificaciones y de poca importancia. Sólo ha sido ligeramente embellecida la superficie; por lo demás, se trata del verdadero modelo de nuestro viejo aparato estatal. Y para buscar los medios de realmente renovarlo hace falta apelar, creo yo, a la experiencia de nuestra guerra civil.

¿Cómo nos hemos desenvuelto en los momentos más peligrosos de nuestra guerra?

Hemos concentrado las mejores fuerzas de nuestro Partido en el Ejército rojo; hemos movilizado a la élite de nuestros obreros; para buscar fuerzas nuevas, nos hemos dirigido a donde se hunden las raíces más profundas de nuestra dictadura.

De la misma manera, estoy convencido, debemos buscar los medios de refundir la Inspección Obrera y Campesina. Propongo al XII Congreso de nuestro Partido la adopción del siguiente plan de reor-

ganización, que prevee una forma especial de ampliación de nuestra Comisión Central de Control.

La asamblea plenaria del Comité Central de nuestro Partido tiende manifiestamente a convertirse en una especie de conferencia suprema del Partido. No se reúne más de una vez cada dos meses, como media; el Comité Central, como es sabido, confía el trabajo rutinario a nuestro Buró Político, a nuestro Buró de Organización, a nuestro Secretariado, etc. Yo creo que es menester seguir hasta el final el camino que hemos emprendido y transformar definitivamente las asambleas plenarias del Comité Central en conferencias supremas del Partido, que se celebran una vez cada dos meses y en las que toma parte la Comisión Central de Control. En cuanto a esta última, se fusionaría con la parte fundamental de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada, cumpliendo las condiciones siguientes.

Propongo al Congreso elegir para la Comisión Central de Control entre 75 y 100 nuevos miembros escogidos entre los obreros y los campesinos. Las camaradas elegidos se someterán, en tanto que miembros del Partido, a una comprobación similar a la de todos los miembros del Comité Central, puesto que disfrutarán de todos los derechos que conlleva esa condición.

Por otra parte, la Inspección Obrera y Campesina será reducida a 200 o 400 empleados, especialmente comprobados respecto a su buena fe y su conocimiento de nuestro aparato estatal; también deberán sufrir una prueba especial para comprobar que están al corriente de los principios de organización científica del trabajo en general, en particular de administración, de trabajo de oficinas, etc.

Creo que esta fusión de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control será útil a ambas instituciones. Por una parte, la Inspección adquirirá de esta forma una alta autoridad moral, al menos igual a la del Comisariado de Pueblo para Asuntos Exteriores. Por otra parte, nuestro Comité Central —con la Comisión Central de Control— se convertirá definitivamente en la conferencia suprema del Partido; a decir verdad, ya ha emprendido este camino y necesita llegar hasta el final con objeto de desempeñar inteligentemente su tarea en un doble sentido: actuar de forma que su organización y su trabajo sean metódicos, racionales y sistemáticos, y que la vinculación real a las grandes masas esté asegurada a través de la élite de nuestros obreros y de nuestros campesinos.

Preveo una objeción emanada directa o indirectamente de los

medios responsables de la caducidad de nuestro aparato, es decir, por parte de quienes tienen interés en conservar nuestro aparato bajo la forma prerrevolucionaria, desmesurado hasta lo inconveniente, tal como existe en la actualidad (bien mirado, ahora tenemos la ocasión, rara en la historia, de fijar los plazos necesarios para llevar a cabo reformas sociales radicales; y nosotros vemos muy bien hoy *lo que* se puede hacer en cinco años y lo que necesita plazos mucho más largos).

Esta objeción tiende a hacer creer que la reforma propuesta por mí sólo conducirá al caos. Los miembros de la Comisión Central de Control irían vagando por las instituciones sin saber a dónde dirigirse, ni a quién, ni para qué, propagando por todas partes el desorden, distrayendo a los empleados de su trabajo rutinario, etc.

Yo creo que las razones de esta objeción malintencionada están tan claras que es innecesario contestarla. Ni que decir tiene que el Presidium de la Comisión Central de Control y el Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, así como su Consejo (y lo mismo en determinados casos el Secretariado del Comité Central), han llevado a cabo más de un año de perseverantes esfuerzos para organizar racionalmente su Comisariado del Pueblo y el trabajo de éste en común con la Comisión Central de Control. El Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, según yo, puede seguir (y debe seguir) siendo Comisario del Pueblo; al igual que todo el Consejo, continuará dirigiendo la actividad de la Inspección Obrera y Campesina, incluida la de los miembros de la Comisión Central de Control, que se considerarán a la disposición de este comisario. Los 300 o 400 empleados de la Inspección Obrera y Campesina que queden, después de mi plan, realizarán por una parte las funciones de secretarios de los otros miembros de la Inspección Obrera y Campesina, lo mismo que de los nuevos miembros de la Comisión Central de Control; por otra parte, deberán ser altamente cualificados, comprobados con cuidado, especialmente seguros y cobrar asignaciones elevadas que los saquen de la situación verdaderamente miserable (por no decir algo peor) que padecen hoy en día los funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina.

Estoy seguro de que, al reducir el número de empleados a la cifra indicada, mejorará mucho la valía de los cuadros de la Inspección Obrera y Campesina al mismo tiempo que la calidad del conjunto del trabajo; permitirá también que el comisario del pueblo y los miembros del colegio concentren todos sus esfuerzos en organizar el trabajo y elevar su calidad de forma sistemática y continuada, cosa de tan

imperiosa necesidad para el poder obrero y campesino y para nuestro régimen soviético.

Por otra parte, también creo que el Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina deberá ocuparse de fusionar en parte o coordinar en parte la actividad de los institutos superiores para la organización del trabajo (Instituto Central del Trabajo, Instituto de la Organización Científica del Trabajo, etc.) que suman al menos una docena en la república. La excesiva uniformidad y la consecuente tendencia a fusionar serían nocivas. Por el contrario, hace falta encontrar una solución razonable, un justo término medio entre la fusión de estas instituciones en un todo y su juiciosa delimitación, dejando a cada una de ellas una cierta independencia.

No cabe duda que nuestro Comité Central ganará con esta reforma tanto como la Inspección Obrera y Campesina; ganará desde el punto de vista de su relación con las masas y también desde el punto de vista de la regularidad y la eficacia de sus actividades. Entonces se podrá (y se deberá) adoptar un sistema más riguroso y más adecuado para preparar las sesiones del Buró Político, a las que deberá asistir un cierto número de miembros de la Comisión Central de Control, determinado por un período de tiempo o bien por un determinado plan de organización.

El Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, de acuerdo con el Presidium de la Comisión Central de Control, deberá distribuir el trabajo entre los miembros de esta última, con arreglo a sus obligaciones de asistir a las sesiones del Buró Político y de comprobar todos los documentos que, de una u otra forma, se les sometan; o bien, dedicar una parte de su jornada de trabajo a la preparación teórica, al estudio de la organización científica del trabajo; o incluso participar prácticamente en el control y en el perfeccionamiento de nuestro aparato estatal, desde las instituciones superiores hasta las instituciones de base, locales, etc.

También creo que, además de la mejora política que presenta esta reforma —a saber, que los miembros del Comité Central y los de la Comisión Central de Control estarán infinitamente mejor informados, mejor preparados para las sesiones del Buró Político (todos los documentos relativos a estas sesiones deberán ser enviados a todos los miembros del Comité Central y de la Comisión de Control, lo más tarde veinticuatro horas antes de la sesión del Buró político, salvo en los casos en que no pueda haber la menor dilación, y para los cuales se buscará algún sistema especial de informar a los miembros del Co-

mité Central y de la Comisión de Control, y la forma de reglamentarlo)—, aún existe la otra mejora de que disminuirá la influencia de los factores puramente personales y fortuitos dentro de nuestro Comité Central, lo que tendrá como consecuencia el disminuir el peligro de escisión.

Nuestro Comité Central se ha convertido en un organismo estrictamente centralizado que goza de una gran autoridad moral. Pero las condiciones de trabajo de este organismo no corresponden a tal autoridad. La reforma que propongo debe remediar esta situación. Y los miembros de la Comisión Central de Control, que tienen la obligación de asistir en un determinado número a cada sesión del Buró Político, formarán un grupo coherente que deberá —“sin consideración a las personas”— vigilar que ninguna influencia pueda impedir hacer una investigación, comprobar los expedientes y, en general, conseguir una absoluta claridad y una estricta regularidad en todos los asuntos.

Cierto que, en nuestra república, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases: los obreros y los campesinos, colaboración en la que hoy se admite igualmente, en determinadas condiciones, a los *nepmans*, es decir, a la burguesía. Si surgen desacuerdos entre estas clases, la escisión sería ineluctable. Pero nuestro régimen social no contiene necesariamente los gérmenes de semejante escisión. Y la principal tarea de nuestro Partido, consiste en vigilar atentamente los factores que pueden dar lugar a la escisión y evitarlos, pues la suerte de nuestra república depende a fin de cuentas de eso: la masa campesina, fiel a su alianza con la clase obrera, ¿marchará con esta última o bien dejará que los *nepmans*, es decir, la nueva burguesía, la desuna, la separen de los obreros? Cuanto más claramente veamos esta alternativa, más claramente nuestros obreros y nuestros campesinos se harán cargo y más posibilidades tendremos de evitar la escisión que sería funesta para la república de los soviets.

23 de enero de 1923
T. 33, pp. 495-500

Inspección Obrera y Campesina: Fundada en 1920 por el Consejo Central de los Sindicatos mediante la reconversión del Comisariado de Control del Estado con el fin de ejercer un control vivo de la base y evitar la burocracia. En abril de 1923, el XII Congreso del

Partido adopta la propuesta de Lenin. La Inspección Obrera y Campesina se aleja progresivamente de su fin y tiene por misión reforzar desde arriba la manumisión del Partido; su papel consiste en preservar la unidad del Partido, reforzar la disciplina en el Partido y en el Estado, vigilar la actividad de todos los administradores y empresarios, sancionar o destituir al personal superior, etc. En 1934 este organismo es disuelto y sustituido por las Comisiones de Control del Partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo.

MAS VALE POCO Y BUENO

En lo que respecta al perfeccionamiento de nuestro aparato estatal, la Inspección Obrera y Campesina no debe, en mi opinión, apresurarse ni correr detrás de la cantidad. Hasta ahora hemos tenido tan poco tiempo para reflexionar y velar por la calidad de nuestro aparato estatal, que sería legítima la preocupación de formarlo con un especial cuidado, de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de alta calidad, es decir, que no desmereciera de los mejores modelos occidentales. Desde luego, para una república socialista, eso es demasiado modesto. Pero los primeros cinco años nos han atiborrado la cabeza de desconfianza y escepticismo. Nos sentimos inclinados, a nuestro pesar, a dejarnos penetrar por ese sentimiento con respecto a quienes disertan demasiado y con demasiada ligereza, por ejemplo, sobre la “cultura proletaria”: para empezar nos bastaría con que hubiese una verdadera cultura burguesa; para empezar nos bastaría con prescindir de los tipos especialmente inveterados de cultura preburguesa, es decir, burocrática o feudal, etc. En esta materia, la precipitación y el exceso de pretensiones son lo más nocivo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían metérselo bien en la cabeza.

Y ahora, en lo que concierne al aparato del Estado, debemos sacar de la experiencia pasada la conclusión de que es mejor proceder más lentamente.

Nuestro aparato estatal funciona tan mal, por no decir que es detestable, que en primer lugar hace falta reflexionar seriamente sobre la forma de combatir sus defectos; estos defectos, no lo olvidemos, se remontan al pasado, el cual, es cierto, ha sido subvertido, pero todavía no está abolido, no constituye una fase cultural extinguida hace mucho tiempo. Planteo precisamente aquí la cuestión de la cul-

tura porque, en este orden de cosas, no se puede dar por realizado más que lo que ha penetrado en la vida cultural, en los mores, en las costumbres. Ahora bien, entre nosotros, lo que tiene de bueno nuestra organización social se ha hecho de prisa, no se ha podido meditar, comprender, sentir, demostrar, confirmar por la experiencia, consolidar, etc. Ciertamente que no podría ser de otra forma en una época revolucionaria y con un desarrollo tan vertiginoso como el que nos ha llevado, en cinco años, del zarismo al régimen de los soviets.

Es hora de ser razonables. Hace falta llenarse de una saludable desconfianza frente a los arrebatos desconsiderados, frente a toda clase de jactancias, etc.; hace falta pensar en comprobar las disposiciones que proclamamos en cada momento, que tomamos en cada minuto y en las que, en cada segundo, demostramos nuestra debilidad, nuestro carácter inconsistente e ininteligible. Ahora lo más nocivo sería la precipitación. Lo más nocivo sería creer que lo poco que sabemos basta, o incluso que poseemos un número más o menos considerable de elementos para edificar un aparato verdaderamente nuevo y que verdaderamente merezca el nombre de aparato socialista, soviético, etc.

No, ese aparato no lo tenemos, por así decirlo, e incluso no poseemos más que una cantidad ridícula de elementos que permitan crearlo. Y no debemos olvidar que para construirlo hace falta no escatimar el tiempo, y que llevará muchos, muchos, muchos años.

¿De qué elementos disponemos para crear este aparato? De dos solamente. En primer lugar, los obreros entusiasmados por la lucha por el socialismo. No están lo bastante instruidos. Ellos querían de buena gana darnos un aparato mejor. Pero no saben cómo arreglárselas. No pueden hacerlo. No están lo bastante formados, no tienen el nivel cultural necesario. Ahora bien, para hacerlo, hace falta precisamente tener cultura. Aquí no se puede lanzar un golpe de audacia ni un asalto, con energía o arrojo, ni con ninguna de las mejores cualidades humanas, sea la que sea. En segundo lugar, poseemos conocimientos, instrucción, enseñanza, pero ridículamente pequeños en comparación con los demás países.

Y hace falta no olvidar que todavía nos sentimos demasiado inclinados a querer suplir este saber (o a imaginarnos que se puede suplir) con el celo, con la precipitación, etc.

Para renovar nuestro aparato estatal, debemos asignarnos a cualquier precio la siguiente tarea: primeramente, instruirnos; en segundo lugar, instruirnos todavía más; en tercer lugar, seguir instruyéndonos.

Luego, tener cuidado en que el saber no se quede en letra muerta o en una frase a la moda (lo cual, confesémoslo, nos pasa muchas veces); que el saber penetre verdaderamente en el espíritu, que se convierta en parte integrante de nuestra vida, plena y efectivamente. En resumen, no necesitamos exigirnos lo mismo que la burguesía de Europa occidental, sino lo que es digno y conveniente de exigir para un país que pretende convertirse en un país socialista.

Conclusión: debemos hacer de la Instrucción Obrera y Campesina, instrumento de mejora de nuestro aparato estatal, una institución verdaderamente ejemplar.

Para que ésta pueda alcanzar el nivel deseado, hace falta atenerse a la regla: volved a rehacer veinte veces vuestra labor.

Para eso, hace falta que todo lo que hay de verdaderamente mejor en nuestro régimen social sea movilizado, con el máximo de prudencia, de reflexión y de competencia, con vistas a crear un Comisariado del Pueblo nuevo.

Para eso, hace falta que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber, los obreros avanzados en primer término y, en segundo lugar, los elementos verdaderamente instruidos, de los que se puede garantizar que no creerán nada de palabra ni dirán una palabra (que sea contraria a su conciencia, no tendrán miedo de tomar conciencia de las dificultades, cualesquiera que sean, ni retrocederán ante ninguna lucha por tal de alcanzar el objetivo que seriamente se hayan asignado.

Hace cinco años que nos esforzamos por perfeccionar nuestro aparato estatal. Pero sólo ha sido una agitación vana que, en estos cinco años, únicamente ha demostrado ser ineficaz, o incluso inútil, y hasta perjudicial. Esta vana agitación nos ha dado una apariencia de trabajo; en realidad, atascaba nuestras instituciones y nuestros cerebros.

Hace falta que esto cambie.

Hace falta seguir esta regla: más vale poco y bueno. Hace falta seguir esta regla: más vale dos años e incluso tres años, que precipitar las cosas sin ninguna esperanza de formar un buen material humano.

Sé que será difícil observar esta regla y aplicarla en nuestra situación. Sé que la regla contraria se abrirá camino mediante mil vueltas y revueltas. Sé que hará falta oponer una resistencia formidable, que habrá que demostrar una perseverancia prodigiosa; que este trabajo, por lo menos en los primeros años, será endiabladamente ingrato, y sin embargo estoy convencido de que solamente así llegaremos a nuestro

objetivo y, una vez conseguido este objetivo, sabremos crear una república realmente digna del nombre de república socialista, de república soviética, etc.

...Considero que ha llegado el preciso momento en que debemos ocuparnos como conviene, con toda la seriedad necesaria, de nuestro aparato estatal, y en que la precipitación quizás sería la causa de los mayores errores. Hablemos claro. El Comisariado del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no disfruta en el momento actual ni de una sombra de prestigio. Todo el mundo sabe que no hay instituciones peor organizadas que las de nuestra Inspección Obrera y Campesina, y que en las actuales condiciones no se puede exigir nada de este Comisariado. Es necesario recordarlo si verdaderamente queremos llegar a conformar, de aquí a dentro de algunos años, una institución que, en primer lugar, sea ejemplar, en segundo lugar inspire a todo el mundo una absoluta confianza y, en tercer lugar, demuestre a todos y cada uno que nosotros hemos justificado realmente las actividades de esa alta institución que es la Comisión Central de Control. En mi opinión, se deben proscribir en el acto y sin discusión todas las normas generales de personal de sus administraciones. Debemos elegir los cuadros de la Inspección Obrera y Campesina de forma especial, someténdolos a los más rigurosos exámenes y de ninguna otra forma. En realidad, ¿para qué crear otro Comisariado del Pueblo donde el trabajo lo mismo se haga bien que mal, que tampoco inspire la menor confianza, y cuya opinión sólo tenga una ínfima autoridad? Creo que nuestra principal tarea consiste en evitar tal cosa en la reorganización que actualmente proyectamos.

Los obreros que designemos como miembros de la Comisión Central de Control deben ser comunistas irreprochables, y creo que hará falta dedicarles un largo esfuerzo para hacerles aprender los métodos y los objetivos de su trabajo. A continuación, deberá haber un número determinado de secretarios y auxiliares que deberán pasar por un triple control antes de ser admitidos. Por último, los funcionarios que decidamos, a título de excepción, incorporar directamente a la Inspección Obrera y Campesina deberán cumplir a las siguientes condiciones:

en primer lugar, estar recomendados por varios comunistas;

en segundo lugar, superar una prueba demostrando que conocen nuestro aparato estatal;

en tercer lugar, superar una prueba demostrando que conocen

los fundamentos teóricos de nuestro aparato estatal, los principios de la ciencia administrativa, la correspondencia, etc.:

en cuarto lugar, deben compenetrarse con los miembros de la Comisión Central de Control y con su propio secretariado, de forma que podamos responder del buen funcionamiento de todo el aparato.

Sé que estas condiciones se salen de lo común y mucho me temo que la mayoría de los "experimentados" de la Inspección Obrera y Campesina las consideren irrealizables o no las acojan con una sonrisa desdeñosa. Pero yo pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina o a cualquiera de las personas relacionadas con el Comisariado: ¿puede decirme francamente cuál es la utilidad práctica de ese Comisariado del Pueblo que es la Inspección Obrera y Campesina? Yo creo que esta pregunta le permitirá encontrar el sentido de la medida. O bien no vale la pena proceder a la reorganización —sobre la que tanto hemos visto de esa empresa desesperada que es la Inspección Obrera y Campesina, o bien hace falta verdaderamente ponerse como tarea la creación, mediante un esfuerzo lento, difícil, desacostumbrado, no sin recurrir a numerosas comprobaciones, de algo capaz de inspirar respeto a todos y cada uno, y no sólo porque los títulos y los grados lo impongan.

Si uno no se llena de paciencia si no consagra a esta obra muchos años, más vale no emprenderla.

Creo que, entre los establecimientos que hemos concebido, en materia de institutos superiores de trabajo, etc., hace falta escoger un mínimo, comprobar si están organizados con toda la seriedad requerida y continuar el trabajo, pero sólo de tal forma que esté realmente a la altura de la ciencia moderna, que nos beneficiemos de todas sus conquistas. Desde ese momento ya no será una utopía el esperar tener, al cabo de algunos años, una institución que esté en condiciones de cumplir su tarea, es decir, de perfeccionar nuestro aparato estatal con método, sin desfallecimiento, disfrutando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la población de nuestra república.

La acción preparatoria podría comenzarse desde ahora. Si el Comisariado de la Inspección Obrera y Campesina acepta el plan de esta reforma, podría empezar inmediatamente los preparativos y continuar actuando sistemáticamente por llevarlos a su fin, sin apresurarse y sin negarse a rehacer lo que haya sido hecho antes.

Las medidas a medias serían en este caso nocivas en el mayor grado. Todas las consideraciones de otro orden que se pudieran hacer sobre el tema de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina se basarían, en realidad, en los viejos principios burocráticos, en los viejos prejuicios, en lo que ya ha sido condenado y provoca la burla pública, etc.

En suma, la cuestión se plantea así:

O bien se demuestra, desde este momento, que hemos adquirido conocimientos serios en orden a la construcción del Estado (no es prohibitivo aprender algo en cinco años), o bien todavía no estamos maduros para hacerlo, en cuyo caso no vale la pena empezar.

Yo creo que, con el material humano de que dispongo, no será inmodestia presumir de que ya sabemos lo bastante para poder reconstruir, con método, al menos un Comisariado del Pueblo. Ciertamente ese único Comisariado debe dar la medida del conjunto de nuestro aparato estatal.

Convocar inmediatamente un concurso para la redacción de dos manuales o más sobre la organización del trabajo en general y especialmente sobre la administración. Se podría tomar como punto de partida el libro de Iermanski, aunque, dicho sea entre paréntesis, este autor simpatiza manifiestamente con el menchevismo y sea incapaz de redactar un manual que pueda convenir al poder de los soviets. También se podría partir de la obra recientemente publicada de Kézhentsev; por último, se podría sacar provecho de otros manuales que se ocupan de diversos aspectos de la cuestión.

Enviar algunas personas informadas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra para reunir documentación y estudiar el problema. He dicho Inglaterra por si acaso el viaje a América o Canadá fuese imposible.

Nombrar una comisión encargada de elaborar el programa previo de los exámenes a superar por las personas que soliciten plaza en la Inspección Obrera y Campesina; e igualmente para el caso de los aspirantes a miembros de la Comisión Central de Control.

Estas actividades y otras análogas, desde luego, no entorpecerán al Comisariado del Pueblo ni a los miembros del Consejo de la Inspección Obrera y Campesina ni al Presídium de la Comisión Central de Control.

Paralelamente, será necesario designar una comisión preparatoria encargada de encontrar candidatos para los puestos de miembros

de la Comisión Central de Control. Espero que, para esos puestos, contemos hoy con un número de candidatos más que suficiente, tanto entre los colaboradores experimentados de la administración como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. No sería nada racional excluir por adelantado a tal o cual categoría. Probablemente, habrá que dar preferencia en esta institución, donde debemos buscar una síntesis de numerosas cualidades, de distintos méritos, a un personal variado. De tal forma que habrá que hacer un gran esfuerzo para preparar la lista de candidatos. Sería de lo menos deseable que este nuevo Comisariado estuviera formado por un único modelo de personas, pongamos, el tipo de funcionario, o que excluyera a los agitadores, o a los hombres cuyo rasgo distintivo es la sociabilidad o la facultad de penetrar en los medios poco familiares a este género de colaboradores, etc.

* * *

Me parece que como mejor me explicaré es comparando mi plan con las instituciones de carácter académico. Los miembros de la Comisión Central de Control se ocuparán, bajo la dirección de su Presídium, de examinar regularmente todos los expedientes y documentos del Buró Político. Por otra parte, deberán dividir racionalmente su tiempo entre los distintos trabajos de comprobación de los documentos de nuestras instituciones, desde las más pequeñas y menos importantes hasta las grandes administraciones del Estado. Por último, también deberán estudiar la teoría, es decir, la teoría de la organización del trabajo al que tienen intención de dedicarse; igualmente tendrán que realizar ejercicios prácticos bajo la dirección de camaradas con experiencia o de profesores de institutos superiores de organización del trabajo.

Pero yo creo que no habrá lugar a limitarse a esta actividad puramente académica. Deberán prepararse, además, para funciones que no dudaré en llamar de preparación para la caza, no diré de ladronzuelos, pero sí de cualquier cosa de ese género, y a la invención de artimañas destinadas a disimular sus campañas, sus maniobras, etc.

En las instituciones de Europa occidental, semejantes propuestas provocarían una inaudita indignación, un sentimiento de rebeldía moral, etc.; pero yo espero que nosotros no estemos todavía burocratizados hasta ese punto. La NEP todavía no ha adquirido

entre nosotros tal reputación que podamos ofendernos ante la idea de cazar a alguno. Nuestra república de los soviets hace tan poco tiempo que está edificada y hay tal batiburrillo que nadie pensará en ofuscarse por la idea de que se pueda, en este fárrago, hacer cacheos con ayuda de determinadas artimañas y de sondeos que apunten a fuentes bastante alejadas o que se efectúen por vías bastante escondidas. E incluso si alguien lo pensara, se puede estar seguro de que todos nos reiremos de buena gana.

Nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina, esperamos, pasará por encima de esa cualidad que los franceses llaman *pruderie*² y que nosotros podríamos llamar afectación ridícula, y que hace un juego inmejorable a toda nuestra burocracia, tanto de nuestras instituciones soviéticas como de las organizaciones del Partido, porque, dicho sea entre paréntesis, la burocracia existe entre nosotros tanto en unas como en otras:

Si más arriba he escrito que debemos instruirnos y todavía seguir instruyéndonos en las escuelas superiores de organización del trabajo, etc., eso no quiere decir de ninguna manera que yo conciba esa "enseñanza" en forma escolar, o que me limite a la idea de una enseñanza escolar. Yo sé que en un Estado serio y envarado de Europa occidental, esta idea habría provocado verdadero horror; ningún funcionario que se respetara habría consentido tan siquiera en discutirla. Pero yo espéro que nosotros no estemos todavía burocratizados hasta ese punto y que la discusión de esta idea no provoque entre nosotros más que buen humor.

En efecto, ¿por qué no unir lo agradable a lo útil? ¿Por qué no aprovechar una broma divertida o semidivertida para sorprender algunas cosas ridículas, algunas cosas nocivas, o semirridículas, seminocivas, etc.?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho de tener en cuenta estas consideraciones, y que la lista de los casos en que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina han obtenido algunos de sus más brillantes triunfos, se enriquecerá con las numerosas hazañas de nuestros futuros inspectores y controladores en apartados que no resultan nada cómodos de mencionar en los manuales decentes y serios.

* * *

¿Cómo se puede unir una institución del Partido con un organismo de la administración soviética? ¿No tiene esto algo de inadmisibile?

Yo no planteo esta cuestión en mi nombre, sino en nombre de aquellos a quienes me he referido antes, al decir que no sólo tenemos burócratas en nuestras administraciones soviéticas sino también en las organizaciones del Partido.

En efecto, ¿por qué no unir unas y otras cuando el interés lo reclama? ¿Es que nadie ha observado nunca, por ejemplo, que en el Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores una unión de este tipo es enormemente útil y se practica desde su fundación? ¿No discute el Buró Político, desde el punto de vista del Partido, gran cantidad de cuestiones, grandes y pequeñas, relativas a nuestras "contramano-bras" en respuesta a las "maniobras" de las potencias extranjeras, con objeto de prevenir, digamos, cualquier ardid por su parte, para ser educado? La alianza flexible del elemento administrativo y del elemento del Partido, ¿no es una inmensa fuente de energía en nuestra política? Yo creo que lo que ha sido puesto a prueba, se ha consolidado en nuestra política exterior y forma parte de nuestras costumbres hasta el punto de no provocar la menor duda sobre la materia, no sería menos oportuno (sino incluso mucho más, en mi opinión) en el conjunto de nuestro aparato estatal. Ahora bien, la Inspección Obrera y Campesina debe precisamente tener en cuenta todo nuestro aparato estatal y su actividad debe recaer sobre todas las instituciones del Estado sin ninguna excepción, sean locales, centrales, comerciales, puramente administrativas, escolares, teatrales, archivos, etc., en una palabra, sobre todas sin la menor excepción.

Entonces, ¿por qué, para una institución de esta envergadura y que exige, además, una extraordinaria flexibilidad en sus formas de actuación, por qué no admitir para ella una especial fusión del organismo de control del Partido con el del Estado?

Por mí, yo no vería el menor inconveniente. Lo que es más: creo que esta fusión es la única garantía de una actividad fecunda. Yo creo que todas las dudas a este respecto nacen de los rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que sólo merecen una cosa: de ser puestas en ridículo.

* * *

2. En francés en el original.

Otra duda: ¿conviene asociar los estudios al ejercicio de una función? Me parece que no sólo conviene, sino que es necesario. En general, pese a toda nuestra actitud revolucionaria con respecto a los principios que rigen en los estados de occidente, estos han logrado inocularnos una serie de prejuicios perjudiciales y ridículos. En cierta medida, este contagio nos viene también de nuestros amables burócratas, que nos lo han traspasado a sabiendas, con la esperanza de poder pescar muchas veces en las aguas revueltas de estos prejuicios. Y han pescado en estas aguas revueltas hasta el punto de que sólo los ciegos impenitentes que hay entre nosotros no se han dado cuenta de en qué cantidad se practicaba esa pesca.

En toda la esfera de las relaciones sociales, económicas y políticas, somos "terriblemente" revolucionarios. Pero en lo que se refiere a la jerarquía, el respeto a las formas y los usos de los procedimientos administrativos, nuestro "revolucionarismo" deja constantemente paso al espíritu rutinario más enmohecido. Se puede constatar aquí un fenómeno del mayor interés, a saber: que en la vida social los más prodigiosos saltos adelante se alían muchas veces con una monstruosa indecisión ante los menores cambios.

Esto se comprende teniendo en cuenta que los más audaces pasos adelante surgen, después de muchísimo tiempo, del dominio de la teoría, de un dominio cultivado principalmente, y hasta casi exclusivamente, en el plano teórico. Asqueada de la abominable realidad burocrática, Rusia descargaba su corazón erigiendo sistemas eminentemente audaces; y esa es la razón de que tales sistemas eminentemente audaces adopten entre nosotros un carácter extraordinariamente estrecho. Entre nosotros se ve coexistir la osadía en las construcciones de orden general con una sorprendente timidez delante de la más insignificante de las reformas administrativas. La idea de una prodigiosa revolución agraria mundial fue elaborada con una audacia desconocida en los demás países; y junto a esto, falta imaginación para realizar una reforma administrativa de décimo orden; falta imaginación o paciencia para aplicar a esta reforma los principios generales que, tratándose de los problemas de orden general, dieron tan "brillantes" resultados.

He aquí la razón de que nuestra vida reúna de forma pasmosa rasgos de una audacia increíble e indecisión delante de los cambios más insignificantes.

Yo creo que nunca ha ocurrido de otra forma en las revoluciones verdaderamente grandes, porque éstas nacen de la contradicción entre

lo antiguo, la tendencia a recomponer lo viejo, y la más abstracta tendencia hacia lo que es nuevo, nuevo hasta el punto de no contener ni un sólo grano del pasado.

Y cuanto más radical sea la revolución, más tiempo subsistirán las contradicciones.

* * *

El rasgo general que caracteriza nuestra vida actual es éste: hemos destruido la industria capitalista, nos hemos dedicado a fondo a demoler las instituciones medievales, la propiedad señorial, y sobre esta base hemos creado un pequeño y muy pequeño campesinado, que sigue al proletariado confiando en los resultados de su acción revolucionaria. No obstante, con sólo esta confianza, no resulta fácil aguantar hasta la victoria de la revolución socialista en los países más avanzados; porque el pequeño y el muy pequeño campesinado, sobre todo bajo la NEP, por necesidades económicas, se mantiene en un nivel de productividad del trabajo extremadamente bajo.

... Lo que nos interesa es la táctica que debemos seguir nosotros, el Partido Comunista de Rusia, nosotros, el poder soviético de Rusia, para impedir que los países contrarrevolucionarios de Europa occidental nos aplasten. Para que nosotros podamos subsistir hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los estados más civilizados del mundo y los países más atrasados como los orientales, que no obstante constituyen la mayoría, es necesario que esta mayoría tenga tiempo para civilizarse. Y no menos nosotros; nosotros no estamos lo bastante civilizados para poder pasar directamente al socialismo, aunque tengamos las premisas políticas. Necesitamos seguir esta táctica o adoptar para nuestra salvación la siguiente política.

Debemos tratar de construir un Estado donde los obreros continúen ejerciendo la dirección sobre los campesinos, mantengan la confianza de estos últimos y, mediante rigurosas economías, eliminen hasta los menores excesos en todos los campos de la vida social.

Debemos realizar un máximo de economías en nuestro aparato estatal. Debemos eliminar todos los gastos superfluos que en tan gran cantidad ha dejado la Rusia zarista, su aparato capitalista y burocrático.

¿No será esto el reino de la mediocridad campesina?

No. Si mantenemos a la clase obrera dirigiendo al campesinado.

podremos, al precio de las más rigurosas economías en la gestión de nuestro Estado, emplear la menor suma ahorrada en desarrollar nuestra gran industria mecanizada, en la electrificación, en la extracción hidráulica de la turba, en conseguir construir la central hidroeléctrica de Vóljov, etc.

Ahí, y solamente ahí, está nuestra esperanza. Solamente entonces podremos, por utilizar una imagen, cambiar de caballo, abandonar el penco del campesino, del mujik, renunciar a las economías indispensables en un país agrícola arruinado, y montar en el caballo que busca y no puede dejar de buscar el proletariado, a saber, en la gran industria mecanizada, la electrificación, la central hidroeléctrica de Vóljov, etc.

Así es como ligo en mi pensamiento el plan general de nuestro trabajo, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia, a las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. Así es como se justifica a mis ojos el extraordinario cuidado, la continuada atención que debemos dispensar a la Inspección Obrera y Campesina, situándola a una altura excepcional, confiriendo a sus dirigentes los derechos del Comité Central, etc.

Esta es la justificación: sólo limitando al máximo nuestro aparato, reduciendo al máximo todo lo que no es absolutamente necesario, podremos mantenernos con seguridad. Y eso, no en el nivel de un país de pequeña agricultura campesina, ni en el nivel de esta estrechez generalizada, sino en un nivel que se eleve cada vez más hacia la gran industria mecanizada.

Tales son las grandes tareas que yo sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. Tal es la razón de que proyecte la fusión del organismo supremo del Partido con un "simple" Comisariado del Pueblo.

*2 de marzo de 1923.
T. 33, pp. 501-518.*

I

CARTA AL CONGRESO

Recomiendo encarecidamente a este congreso que proceda a una serie de cambios políticos.

Me interesa exponeros unas reflexiones que considero de especial importancia.

En primer lugar, propongo aumentar el número de miembros del Comité Central a muchas decenas e incluso a una centena. Me parece que nuestro Comité Central estará amenazado de graves peligros si el curso de los acontecimientos no es perfectamente favorable a nosotros (con lo cual, por otra parte, no podemos contar) y si no emprendemos esta reforma.

Después pienso proponer al Congreso que confiera carácter legislativo, bajo determinadas condiciones, a las decisiones de la Comisión del Plan del Estado, accediendo en este punto a los deseos del camarada Trotski, en una cierta medida y en determinadas condiciones.

En lo que se refiere al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del Comité Central, yo creo que es necesario para acrecentar la autoridad del CC y para mejorar seriamente nuestro aparato, y también para impedir que los conflictos de ciertos pequeños grupos del Comité Central puedan adquirir una excesiva importancia para los destinos del Partido.

Me parece que nuestro Partido bien puede pedir 50 o 100 miembros para el Comité Central a la clase obrera y que ésta se los proporcionará sin una excesiva tensión de sus fuerzas.

Semejante reforma aumentaría notablemente la solidez de nuestro Partido y le facilitaría la lucha en un entorno de estados hostiles, lucha que a mi parecer se puede agravar fuertemente en los próximos años. Me parece que la cohesión del Partido sería enormemente reforzada por la adopción de esta medida.

LENIN

*Taquigrafiado por M. V.
23.XII.22*

II

*Continuación de las notas.
24 de diciembre de 1922.*

Cuando hablo de lucha por la cohesión del Comité Central, estoy

pensando en las medidas a tomar contra la escisión si es que pueden adoptarse tales medidas. Porque, por supuesto, el guardia blanco de la *Rúskaya Misl* (creo que era S. S. Oldenburg) tenía razón cuando, en la cacería que aquellas gentes llevaban a cabo contra la Rusia soviética, ponía las esperanzas en primer lugar en una escisión de nuestro Partido y cuando, en segundo lugar, para conseguir esta escisión, ponía la esperanza en las graves divergencias dentro del Partido.

Nuestro Partido se apoya en dos clases; de modo que su inestabilidad sería posible y su caída inevitable si no se pudiera llegar a un acuerdo entre estas dos clases. En esa eventualidad, sería inútil tomar tales o cuales medidas, o discurrir en general sobre la cohesión de nuestro Comité Central. En ese caso ninguna medida será capaz de evitar la escisión. No obstante, espero que se trate de un futuro demasiado lejano y de un acontecimiento demasiado improbable para que haga falta hablar de él.

Quiero hablar de la cohesión en tanto que garantía contra la escisión en un futuro próximo, y me propongo hacer una serie de consideraciones de orden puramente personal.

Estimo que, en esta perspectiva, el punto esencial del problema de la cohesión es la existencia de miembros del Comité Central como Stalin y Trotski. Las relaciones entre ellos constituyen, a mi juicio, el principal peligro de esta escisión que se podría evitar, para lo cual se debería utilizar, entre otras medidas, a mi juicio, un aumento del número de miembros del Comité Central, elevándolo a cincuenta o cien.

El camarada Stalin, convertido en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de que sepa utilizarlo siempre con la bastante prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, como ya ha demostrado en su lucha contra el Comité Central en la cuestión del Comisariado del Pueblo de las Vías de Comunicación, no sólo destaca por sus eminentes cualidades. Quizá sea el hombre más capaz del actual Comité Central, pero peca de exceso de soberbia y de una exagerada pasión por los aspectos puramente administrativos de las cosas.

Estas dos cualidades de dos jefes eminentes del actual Comité Central podrían provocar incidentalmente la división y, si nuestro Partido no toma las medidas necesarias para oponerse, la escisión puede ocurrir sin que nadie la espere.

No me detendré a caracterizar las cualidades personales de los demás miembros del Comité Central. Me contentaré con recordar

que el episodio de octubre de Zinóviev y Kámenev no fue desde luego un hecho accidental, pero no se les puede imputar personalmente en mayor medida que su no bolchevismo a Trotski.

En lo que se refiere a los miembros jóvenes del Comité Central, tengo algunas cosas que decir sobre Bujarin y Piatakov. En mi opinión, son los más destacados (entre los más jóvenes) y, con respecto a ellos, convendría no perder de esto de vista: Bujarin no sólo es un teórico de los más señalados y de los más valiosos del Partido, ¡disfruta con todo derecho del afecto de todo el Partido! No obstante, sus concepciones teóricas sólo pueden considerarse marxistas con muchas reservas, pues tiene algo de escolástico (nunca ha estudiado y, presumo yo, nunca ha comprendido la dialéctica).

25.XII. Luego, Piatakov, dotado sin ninguna duda de una gran voluntad y de eminentes cualidades, no obstante, se deja llevar demasiado por la administración y por el aspecto administrativo de las cosas para que uno pueda recurrir a él cuando se trata de una cuestión política seria.

Desde luego, estas dos observaciones sólo las hago para el momento actual, en la hipótesis de que estos dos eminentes y fieles militantes no encontraran ocasión de completar sus conocimientos y remediar sus insuficiencias.

LENIN.

Taquigrafiado por M.V.

25.XII.22

Stalin es demasiado grosero, y ese defecto, que es perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, es intolerable en las funciones del Secretario General. Propongo, pues, a los camaradas que se estudie un método para destituir a Stalin de ese puesto y designar en su lugar a otra persona que tenga sobre Stalin la ventaja de ser más tolerante, más leal, más educado y más atento con los camaradas. Estos rasgos pueden parecer tan sólo un detalle ínfimo. Pero, a mi juicio, para evitarnos la escisión y teniendo en cuenta lo que he escrito anteriormente sobre las relaciones entre Stalin y Trotski, no es un detalle, o bien es un detalle que puede adquirir una importancia decisiva.

LENIN.

Taquigrafiado por L.F.

4.I.23

III

Continuación de las notas.
26 de diciembre de 1922.

La ampliación del Comité Central, hasta cincuenta o incluso cien miembros debe perseguir, a mi manera de ver, un doble o incluso un triple fin: cuantos más miembros haya en el CC y más personas estén iniciadas en su trabajo, menor será el peligro de escisión debida a una imprudencia. La designación de miembros obreros para el Comité Central les ayudará a mejorar nuestro aparato, que es verdaderamente defectuoso. A decir verdad, nos ha sido legado por el antiguo régimen y era absolutamente imposible de arreglar en un plazo tan corto, sobre todo en tiempo de guerra, durante el hambre, etc. En consecuencia, a los "críticos" que, con una sonrisa irónica o con acritud, nos señalan los defectos de nuestro aparato, se puede responder tranquilamente que esas gentes no comprenden lo más mínimo las condiciones de la actual revolución.

Hablando en general, es imposible arreglar un aparato en la medida suficiente en cinco años, sobre todo dadas las condiciones en que se ha realizado nuestra revolución. Que nos hayan bastado cinco años para crear un Estado de nuevo tipo, donde los obreros marchan a la cabeza de los campesinos contra la burguesía, siendo así que la situación internacional nos era hostil, ya es algo prodigioso. Pero ese sentimiento no debe hacernos olvidar lo más mínimo que en conjunto hemos tomado el viejo aparato del zar y de la burguesía, y que ahora, con la llegada de la paz y de un mínimo de garantías contra el hambre, todos los esfuerzos deben apuntar a mejorar nuestro aparato.

Yo veo las cosas así: unas cuantas docenas de obreros que entran en el Comité Central constituirían la mejor baza para revisar, mejorar y rehacer nuestro aparato. La Inspección Obrera y Campesina, que en un principio tenía esta función, ha resultado incapaz de cumplirla: por tanto, en determinadas condiciones sólo puede servir de "apéndice" o de auxiliar de los miembros del Comité Central. Los obreros que formen parte del Comité Central, a mi juicio, deben ser reclutados sobre todo entre los que no hayan llevado a cabo una larga etapa de trabajo en los soviets (los obreros de que hablo en este pasaje de mi carta incluyen también en todo momento a los cam-

pesinos), porque en estos obreros se han creado ya ciertas tradiciones y ciertos prejuicios que precisamente habría que combatir.

Entre los obreros miembros del Comité Central deben figurar principalmente los obreros situados por debajo de esa capa que, desde hace cinco años, se ha incorporado a las filas de los funcionarios soviéticos y deben pertenecer, sobre todo, a la masa de simples obreros y simples campesinos que de ninguna manera se podrían clasificar, ni de cerca ni de lejos, entre los explotadores. Yo creo que estos obreros, al asistir a todas las sesiones del Comité Central y del Buró Político, y al leer todos los documentos del Comité Central, pueden formar los cuadros fieles al régimen soviético, capaces desde el principio de reforzar al propio Comité Central y, luego, de trabajar eficazmente por la renovación y el mejoramiento del aparato.

LENIN.

Taquigrafiado por L.F.

26.XII.22

IV.

Continuación de las notas
27 de diciembre de 1922.

ATRIBUCION DE FUNCIONES LEGISLATIVAS AL GOSPLAN³

Esta idea, me parece, la propuso hace mucho tiempo el camarada Trotski. Yo me pronuncié en contra porque estimaba que entonces se produciría una discordancia fundamental en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero, después de un atento examen, he sacado la conclusión de que, en el fondo, hay una idea justa, a saber: la Comisión del Plan del Estado se sitúa un poco al margen de nuestras instituciones legislativas, aunque, al estar compuesta por un conjunto de personas competentes, de expertos, de representantes de la ciencia

3. Comisión del Plan del Estado.

y de la técnica, disponen de los mejores elementos para enjuiciar las cosas.

Sin embargo, hasta hora partíamos del planteamiento de que el Gosplán debe proporcionar al Estado una documentación elaborada con espíritu crítico, mientras que las instituciones del Estado se encargan de regular los asuntos públicos. Yo creo que en la situación actual, en que los asuntos públicos se han complicado extraordinariamente, en que hace falta regular continuamente, tal como viene, las cuestiones que precisan de la competencia de los miembros del Gosplán y otras que no la necesitan, e incluso regular asuntos que en determinados aparatos requieren el asesoramiento del Gosplán y en otros no, yo creo que en el momento actual es necesario dar un paso hacia la ampliación de las competencias de la Comisión del Plan del Estado.

He aquí cómo lo concibo: las decisiones del Gosplán no podrán ser rechazadas por la vía ordinaria de los soviets, sino que su revisión requerirá un procedimiento especial, por ejemplo, enviarlas a una sesión del Comité Ejecutivo Central de Rusia, estudiar la cuestión con vistas a reconsiderarla después de una instrucción especial que incluye la redacción, basada en reglas establecidas de antemano, de informes que permitan decidir si dicha decisión debe ser rechazada; por último, fijar un plazo concreto para modificar los proyectos del Gosplán, etc.

En este sentido, se puede y se debe, creo yo, acceder al deseo del camarada Trotski, sin por eso confiar la presidencia de la Comisión del Plan del Estado a la persona elegida entre nuestros jefes políticos ni al presidente del Consejo Superior de la Economía Nacional, etc. Me parece que en todo esto, en el momento actual, la cuestión personal se entrelaza demasiado estrechamente con la cuestión de principios. Yo creo que los ataques que actualmente se escuchan contra el camarada Krzhishanovski, presidente del Gosplán, y contra el vicepresidente, el camarada Piatakov, ataques que van del uno al otro de tal forma que, por una parte, escuchamos acusaciones de excesiva blandura, de eclipsamiento y falta de carácter, y por otra parte de impericia, de militarismo, de insuficiente preparación científica, etc., yo creo que estos ataques manifiestan dos aspectos del problema, llevándolos a la exageración, y que en realidad necesitamos dentro del Gosplán una acertada combinación de dos tipos de caracteres, uno de los cuales puede ejemplificarse con Piatakov y el otro con Krzhishanovski.

Yo creo que a la cabeza del Gosplán debe haber una persona

que tenga formación científica, especialmente en el terreno técnico o agrónomo, y que posea una gran experiencia adquirida a lo largo de muchas decenas de años de trabajo práctico en el terreno de la técnica o bien en el de la agronomía. Esta persona, creo yo, no precisa tanto de cualidades de un administrador como de una amplia experiencia y de capacidad para atraerse a sus colaboradores.

LENIN.

Taquigrafiado por M.V.

27.XII.22

V

Continuación de la carta
sobre el carácter
legislativo de las
decisiones del Gosplán.
28 de diciembre de 1922.

He advertido, en algunos de nuestros camaradas con posibilidades de influir decisivamente en la marcha de los asuntos públicos, una tendencia a exagerar el aspecto administrativo que, por supuesto, es necesario en su lugar y en su momento, pero que no se debe confundir con el aspecto científico, con la comprensión de la realidad en toda su amplitud, con la capacidad para atraerse colaboradores, etc.

En toda institución del Estado, y sobre todo en el Gosplán, importa reunir estas dos cualidades, y cuando el camarada Krzhishanovski me dijo que se había dirigido a Piatakov y se había puesto de acuerdo con él sobre su trabajo en el Gosplán, di mi aprobación sin, no obstante, poderme deshacer de ciertas dudas, pero quizás con la esperanza de encontrar allí reunidos a los dos tipos de hombre de Estado. Para saber si esta esperanza se ha realizado, hace falta esperar y ver la experiencia con un poco más de distancia; pero en principio, a mi manera de ver, no cabe la menor duda de que esta conjunción de caracteres y de tipos (de hombres, de cualidades) es absolutamente necesaria para el normal funcionamiento de las

instituciones estatales. Me parece que en este punto la exageración "burocrática" es tan perjudicial como cualquier exageración en general. El dirigente de una institución estatal debe tener en el más alto grado el don de rodearse de colaboradores y poseer sólidos conocimientos científicos y técnicos para controlar su trabajo. Este es un punto esencial. Si no, el trabajo no se puede hacer con normalidad. Por otra parte, tiene gran importancia que sepa administrar y se haga secundar por una o muchas personas cualificadas. La reunión de estas dos cualidades en una sola persona es algo poco probable, y su necesidad tampoco es de capital importancia.

LENIN.

Taquigrafiado por L.F.

28.XII.22

VI.

Continuación de las notas sobre el Gosplán.

29 de diciembre de 1922.

El Gosplán crece visiblemente y se va convirtiendo en una comisión de expertos. A la cabeza de semejantes instituciones sólo se puede colocar a una persona de gran experiencia y una formación científica extensa en el plano técnico. En el fondo, en este caso la competencia administrativa debe jugar un papel auxiliar. Para asegurar la autoridad de este organismo científico es imprescindible una cierta autonomía del Gosplán, cuya única garantía es la buena fe del personal y su estricta voluntad de poner en práctica nuestro plan de construcción económica y social.

Evidentemente, esta última cualidad no se puede encontrar ahora más que como excepción, puesto que la inmensa mayoría de los científicos, que naturalmente son quienes componen hoy el Gosplán, está muy contaminada por las concepciones burguesas y los prejuicios

burgueses. Controlarlos en este aspecto debe ser tarea de varias personas, que pueden formar el Presídium del Gosplán, que deben ser comunistas y seguir día a día, durante el trabajo, el grado de fidelidad de los científicos burgueses, así como su renuncia a los prejuicios burgueses y su gradual conversión al socialismo. Este doble trabajo de control científico y de pura administración debería ser el ideal de los dirigentes del Gosplán de nuestra república.

LENIN

Taquigrafiado por M. V.
29.XII.22

¿Es racional repartir las distintas actividades del Gosplán y no es necesario, por el contrario, dedicarse a preparar un grupo de especialistas permanentes, sometidos al control sistemático del Presídium y capaces de resolver todo el conjunto de problemas que son de su incumbencia? Yo creo que este último proceder sería el más racional y que hace falta dedicarse a disminuir el número de tareas especiales, provisionales y urgentes.

LENIN

Taquigrafiado por M. V.
29.XII.22

VII

Continuación de las notas.
29 de diciembre de 1922.

(A PROPOSITO DEL AUMENTO DEL NUMERO DE MIEMBROS DEL COMITE CENTRAL)

Al aumentar el número de miembros del Comité Central es necesario, a mi parecer, proceder al mismo tiempo, y puede ser que sobre todo, a la revisión y al perfeccionamiento de nuestro aparato, que no vale nada. Con este objeto, debemos recurrir a especialistas altamente cualificados, y la tarea de proporcionar estos especialistas debe incumbir a la Inspección Obrera y Campesina.

¿Cómo combinar a estos especialistas del control, dotados de su-

ficientes conocimientos, con los nuevos miembros del Comité Central? Este problema debe solucionarse en la práctica.

Me parece que la Inspección Obrera y Campesina (a resultas de su desarrollo y de las dificultades que nos ha creado) ha venido a desembocar en lo que ahora observamos: una situación transitoria entre un Comisariado especial y una función especial de los miembros del Comité Central: entre una institución que lo controla todo y un grupo de controladores, poco numeroso pero de primer orden, que deberían estar bien pagados (esto es especialmente necesario en este siglo en que todo se paga, y dado que los controladores están al servicio de las instituciones que mejor les pagan).

Si el número de miembros del Comité Central aumenta en la medida que debe, y si sus miembros siguen cada año un curso de administración pública bajo la guía de especialistas altamente cualificados y de miembros de la Inspección Obrera y Campesina, que disfrutan de autoridad en todos los campos, yo creo que tendremos éxito en la resolución de esta tarea que durante tanto tiempo se nos ha resistido.

Por tanto, en resumen: la Inspección Obrera y Campesina comprenderá hasta cien miembros del Comité Central y un máximo de cuatrocientos o quinientos auxiliares, encargados de desempeñar las funciones de control según sus indicaciones.

LENIN

Taquigrafiado por M. V.
29.XII.22

T. 36, pp. 605-617

Capítulo II

CONTRA EL "ESTALINISMO"

En los últimos años de su vida, dos problemas de la mayor importancia enfrentaron a Lenin con Stalin: el asunto caucásico, extraordinariamente embrollado, en el que Lenin se opone sobre todo a los métodos violentos utilizados por Stalin, Comisario del Pueblo de las Nacionalidades, y el monopolio del comercio exterior, que defiende Lenin y se niegan a aceptar a Stalin y otros dirigentes. En los dos casos, Lenin tuvo que luchar encarnizadamente para que prevaleciera su opinión y buscar todos los apoyos posibles, singularmente el de Trotski y Kámenev.

El penúltimo texto que Lenin escribió es especialmente sorprendente: se indigna de la conducta de Stalin con su mujer, cuando Stalin estaba encargado de velar su descanso.

DIARIO DE LAS SECRETARIAS

El 24 de enero, Vladímir Ilich ha llamado a Fótieva y la ha encargado pedir a Dzerzhinski o a Stalin el *dossier* de la comisión sobre el problema georgiano y estudiarlo con detalle. Esta misión ha sido confiada a Fótieva, Glasser y Gorbúnov. Objetivo: redactar un informe para Vladímir Ilich que lo necesita para el Congreso del Partido. Sin duda él no sabía que el Buró Político se había hecho cargo de la cuestión. Dijo: "La víspera de mi enfermedad, Dzerzhinski me habló del trabajo de la comisión y del 'incidente', y eso ha sido un golpe muy fuerte para mí."

El jueves 25 de enero ha preguntado si había llegado el *dossier*. Le he contestado que Dzerzhinski no llegaría hasta el sábado. Por esa razón no he podido pedírselo.

El sábado he preguntado a Dzerzhinski, quien me ha dicho que la documentación la tenía Stalin. He enviado una carta a Stalin, que estaba fuera de Moscú. Ayer, 29 de enero, Stalin ha llamado por teléfono diciendo que no podía entregarme el *dossier* sin una autorización del Buró político. Me ha preguntado si no le cuento a Vladímir Ilich cosas inútiles; ¿cómo está enterado de los asuntos rutinarios? Por ejemplo, su artículo sobre la Inspección Obrera y Campesina demuestra que conoce ciertos detalles. Le he contestado: "Yo no cuento nada ni tengo ninguna razón para pensar que esté al corriente". Hoy Vladímir Ilich me ha llamado para saber la respuesta y ha dicho que peleará para que le entreguen los documentos.

A. G. K. ORDZHONIKIDZE

Camarada Sergo:

Se trata de que Stalin y Sokolnikov se oponen, tanto el uno como el otro, a los créditos para una central eléctrica cerca de Tiflis.

Compromiso- viaje de Tumanov.

Dedíquele LA MAYOR atención (también está la cuestión del *té*, etc.).

Reúna toda la documentación (para el jefe del servicio administrativo).

Envíeme al tiempo todo el *dossier* y una nota SUCINTA (personalmente para mí). La lucha será dura.

Suyo, LENIN.

16.X.22

T. 45, 5. ed. rusa, p. 406.

Compromiso. viaje de Tumanov.

TELEGRAMA A K. M. TSINTSADZE Y S. I. KAVTARADZE

Cifrado

*Tiflis, Comité Central del Partido Comunista de Georgia
Tsintsadze y Kavtaradze*

*Copia para Ordzhonikidze, miembro del Comité Central
y para Orajelashvili, secretario del Comité Territorial
de Transcaucasia*

Me ha sorprendido el tono incorrecto del mensaje por hilo directo, firmado por *Tsintsadze* y otros, que me ha transmitido, no sé por qué, por Bujarin y no un secretario del *Comité Central*. Estaba convencido de que todos los desacuerdos habían sido zanjados por las resoluciones adoptadas en la reunión plenaria del *Comité Central* con mi participación indirecta y la participación directa de *Mdivani*. Por eso rechazo categóricamente los insultos contra *Ordzhonikidze* e insisto en que vuestro conflicto sea llevado, en un tono conveniente y leal, ante el Secretariado del Comité Central del PCR que resolverá, y al que yo transmito igualmente vuestra comunicación por hilo directo.

LENIN

21.X.22

T. 45, p. 510.

CARTA A J. V. STALIN PARA LOS MIEMBROS DEL
COMITE CENTRAL DEL PCR (b)

Ahora he terminado de liquidar mis asuntos y ya puedo partir tranquilo.¹ Igualmente he logrado ponerme de acuerdo con Trotski para que defienda mi punto de vista sobre el monopolio del comercio exterior. Sólo hay una cosa que me duele extraordinariamente: la imposibilidad de intervenir en el Congreso de los Soviets. El martes recibiré a los médicos y veremos si por lo menos hay una débil posibilidad de hacer esa intervención. Tener que renunciar me parece demasiado penoso, por no decir algo peor. He redactado hace varios días el guión de mi discurso. Por eso propongo, sin interrumpir los preparativos para la intervención de cualquier otro, que se mantenga hasta el miércoles la posibilidad de que intervenga yo personalmente.

I. A reposar en Gorki.

para pronunciar un discurso quizá mucho más corto de lo habitual, de tres cuartos de hora por ejemplo. Este discurso no estorbará en nada a quien me sustituya (cualquiera que sea el que hayáis designado a este efecto), pero yo creo que será útil tanto en el plano político como en el personal, al suprimir un motivo de fuerte pesar. Os ruego lo penséis y, si todavía se retrasa la inauguración del Congreso, se me comunique a tiempo a través de mi secretaria.

LENIN

15.XII.22

Estoy categóricamente en contra del aplazamiento de la cuestión del monopolio del comercio exterior. Si cualesquiera consideraciones (incluyendo la de mi deseable participación en el examen del problema) conducen a la idea de aplazarla hasta la próxima sesión plenaria, me opondré de la forma más enérgica, puesto que estoy convencido de que Trotski defenderá mi punto de vista tan bien como yo mismo. Esto como primer punto. En segundo lugar, vuestra declaración, la de Zinóiev y también, por lo que se dice, la de Kámenev confirman que una parte de los miembros del Comité Central han modificado su anterior opinión. En tercer lugar, lo más importante: seguir dando pruebas de vacilación en esta cuestión esencial es absolutamente inadmisibles y pone en peligro todas las posibilidades de trabajar.

LENIN

15.XII.22

T. 45, pp. 530-531.

Dictado por teléfono.

A L. D. TROTSKI

Camarada Trotski: Considero que nos hemos puesto plenamente de acuerdo. Le ruego que dé cuenta de nuestra solidaridad en la sesión plenaria. Espero que nuestra solución prevalecerá, pues una parte

de quienes votaron en contra en octubre se ha pasado ahora total o parcialmente a nuestro lado.

Si, contra todo lo previsto, no se adopta nuestra solución, nos dirigiremos a la fracción del Congreso de los Soviets y pediremos plantear la cuestión ante el Congreso del Partido.

Avíseme en ese caso y enviaré mi declaración.

Suyo, LENIN.

P. S. Si esta cuestión estuviera retirada del orden del día de la actual sesión (lo cual no espero que ocurra y contra lo que, por supuesto, usted debe oponerse con todas sus fuerzas en nombre de los dos), creo que, a pesar de todo, hace falta hacer un llamamiento a la fracción del Congreso de los Soviets y exigir que la cuestión sea planteada en el Congreso del Partido, puesto que es absolutamente inadmisibles continuar dando pruebas de vacilación.

Todos los documentos que le he enviado puede retenerlos hasta después de la sesión.

15.XII.22

T. 45, pp. 531-532.

AL CAMARADA TROTSKI

Camarada Trotski: Le reexpido la carta que he recibido hoy de Frunkin.² También creo que es absolutamente necesario acabar de una vez por todas con esta cuestión. Considero absolutamente falsa la idea de que esta cuestión me haya atormentado e incluso pueda haber influido en mi estado de salud, porque estoy diez mil veces más atormentado por las prórrogas que hacen absolutamente inestable nuestra política en una de las cuestiones más fundamentales. Por eso llamo su atención sobre la carta adjunta y le pido encarecidamente que apoye la discusión inmediata de la cuestión. Estoy convencido de que, si tenemos la amenaza de un fracaso es mucho mejor hundirnos antes del Congreso del Partido y en seguida dirigirnos a la fracción del Congreso, que hundirnos después del Congreso. Quizá sea acep-

2. Sobre el monopolio del comercio exterior.

table el siguiente compromiso: ahora adoptamos la decisión de confirmar el monopolio, pero no obstante planteamos la cuestión ante el Congreso del Partido y allí nos las entenderemos desde ahora. A mi juicio, en ningún caso podemos aceptar otro compromiso, por nuestro propio interés y por el interés de la causa.

LENIN.

15.XII.22

T. 45, pp. 532-533.

A L. D. TROTSKI

Por lo que parece, hemos logrado tomar la posición sin disparar un tiro, mediante un simple movimiento táctico. Propongo no quedarse ahí, continuar la ofensiva y, con este fin, hacer aprobar la propuesta de plantear delante del Congreso del Partido la cuestión de la consolidación del comercio exterior y de las medidas pertinentes para mejorar su realización. Haga esto público delante de la fracción del Congreso de los Soviets. Espero que no tenga objeciones y que no se negará a presentar el informe delante de la fracción.

N. LENIN.

21.XII.22

T. 45, p. 534.

A L. D. TROTSKI

Rigurosamente secreto.
Personal.

Querido camarada Trotski: Me gustaría mucho que usted se

encargara de la defensa del asunto georgiano delante del Comité Central del Partido. Este asunto es actualmente objeto de las "diligencias" de Stalin y Dzerzhinski, y no puedo contar con su imparcialidad. Incluso todo lo contrario. Si usted consiente en encargarse de la defensa, podría estar tranquilo. Si, por la razón que sea, no está de acuerdo, devuélvame todo el *dossier*. Lo interpretaré como señal de su negativa.

LENIN.

Dictado por telefono. 5.III.23.

T. 45, p. 535.

AL CAMARADA STALIN

Rigurosamente secreto.
Personal.

Copia para los camaradas Kámenez y Zinoviev.

Camarada Stalin: Usted ha cometido la grosería de llamar por teléfono a mi mujer e insultarla. Aunque ella le haya manifestado que está dispuesta a olvidar lo que se dijo, sin embargo ella misma ha dado cuenta del incidente a Zinóviev y Kámenev. Yo no tengo intención de olvidar tan fácilmente lo que se ha hecho contra mí, e innecesario es decir que considero hecho contra mí lo que se hace contra mi mujer. Por eso le pido...

En una hoja separada, adjunta a esta carta, figura esta adición de la secretaria: "Camarada Trostki, Vladímir Hich me pide que adjunte a la carta transmitida por teléfono que el camarada Kámenev sale hacia la Georgia el miércoles y quisiera saber si usted no desearía enviar allá abajo ningún encargo personal. 5 marzo 23."

T. 45, pp. 535-536.

A. P. G. MDIVANI, F. E. MAJARADZE, ETC.

Rigurosamente secreto.

Copias para los camaradas Trotski y Kaménev.

Queridos camaradas: Sigo vuestro combate con todo el corazón. Estoy indignado con la grosería de Ordzhonikidze y con la connivencia de Stalin y Dzerzhinski. Preparo en vuestro apoyo misivas y un discurso. Con mis respetos.

LENIN.

Segun una copia mecanografiada, 6.III.23.

T. 45, p. 815.

APENDICES

TEXTOS DE LENIN ANALIZADOS POR VARGA EN EL *TESTAMENTO*

Programa agrario

... El nudo de la lucha son los latifundios feudales, la más sobresaliente encarnación y el sostén más sólido de los vestigios de la servidumbre en Rusia. El progreso de la economía comercial y del capitalismo pone término imperiosamente a estas supervivencias. Desde *esta perspectiva*, Rusia sólo tiene por delante *una* vía, la vía del desarrollo burgués.

Sin embargo, este desarrollo puede adoptar dos formas. Los vestigios de la servidumbre pueden desaparecer a consecuencia de la reorganización de los dominios señoriales o a continuación de la supresión de los latifundios feudales, es decir, por medio de reformas o por medio de la revolución. El desarrollo burgués puede ser dirigido por la gran propiedad señorial, que se va volviendo cada vez más burguesa y sustituye gradualmente los procedimientos feudales de explotación por los procedimientos burgueses; igualmente puede ser dirigido por las pequeñas explotaciones campesinas que, por la vía revolucionaria, eliminarían del organismo social esa "excrecencia" que son los latifundios feudales, para a continuación desarrollarse libremente sin estos últimos, siguiendo la vía de las granjas capitalistas.

Estas dos vías objetivamente posibles de desarrollo burgués las llamaremos vía prusiana y vía americana. . .

T. 13, p. 251.

... Durante la revolución burguesa agraria lo que más terreno gana en el dominio económico es la nacionalización, puesto que destruye *todo* el régimen medieval de propiedad territorial. El campesino explota *ahora* su propio pedazo de tierra concedido por la comunidad, un pedazo de tierra comunitaria arrendado, un pedazo de tierra señorial arrendado, etc. La nacionalización permite derribar al máximo *todas* las barreras del régimen de propiedad territorial y "limpiar" toda la tierra para una *nueva explotación personal* que responda a las exigencias del capitalismo. Ciertamente, incluso con tal limpieza, no hay garantía contra la vuelta del pasado; prometer al pueblo semejante "garantía contra la restauración" sería charlatanería. Pero, gracias a este allanamiento del antiguo *modo de propiedad territorial*, la nueva *explotación personal* se afirmará hasta el punto de que la vuelta de lo antiguo resultará lo más difícil posible, porque *ninguna* fuerza del mundo es capaz de detener el desarrollo del capitalismo. . .

T. 13, pp. 344-345.

... El reparto puede estar determinado, después del período de nacionalización revolucionaria, por el deseo de consolidar al máximo las nuevas relaciones agrarias, conformadas a las exigencias del capitalismo. Puede estar determinado por el deseo de *tales* propietarios de tierras de aumentar sus ingresos a expensas del resto de la sociedad. Por último, puede estar determinado por el deseo de "mitigar" (o más sencillamente de sofocar) al proletariado y a las capas semiproletarias para las que la nacionalización del suelo será un elemento que "despierte el apetito" de socialización de toda la producción social. Estas tres posibilidades se reducen a una única base económica, porque, al consolidarse, el nuevo modo de propiedad territorial capitalista de los nuevos granjeros producirá espontáneamente un estado de ánimo antiproletario y el deseo de crear *para sí* un nuevo privilegio bajo la forma del derecho de propiedad privada. De esta forma, la cuestión se reduce exactamente a esta consolidación económica.

Noviembre-diciembre de 1907.
T. 13, p. 340.

Las tareas del proletariado en nuestra revolución

... La revolución rusa de febrero-marzo de 1917 ha señalado el comienzo de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Esta revolución ha dado el *primer* paso hacia el final de la guerra. Sólo el *segundo* paso —la toma del poder por el proletariado— puede asegurar el final. Esto supondrá en todo el mundo el comienzo de la "ruptura del frente" —del frente de los intereses del capital— y sólo rompiendo *ese* frente *puede* el proletariado evitar a la humanidad los horrores de la guerra y procurarle los beneficios de una paz duradera.

Y, al crear los soviets de delegados obreros, la revolución rusa ha puesto *ya* al proletariado de Rusia en condiciones de llevar a cabo esta "ruptura del frente" del capital.

10 de abril de 1917.
T. 20, pp. 59-60.

Sobre nuestra revolución

A propósito de las memorias de N. Sujánov

He hojeado estos días las Memorias de Sujánov sobre la revolución. Ante todo, lo que salta a la vista es la pedantería de todos nuestros demócratas pequeñoburgueses así como de todos los paladines de la II Internacional. Dejando aparte que son increíblemente cobardes, que incluso los mejores de ellos se contentan con evasivas en cuanto hay la menor desviación con respecto al modelo alemán, sin ni siquiera hablar de ese rasgo de carácter propio de todos los demócratas pequeñoburgueses y que han manifestado sobradamente a todo lo largo de la revolución, lo que salta a la vista es su servil imitación del pasado.

Todos se dicen marxistas, pero entienden el marxismo de la manera más pedante posible. No han comprendido en absoluto lo que tiene de esencial el marxismo, a saber: su dialéctica revolucionaria. No han comprendido en absoluto ni siquiera las indicaciones expresas de Marx sobre que, en los momentos revolucionarios, se necesita la máxima flexibilidad; ni siquiera han observado, por ejemplo, las indicaciones de Marx en su correspondencia al referirse, recuerdo, a 1856, donde formula la esperanza de ver realizarse en Alemania la

unión de la guerra campesina, capaz de crear una situación revolucionaria, con el movimiento obrero. Incluso esta indicación expresa la eluden, dando vueltas a su alrededor como haría un gato con una lechera caliente.

A través de toda su conducta, se revelan como unos reformistas pusilánimes que temen separarse de la burguesía y, con mayor razón, romper con ella; al mismo tiempo, encubren su cobardía con una fraseología y una presunción desenfrenadas. Incluso desde el punto de vista puramente teórico, lo que salta a la vista es su total incapacidad, de todos ellos, para comprender la siguiente idea del marxismo: han observado que, hasta el momento, el desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa ha seguido una determinada vía en Europa occidental. No pueden concebir que esta vía sólo puede considerarse un modelo *mutatis mutandis*, condicionado a ciertos cambios (en realidad insignificantes desde el punto de vista del movimiento general de la historia universal).

En primer lugar, la revolución estuvo ligada a la Primera Guerra Mundial. En tal revolución se debían manifestar rasgos nuevos, o por lo menos los rasgos modificados precisamente por esta guerra, porque nunca antes había habido en el mundo una guerra similar en condiciones semejantes. Todavía hoy, después de esta guerra, la burguesía de los países más ricos no puede restablecer las relaciones burguesas "normales". Ahora bien, nuestros reformistas, esos pequeñoburgueses que pretenden ser revolucionarios, consideraban y consideran todavía que las relaciones burguesas normales constituyen un límite (que no se debería sobrepasar) y conciben esta "norma" en un sentido extraordinariamente vulgar y estrecho.

En segundo lugar, ignoran por completo que la regularidad del desarrollo general de la historia universal, lejos de excluir, implica por el contrario determinados períodos que presentan singularidades, sea en la forma, sea en el orden de este desarrollo. Por ejemplo, en el caso de Rusia, situada entre los países civilizados y los países que esta guerra, por primera vez, introduce definitivamente en la civilización, es decir, todo el Oriente, los países no europeos, no conciben que Rusia podría y debería, en consecuencia, presentar ciertos rasgos particulares, sin duda inscritos en el cuadro general de la evolución mundial, pero que diferencian su revolución de la de todas las anteriores revoluciones de Europa occidental y que aportan ciertas innovaciones parciales procedentes de los países orientales.

De este modo, invocan un argumento absolutamente banal que han aprendido de memoria en el curso del desarrollo de la socialdemocracia occidental y que consiste en decir que nosotros no estamos maduros para el socialismo; que, en palabras de algunos de sus "sabios" personajes, nosotros no poseemos las condiciones económicas objetivas para el socialismo. Y a ninguno se le ocurre la idea de preguntarse: un pueblo puesto en una situación revolucionaria, como la que se presentó durante la Primera Guerra imperialista, ¿no podía, de cara a una situación sin salida, entablar una lucha que al menos le abriera la posibilidad de conquistar unas condiciones nada habituales para el progreso de la civilización?

"Rusia no ha alcanzado el grado de desarrollo de las fuerzas productivas necesario para instaurar el socialismo." Esta Tesis pregonan todos los paladines de la II Internacional, incluido Sujánov, por supuesto. Esta tesis incontestable, la repiten machaconamente en todos los tonos y la consideran decisiva para valorar nuestra revolución.

Sí, pero ¿y si un singular concurso de circunstancias ha arrastrado a Rusia a la guerra imperialista, donde estaban implicados todos los países occidentales por poco influyentes que fueran; si ha situado su evolución en el límite de las revoluciones nacientes y de las revoluciones parcialmente iniciadas de Oriente, en unas condiciones que precisamente nos permitieron realizar esa unión de la "guerra campesina" y del movimiento obrero, que un "marxista" como Marx consideraba en 1856 una de las perspectivas posibles para Prusia?

¿Y si la situación absolutamente sin salida, al doblar las fuerzas de los obreros y de los campesinos, nos ha ofrecido la posibilidad de proceder a la creación de las condiciones esenciales de la civilización, de un modo distinto a cómo lo han hecho los demás estados de Europa occidental? ¿Se ha modificado por este hecho la línea general de la evolución de la historia universal?

Si para crear el socialismo hace falta haber alcanzado un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir con exactitud cuál es este concreto "nivel cultural", porque es distinto en cada uno de los estados occidentales), ¿por qué no comenzar, en primer término, por conquistar de forma revolucionaria las condiciones previas de ese determinado nivel para, luego, fortalecidos por el poder obrero y campesino y por el régimen soviético, ponernos en marcha y reunirnos con los demás pueblos?

16 de enero de 1923.



II

Para crear el socialismo, decís, hace falta estar civilizados. Muy bien. Pero ¿por que no podemos comenzar nosotros por crear en nuestro país esas condiciones previas a la civilización expulsando a los grandes terratenientes, expulsando a los capitalistas rusos, para a continuación iniciar nuestra marcha hacia el socialismo? ¿En qué libros habéis leído que semejantes cambios del orden histórico habitual son inadmisibles o imposibles?

Me acuerdo de lo que dijo Napoleón: *On s'engage et puis... on voit*.¹ Eso es lo que nosotros hemos hecho; en primer lugar hemos emprendido un serio combate en octubre de 1917, luego el curso del desarrollo nos ha revelado los detalles (desde el punto de vista de la historia universal, sin la menor duda, no son más que detalles) como la paz de Best-Litovsk, o la NEP, etc. Y en el momento actual está fuera de toda duda que, en lo fundamental, hemos logrado la victoria.

Nuestros Sujánov, y con mucha más razón los socialdemócratas situados más a la derecha que estos, ni siquiera se imaginan que, en términos generales, las revoluciones no se podrían hacer de otra manera. Nuestros pequeñoburgueses europeos no se imaginan ni siquiera que las revoluciones ulteriores —en los países orientales de población infinitamente más densa y con condiciones sociales infinitamente más diversas— presentarán con toda seguridad muchos más rasgos particulares que en el caso de la revolución rusa.

Cierto que el manual redactado siguiendo a Kautsky ha sido muy útil en su momento. Pero en verdad ha llegado la hora de renunciar a la idea de que ese manual había previsto todas las formas de desarrollo de la historia universal. A quienes lo creen, lo oportuno sería calificarlos simplemente de imbéciles.

17 de enero de 1923.
T. 33, pp. 489-494.

1. En francés en el original.

Cartas desde lejos

... Tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas fundamentales: 1 la monarquía zarista, a la cabeza de los terratenientes feudales, de los viejos cuerpos de los funcionarios y de los generales; 2 la Rusia burguesa y terrateniente de los octubristas y los cadetes, tras la cual se arrastra la pequeñoburguesía (cuyos principales representantes serían Kerenski y Chjeídze); 3 el soviets de delegados obreros que buscan aliados en todo el proletariado y en toda la masa de la población pobre. Estas tres fuerzas políticas *fundamentales* se han afianzado con una claridad perfecta incluso durante los ocho días de la "primera etapa", incluso para un observador tan alejado de los acontecimientos y obligado a contentarse con los magros despachos de los periódicos extranjeros como el autor de estas líneas...

7 de marzo de 1917.
"Primera carta", t. 23, p. 328.

... De donde la conclusión: no podremos derribar de golpe el nuevo gobierno o bien, si lo logramos (los límites de lo posible retroceden mil veces en las épocas revolucionarias), no sabremos retener el poder *si no oponemos* a la magnífica organización del conjunto de la burguesía rusa y de los intelectuales burgueses una no menos magnífica *organización del proletariado* que guíe a la inmensa masa de los pobres de las ciudades y los campos, del semiproletariado y de los pequeños explotadores.

11 de marzo de 1917.
"Tercera carta", t. 23, p. 351.

El Estado y la revolución

Engels desarrolla la noción de ese "poder" que se llama el Estado, poder surgido de la sociedad pero que se sitúa por encima de ella y que cada vez se le hace más extraño. Ese poder, ¿en qué consiste

principalmente? En destacamentos especiales de hombres armados, que disponen de prisiones, etc.

Tenemos derecho a hablar de destacamentos especiales de hombres armados porque la fuerza pública propia de todo Estado "ya no coincide exactamente" con la población en armas, con la "organización armada autónoma de la población".

.....
Ahora bien, en Inglaterra igual que en América, "la primera condición de toda verdadera revolución popular" es la *demolición*, la *destrucción* de la "máquina del Estado" existente (llevada en estos países, entre 1914 y 1917, a una perfección "europea", común en el futuro a todos los estados imperialistas).

En segundo lugar, merece una especial atención esa profunda observación de Marx sobre que la destrucción de la máquina militar y burocrática del Estado es "la primera condición de toda verdadera revolución popular".

Agosto-septiembre de 1917.
T. 25, pp. 449-450.

Así, la Comuna parece haber sustituido la máquina estatal destruida al instituir una democracia "sencillamente" más completa: supresión del ejército permanente, elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios sin excepciones. Ahora bien, en realidad, este "sencillamente" representa una obra gigantesca: la sustitución de las instituciones por otras genuinamente distintas. Se trata precisamente de un caso de "transformación de la cantidad en cualidad": realizada de esta forma, tan plenamente y tan metódicamente como se pueda concebir, la democracia pasa de ser burguesa a una determinada clase) se transforma en cualquier otra cosa que, hablando con propiedad, ya no es un Estado.

Dominar a la burguesía y acabar con su resistencia no deja de ser una necesidad. Esta necesidad se impuso de manera especial en la Comuna y una de las causas de su derrota fue que no la llevó a cabo con la bastante decisión. Pero en este caso, el organismo represivo es la mayoría de la población y no la minoría, como siempre ha sido el caso en los tiempos del esclavismo así como en el del esclavismo asalariado. Ahora bien, desde el momento en que es la mayoría del

pueblo quien domina *por sí mismo* a sus opresores, *no hay necesidad* de un "poder especial" de represión. En este sentido el Estado *comienza a extinguirse*. En lugar de instituciones especiales de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, jefes del ejército permanente), la misma mayoría puede encargarse directamente de estas tareas: y cuanto más son ejercidas por el conjunto las funciones del Estado por el conjunto del pueblo, menos necesario resulta ese poder.

A este respecto, una de las medidas adoptadas por la Comuna, y que Marx detesta, es especialmente notable: la supresión de todas las dietas de representación, de todos los privilegios pecuniarios inherentes a los cuerpos de funcionarios, la reducción de los sueldos de *todos* los funcionarios al nivel de los "salarios de los obreros". Aquí es donde aparece con mayor relieve el cambio que ocurre al pasar de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de los opresores a la democracia de las clases oprimidas, del Estado en tanto que "poder especial" destinado a dominar a una determinada clase a la represión ejercida sobre los opresores por el *poder general* de la mayoría del pueblo, de los obreros y de los campesinos.

Agosto-septiembre de 1917.
T. 25, pp. 453-454.

Ahora bien, los individuos no son iguales: uno es más fuerte, otro más débil; uno está casado, otro es soltero; uno tiene más hijos, otro tiene menos, etc....

.....
no puede todavía realizar la justicia y la igualdad. La primera fase del comunismo; subsistirían las diferencias en cuanto a riqueza y las diferencias injustas; pero la *explotación* del hombre por el hombre será imposible, puesto que nadie se podrá apropiar, a título de propiedad privada, de los *medios de producción*, fábricas, máquinas, tierra, etc. Marx enseña el *curso de desarrollo* de la sociedad comunista, *obligada* a comenzar por destruir *unicamente* esta "injusticia" que es la apropiación de los medios de producción por los individuos, pero *incapaz* de destruir de golpe la otra injusticia: el reparto de los bienes de consumo "según el trabajo" (y no según las necesidades).

Así que, en la primera fase de la sociedad comunista (que normalmente se llama socialismo), el "derecho burgués" *no* queda completamente abolido, sino sólo en parte, solamente en la medida en que

se ha realizado la revolución económica, es decir, solamente en lo relativo a los medios de producción. El "derecho burgués" reconoce la propiedad privada de los individuos. El socialismo la convierte en propiedad *comunitaria*. En esta medida, pero sólo en esta medida, se encuentra abolido el "derecho burgués".

Agosto-septiembre de 1917.
T. 25, pp. 503-504.

Discusión sobre los sindicatos
(Extraído de *Los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotski*)

Pero eso no es todo. El programa de nuestro Partido, documento que el autor del *ABC del comunismo* conoce de forma inmejorable, enseña que nuestro Estado es un Estado obrero *que presenta una deformación burocrática*. Y es esta triste, diría yo, etiqueta la que le debemos poner. He aquí la coyuntura en toda su realidad. Y entonces, en un Estado que se está formando en estas condiciones concretas, ¿los sindicatos no tienen nada que defender? ¿Se puede prescindir de ellos para defender los intereses materiales y morales del proletariado completamente organizado? Este razonamiento es completamente falso desde el punto de vista teórico. Nos traslada al campo de la abstracción o del ideal que alcanzaremos dentro de quince o veinte años, y ni siquiera estoy seguro de que lo alcancemos en este plazo. Estamos enfrentados a una realidad que conocemos bien, siempre que no nos embriaguemos, que no nos dejemos arrastrar por los discursos de los intelectuales ni por los razonamientos abstractos, ni tampoco por lo que puede parecer una "teoría", pero que en realidad no es más que un error, una falsa apreciación de las particularidades del período de transición. Nuestro Estado es tal en la actualidad que el proletariado totalmente organizado se debe defender, y nosotros debemos utilizar las organizaciones obreras para defender a los obreros de su Estado y para que los obreros defiendan a nuestro Estado. Estas dos defensas actúan mediante una original combinación de nuestras medidas gubernamentales y de nuestro acuerdo, mediante la "amalgama" con nuestros sindicatos.

Los sindicatos no sólo son la organización históricamente nece-

saria del proletariado industrial, sino que son además la organización históricamente inevitable y, bajo la dictadura del proletariado, lo engloban en su casi totalidad. Esta es la consideración más importante, que el camarada Trotski olvida constantemente, no toma como punto de partida y no tiene en cuenta. Sin embargo, el tema que propone, "Papel y tareas de los sindicatos", es extraordinariamente amplio.

De lo que yo acabo de decir, él deduce que, en el ejercicio de la dictadura del proletariado, el papel de los sindicatos es absolutamente capital. Pero ¿en qué consiste ese papel? El examen de esta cuestión, una de las cuestiones teóricas de mayor importancia, me lleva a la conclusión de que ese papel es enormemente original. Por una parte, los sindicatos agrupan, engloban en sus filas, a la totalidad de los obreros de la industria: por este hecho son una organización de la clase dirigente, dominante, de la clase en el poder que ejerce la dictadura, que ejerce la coacción estatal. Pero no se trata de una organización estatal, coercitiva; su finalidad es educar, impulsar, adiestrar; es una escuela, una escuela de dirección, una escuela de gestión, una escuela de comunismo. Es una escuela de un tipo totalmente desacostumbrado, porque no tenemos que habérmolas con los profesores y con los alumnos, sino con una determinada combinación extraordinariamente original de lo que ha subsistido del capitalismo, y no podía dejar de subsistir, junto a lo que los destacamentos revolucionarios avanzados, la vanguardia revolucionaria del proletariado, por así decirlo, han promovido. Esta es la razón de que hablar del papel de los sindicatos sin tener en cuenta estas verdades esté fatalmente condenado a numerosas inexactitudes.

En el sistema de la dictadura del proletariado, los sindicatos se sitúan, si puede expresarse así, entre el Partido y el poder del Estado. La dictadura del proletariado es inevitable cuando se produce el paso al socialismo, pero no se ejerce por medio de la organización que agrupa a todos los obreros de la industria. ¿Por qué? Sobre este tema podríamos leer las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre el papel de los partidos políticos en general. No me detendré ahora en este punto. Las cosas ocurren así:

El Partido absorbe cualquier forma de vanguardia del proletariado y ésta es la que ejerce la dictadura del proletariado. Pero sin una base como los sindicatos es imposible ejercer la dictadura, desempeñar las funciones del Estado. Es necesario asumirlas por el canal de las distintas instituciones, también ellas de un tipo nuevo: por medio del aparato de los soviets. ¿Qué tiene esta situación de original desde el

punto de vista de las conclusiones prácticas? El hecho de que los sindicatos crean la *ligazón* entre la vanguardia y las masas, de que su labor cotidiana tiene por objeto adoctrinar a las masas, a las masas de la única clase capaz de hacernos acceder del capitalismo al comunismo. Tal es el primer aspecto de la cuestión. Por otra parte, los sindicatos son la "reserva" del poder del Estado. Esto es lo que son en el período de transición del capitalismo al comunismo.

30 de diciembre de 1920.
T. 32, pp. 11-14.

*El papel y la tarea de los sindicatos
en las condiciones de la Nueva Política Económica*

LOS SINDICATOS Y LA GESTION DE LAS EMPRESAS

Una vez conquistado el poder estatal por el proletariado, para éste tiene una importancia primordial, vital, que aumenten la cantidad de productos, que se expandan en gran escala las fuerzas productivas de la sociedad. Ahora bien, tal logro, a su vez, exige absolutamente, dada la actual situación de Rusia, que el pleno poder esté concentrado en las direcciones de las empresas. Estas administraciones, basadas por regla general en el principio de la dirección única, deben fijar ellas mismas las tasas salariales y distribuir los recursos financieros, las raciones, los instrumentos de trabajo y todos los demás utensilios sobre la base y de acuerdo con los contratos colectivos firmados con los sindicatos; además deben mantener una máxima libertad de maniobra, comprobar estrictamente los progresos reales en cuanto a crecimiento de la producción, administrar sin pérdidas y con beneficios, escoger cuidadosamente los administradores mejor dotados, con mayor experiencia, etc.

Toda intromisión directa de los sindicatos en la gestión de las empresas debe ser reconocida desde ahora como absolutamente inadmisibles y nefasta.

Pero sería un completo error deducir de esta verdad incontestable que los sindicatos no deban participar en la organización social de la industria ni en la gestión de la industria estatal. Esta participación es indispensable bajo formas claramente determinadas, formas que son las siguientes.

EL PAPEL Y LA PARTICIPACION DE LOS SINDICATOS EN LOS ORGANISMOS ECONOMICOS Y ADMINISTRATIVOS DEL ESTADO PROLETARIO

El proletariado constituye la base social del Estado que lleva a cabo la transición del capitalismo al socialismo. El proletariado no puede realizar esta tarea con éxito, en un país donde es considerable el predominio del pequeño campesinado, más que a condición de realizar una alianza extraordinariamente hábil, prudente y gradual con la inmensa mayoría del campesinado. Los sindicatos deben ser el colaborador más inmediato, más imprescindible, del poder del Estado dirigido, en toda su actividad política y económica, por la vanguardia consciente de la clase obrera: el Partido Comunista. Escuela del Comunismo en general, los sindicatos deben ser en especial una escuela de gestión de la industria socialista (y luego, progresivamente, de la agricultura) para toda la masa de obreros, y de ahí que para todos los trabajadores.

Partiendo de estos principios, conviene establecer, para el futuro inmediato, las formas fundamentales de participación de los sindicatos en los organismos económicos y administrativos del Estado proletario:

1. Los sindicatos toman parte en la constitución de todos los organismos económicos y de todas las administraciones relacionadas con la economía: proponen sus candidatos, de los que indican su antigüedad, experiencia, etc. El derecho de decidir corresponde exclusivamente a los organismos económicos, que tienen toda la responsabilidad del trabajo de los servicios respectivos, pero que deben tener en cuenta la opinión dada sobre todos los candidatos por los distintos sindicatos.

2. Una de las tareas más importantes de los sindicatos consiste en promover y formar administradores entre los obreros y, en general, entre las masas trabajadoras. Si admitimos que ahora contamos en la industria con decenas de excelentes administradores y con centenares de otros más o menos buenos, entonces, en un momento próximo precisaremos de centenares de excelentes y millares de los otros. El recuento metódico de todos los obreros y campesinos capaces de desempeñar esta tarea y la comprobación minuciosa, detallada y práctica, del éxito con el cual aprenden el arte de adminis-

trar deben ser llevados a cabo por los sindicatos con mucho más esmero y perseverancia que en el momento actual.

3. Es necesario ampliar la participación de los sindicatos en todas las organizaciones planificadoras del Estado proletario, en la creación de planes económicos, de programas de producción y de distribución de los fondos de abastecimiento material de los obreros, en la elección de las empresas que serán aprovisionadas por el Estado, cedidas en arriendo o en concesión, etc. Sin asumir directamente ninguna función de control sobre la producción de las empresas privadas y arrendadas, los sindicatos toman parte en la reglamentación de la producción capitalista privada sólo a través de su participación en los organismos estatales competentes. Al mismo tiempo que participen en todo el trabajo cultural y educativo y en la propaganda relativa a la producción, los sindicatos deben atraer cada vez con mayor amplitud y profundidad a la clase obrera y a las masas trabajadoras en el conjunto de la vida económica nacional, iniciándolas en el conjunto de la vida económica, en el conjunto de la actividad industrial, desde el almacenamiento de materias primas hasta la venta de los productos, proporcionándoles una idea cada vez más concreta del plan estatal único de la economía socialista, así como del interés práctico que tiene para los obreros y los campesinos la realización del plan.

4. El establecimiento de tarifas, de normas de abastecimiento, etc., constituye una de las partes inherentes e indispensables de la actividad de los sindicatos en la construcción del socialismo y de su participación en la gestión industrial. Especialmente, los tribunales disciplinarios deben reforzar sin cesar la disciplina en el trabajo y las formas educativas de la lucha por la disciplina y el crecimiento de la productividad, sin no obstante inmiscuirse en las atribuciones de los tribunales populares en general ni en las de la administración.

12 de enero de 1922.

T. 33, pp. 190-192.

Sobre la cooperación

I

Me parece que no prestamos suficiente atención a la cooperación. No creo que todos comprendan que, a partir de la revolución de octubre y con independencia de la NEP (por el contrario, en este sentido habría que decir: precisamente gracias a la NEP), la cooperación adquiere entre nosotros una importancia de todo punto excepcional. Los sueños de los viejos cooperativistas contienen muchas quimeras. Muchas veces son ridículos de puro fantásticos. Pero ¿por qué lo son? Porque no comprenden la significación fundamental, esencial, de la lucha política de la clase obrera para derrocar la dominación de los explotadores. Hoy, este derrocamiento es un hecho entre nosotros, y muchos de los sueños fantásticos, casi románticos, casi vulgares, de los viejos cooperadores se han convertido en una realidad desprovista de artificios.

En efecto, al ejercer la clase obrera el poder del Estado y al detentar el Estado todos los medios de producción, efectivamente sólo nos queda agrupar a la población en cooperativas. Cuando la población esté agrupada al máximo en cooperativas, el socialismo se realiza por sí solo, ese mismo socialismo que antes despertaba legítimas burlas, sonrisas, el desdén de las gentes convencidas, con justa razón, de la necesidad de la lucha de clases, de la lucha por el poder político, etc. Ahora bien, no todos los camaradas se dan cuenta de la enorme importancia, de la importancia ilimitada, que adquiere la cooperación para nosotros en la Rusia actual. Mediante la NEP hemos hecho una concesión al campesino considerado como comerciante, al principio del comercio privado; de ahí precisamente (en contra de lo que algunos imaginan) la inmensa importancia de la coo-

peración. En suma, todo lo que nos hace falta bajo el régimen de la NEP es agrupar en cooperativas a capas lo bastante amplias y profundas de la sociedad rusa; porque en la actualidad hemos descubierto la manera de combinar el interés privado, el interés comercial privado, por una parte, y su control por parte del Estado, por otra parte, la manera de subordinar el interés privado al interés general, lo que otras veces ha sido el escollo insalvable para gran cantidad de socialistas. En efecto, el poder del Estado sobre los principales medios de producción, el poder del Estado en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con los millones de pequeños y muy pequeños campesinos, la dirección de este campesinado garantizada por el proletariado, etc., ¿no es todo lo que se necesita para construir a partir de la cooperación, de la cooperación por sí sola, que nosotros tratábamos antes mercantil y que en ciertos aspectos seguimos teniendo derecho a tratar hoy igualmente bajo la NEP, no constituye esto todo lo necesario para edificar una sociedad totalmente socialista? No se trata todavía de la construcción de la sociedad socialista, sino de todo lo que es necesario y suficiente para construirla.

Ahora bien, esto es lo que subestiman muchos de nuestros militantes experimentados. Se mira la cooperación con desdén, no se comprende la excepcional importancia que, primero, por su punto de partida (los medios de producción pertenecen al Estado), y luego desde el punto de vista de la transición a un nuevo estado de cosas por la vía *más simple, más fácil, más accesible al campesino*.

Ahora bien, una vez más, esto es lo esencial. Una cosa es imaginar toda clase de asociaciones obreras para construir el socialismo; otra cosa es aprender a construir ese socialismo prácticamente, de forma que *todos* los pequeños campesinos puedan participar en la obra. Esta es la etapa a que hemos llegado en la actualidad. Siendo así, lo cierto es que lo aprovechamos de forma muy insuficiente.

Al adoptar la NEP hemos forzado la nota, no en el sentido de que hayamos reservado demasiado lugar al principio de la industria y el comercio libres, sino en el sentido de que hemos olvidado la cooperación, que en la actualidad la subestimamos, que hemos comenzado a olvidar la gigantesca importancia de la cooperación desde los dos puntos de vista anteriormente señalados.

Tengo ahora la intención de hablar con el lector sobre lo que se puede y lo que se debe prácticamente llevar a cabo inmediatamente, a partir del principio "cooperativo". ¿Por qué medios se puede y se debe desde ahora desarrollar el principio "cooperativo" de tal forma

que todo el mundo se dé cuenta con claridad de su importancia socialista?

Desde el punto de vista político, hay que hacerlo de tal forma que las cooperativas no sólo se beneficien, en general y siempre, de determinadas ventajas, sino que estas sean de orden puramente material (tasas de interés bancario, etc.). Es preciso que el Estado adelante fondos a las cooperativas, cuando menos un poco mayores que los créditos que adelantamos a las empresas privadas, elevándolos incluso al nivel de los créditos concedidos a la industria pesada, etc.

Un régimen social sólo surge del apoyo financiero de una clase determinada. Es inútil recordar los centenares y centenares de millones de rublos que costó el nacimiento del capitalismo "libre". Hoy debemos comprender y poner en práctica esta verdad: que en el momento actual el régimen social que debemos apoyar por encima de todo es el régimen cooperativo. Pero hace falta apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra; es decir, que no se trata de cualesquiera intercambios cooperativos; se debe entender como el apoyo en favor de los intercambios cooperativos en los que *realmente participen las verdaderas masas de la población*. Conceder primas a los campesinos que tomen parte en los intercambios cooperativos es una forma de proceder correcta; pero el nudo de la cuestión está en comprobar esta participación, en ver hasta qué punto es consciente y de buena ley. Cuando un cooperativista llega a una aldea para abrir una tienda cooperativa, hablando estrictamente, la población no participa en absoluto en esta fundación. Pero, guiado por su propio interés, buscará asociarse lo más rápidamente posible.

Esta cuestión aún presenta otro aspecto. Desde el punto de vista del europeo "civilizado" (instruido antes que nada), bien poco nos queda por hacer para que toda la población participe activamente, y no pasivamente, en el funcionamiento de las cooperativas. Hablando con propiedad, *solo* nos queda hacer "civilizada" a nuestra población hasta el punto de que comprenda las ventajas que ofrece el agrupamiento general en cooperativas y que se organice. *Sólo* eso. Esa es toda la ciencia que nos falta actualmente para pasar al socialismo. Pero *sólo* eso necesita toda una revolución, todo un periodo de desarrollo cultural de la masa popular. Por eso, nuestra regla debe ser sutlizar y raciocinar lo menos posible. En este sentido, la NEP señala un progreso en cuanto que se adapta al nivel del campesino más ordinario, en cuanto que no le pide nada de eso. Pero, para conseguir mediante la NEP que toda la población tome parte en las coopera-

tivas, se necesita toda una época histórica. Poniendo las cosas lo mejor posible, podemos franquearla en diez o veinte años. No dejará de ser un período histórico especial, y sin pasar por él, sin generalizar la enseñanza, sin una comprensión suficiente de los asuntos, sin aprender la población a utilizar los libros en un grado suficiente, sin una base material para esto, sin determinadas garantías, pongamos, contra las malas cosechas, el hambre, etc., sin todo esto no alcanzaremos nuestro objetivo. Ahora lo que importa es saber aliar el ímpetu revolucionario, el entusiasmo revolucionario - del que ya hemos dado sobradas pruebas y que ha sido coronado por un éxito total -, de saber aliarlo (diría yo) con la habilidad de un comerciante inteligente e instruido, lo cual basta para hacer un buen cooperativista. Por tal entiendo un comerciante civilizado. Esto es lo que deberían meterse en la cabeza los rusos o simplemente los campesinos que piensan: de momento, quien hace el comercio es quien sabe hacerlo. Lo cual es absolutamente falso. Comercia, pero de eso a saber ser un comerciante civilizado hay mucho trecho. Comercia a la manera asiática; mientras que para ser un verdadero comerciante hace falta comerciar a la europea. Ahora bien, hay una época por medio.

Termino: hace falta conceder a la cooperación una serie de privilegios de orden económico, financiero y bancario; en esto debe consistir el apoyo concedido por nuestro Estado socialista al nuevo principio de organización de la población. Pero esto sólo son las líneas generales del problema: porque aún queda precisar y trazar en detalle el aspecto práctico, es decir, todavía hará falta establecer las modalidades de las "primas" (así como las condiciones en las que se concederán) ofrecidas a la cooperación y que nos permitirán ayudar con eficacia a las cooperativas, formar cooperativas civilizadas. Ahora bien, el régimen de los cooperativistas civilizados, cuando los medios de producción pertenecen a la sociedad y el proletariado en cuanto clase se ha impuesto a la burguesía, es el régimen socialista.

4 de enero de 1923.

II

Cada vez que me he ocupado de la Nueva Política Económica, he citado mi artículo de 1918 sobre el capitalismo de Estado. Más de una vez, esto ha suscitado dudas en el ánimo de determinados camaradas jóvenes. Pero sus dudas apuntan sobre todo a las cuestiones abstractas de orden político.

Creen que no se debe denominar capitalismo de Estado a un régimen en que los medios de producción pertenecen a la clase obrera y en que ésta detenta el poder del Estado. Pero no se han dado cuenta de que yo utilizaba este término *en primer lugar*, para indicar la ligazón histórica entre nuestra postura actual y mi postura en la polémica con los llamados comunistas de izquierdas; ya en aquel momento, demostré que el capitalismo de Estado sería superior al régimen económico que existe actualmente en nuestro país; lo que me importaba era establecer la filiación entre el capitalismo de Estado ordinario y el capitalismo de Estado no ordinario, e incluso extraordinario, al que me refiero al exponer al lector la Nueva Política Económica. *En segundo lugar*, lo que siempre me ha preocupado ha sido el objetivo práctico. Ahora bien, el objetivo práctico de nuestra Nueva Política Económica consistía en otorgar concesiones: éstas, en nuestras condiciones, hubieran sido evidentemente una forma de capitalismo de Estado. Así es como hay que entender mis consideraciones sobre el asunto.

Pero todavía hay un aspecto del problema donde podemos tener necesidad de recurrir al capitalismo de Estado o, al menos, a una confrontación con el capitalismo de Estado. Quiero hablar de la cooperación.

Es cierto que en un Estado capitalista las cooperativas son instituciones capitalistas colectivas. Igualmente es cierto que en nuestra situación económica actual, cuando conjugamos las empresas capitalistas privadas (exclusivamente en terrenos que pertenecen a la sociedad y bajo el control del poder estatal en manos de la clase obrera) con las empresas de tipo socialista propiamente dichas (los medios de producción pertenecen al Estado; lo mismo que la tierra donde se encuentra la empresa y toda la empresa entera), se plantea la cuestión de un tercer tipo de empresas que, desde el punto de vista de los principios, no constituyen previamente una categoría independiente, a saber: las cooperativas. Bajo el capitalismo privado, las cooperativas se distinguen de las empresas capitalistas como las empresas colectivas se distinguen de las que son privadas. Bajo el capitalismo del estado, las cooperativas se distinguen de las empresas capitalistas estatales, en primer lugar en cuanto empresas privadas y en segundo lugar en cuanto empresas colectivas. En nuestro régimen actual, las cooperativas se distinguen de las empresas capitalistas privadas en cuanto que son empresas colectivas, pero no se distinguen de las empresas socialistas, si las tierras donde están establecidas y los medios de producción pertenecen al Estado, es decir, a la clase obrera.

He aquí un punto que no tenemos lo bastante en cuenta cuando hablamos de las cooperativas. Se olvida que, debido al especial carácter de nuestro régimen político, las cooperativas adquieren entre nosotros una importancia absolutamente excepcional. Si se hace abstracción de las concesiones que, dicho sea de pasada, no han tenido entre nosotros un desarrollo ni siquiera un poco importante, muchas veces, en nuestras condiciones, la cooperación coincide por completo con el socialismo.

Me explico. ¿En qué sentido son quiméricos los planes de los antiguos cooperativistas, empezando por Robert Owen? En que soñaban con transformar pacíficamente la sociedad moderna por medio del socialismo, sin tener en cuenta esas cuestiones fundamentales que son la lucha de clases, la conquista del poder político por la clase obrera, el derrocamiento de la dominación de la clase de los explotadores. Por eso tenemos nosotros razón cuando decimos que el socialismo "cooperativo" es algo puramente fantástico, romántico e incluso vulgar, puesto que sueña con transformar a los enemigos de clase en colaboradores de clase, y la lucha de clases en una paz entre las clases (paz social, que se dice), mediante el simple agrupamiento de la población en cooperativas.

Es cierto que, desde el punto de vista de la tarea fundamental de nuestra época, nosotros tenemos razón, porque sin lucha de clases por el poder político del Estado es imposible realizar el socialismo.

Pero veamos cómo han cambiado las cosas ahora que el poder del Estado pertenece a la clase obrera, que el poder político de los explotadores ha sido derribado y que todos los medios de producción (excepto los que el Estado entrega voluntariamente a los explotadores a título de concesiones, durante largo tiempo y en ciertas condiciones) se encuentran entre las manos de la clase obrera.

Hoy tenemos derecho a decir que, para nosotros, el simple desarrollo de la cooperación se identifica (teniendo en cuenta la pequeña excepción anteriormente señalada) con el desarrollo del socialismo. Al mismo tiempo, es forzoso reconocer que todo nuestro punto de vista sobre el socialismo ha cambiado de forma radical. Este cambio radical consiste en esto: en otro tiempo situábamos el centro de gravedad, y así debíamos hacerlo, en la lucha política, en la revolución, en la conquista del poder, etc. Hoy el centro de gravedad se ha desplazado: radica en el trabajo pacífico de organización "cultural". Tendría razón en decir que, para nosotros, el centro de gravedad se ha desplazado hacia la actividad educativa, si no fuera por las relaciones internacionales, por el deber que tenemos de defender nuestra posición a escala internacional. Pero, si se hace abstracción de este aspecto y nos limitamos a nuestras relaciones económicas interiores, es cierto que en el momento actual el centro de gravedad de nuestro trabajo radica en la actividad educativa.

Dos tareas fundamentales que hacen época se nos ofrecen. Primero, rehacer nuestro aparato administrativo, que no vale absolutamente nada y que hemos heredado completamente del pasado; en cinco años de lucha no hemos tenido tiempo de modificarlo seriamente y no hemos podido hacerlo. Nuestra segunda tarea consiste en emprender una acción cultural entre el campesinado. Ahora bien, este trabajo entre los campesinos tiene por objetivo económico la cooperación. Si podemos agruparlos a todos en cooperativas, estaremos con los dos pies sobre terreno socialista. Pero esta condición implica tal grado de cultura por parte del campesinado (digo bien del campesinado, puesto que constituye una inmensa masa), que es imposible la organización generalizada en forma de cooperativas sin una verdadera revolución cultural.

Nuestros adversarios nos han dicho numerosas veces que emprendemos una obra insensata, al querer implantar el socialismo en un país

insuficientemente educado. Pero se equivocan. nosotros no hemos comenzado por donde hubiera habido que hacerlo según la teoría (de los pedantes de cualquier especie o clase): nuestra revolución política y social ha precedido a la revolución cultural que ahora se nos impone.

Hoy, basta que llevemos a cabo esta *revolución cultural* para convertirnos en un país completamente socialista. Pero esta revolución presenta dificultades increíbles, de orden puramente cultural (somos analfabetos) así como de orden material (puesto que, para poder convertirnos en personas educadas, es necesario que los medios materiales de producción hayan adquirido un cierto desarrollo, es necesario contar con una cierta base material).

6 de enero de 1923.
T. 33. pp. 480-488.

INDICE

NOTA EDITORIAL.	5
El programa agrario de la socialdemocracia.	9
Sobre nuestra revolución.	12
La vía rusa hacia el socialismo	13
El "marxismo creador".	15
El poder de los soviets	16
Las contradicciones de clase en la nueva sociedad	17
El Estado y la revolución	20
La polémica sobre los sindicatos.	24
El problema campesino.	27
El estilo estaliniano	28
La burocratización del Partido	31
La aristocracia burocrática	32
Los bonzos y los sátrapas del Partido.	37
Policía y política.	39
Los dogmas del poder.	43
Un mundo pequeñoburgués.	45
Una parodia del comunismo	47
LOS ULTIMOS COMBATES DE LENIN	51
Contra la burocracia. X Congreso del PCR (b).	53
Discurso en la IV sesión del Comité Ejecutivo Central.	54
Intervención en el IV Congreso de la Internacional Comunista	56
Al Presidium del IV Congreso del Sindicato de Cuadros Soviéticos de Rusia	57

A G. L. Piatakov	58
Al acercarse la muerte...	58
Fragmentos del diario de las secretarías de Lenin	59
¿Cómo organizar la inspección obrera y campesina?	62
Carta al Congreso	78
Atribución de funciones legislativas al Gosplan	83
A propósito del aumento del número de miembros del Comité Central	87
CONTRA EL "ESTALINISMO"	
Diario de las secretarías	89
A G. K. Ordzhonikidze	90
Telegrama a K. M. Tsintsadze y S. I. Kavtaradze	90
Carta a J. V. Stalin para los miembros del Comité Central del PCR (b)	91
A L. D. Trotski	92
A L. D. Trotski	94
Al camarada Stalin	95
A P. G. Mdivani, F. E. Majaradze, etc.	96
APENDICES	
Textos de Lenin analizados por Varga en el Testamento.	97
INDICE	119

ICARIA 13.20

- 1.—Liliana Cavani
El portero de noche
128 pág. 190 ptas.
- 2.—Rudi Dutschke
Lenin. Tentativas de poner a Lenin sobre los pies
264 pág. 320 ptas.
- 3.—James Joll
La II Internacional
192 pág. 250 ptas.
4. Pier Paolo Pasolini
La Divina Mimesis
112 pág. 190 ptas.
- 5.—Eugen Varga
Testamento
120 pág. 170 ptas.
- 6.—Togliatti/Mao-Tse-Tung
Controversia sobre el movimiento comunista internacional
- 7.—Karl Liebknecht
Antología de escritos
272 pág. 400 ptas.
- 8.—Imma Julián/Antoni Tàpies
Diálogo sobre arte, cultura y sociedad
296 pág. 450 ptas.

- 9.—Karl Kraus
La tercera noche de Walpurgis
 320 pág. 500 ptas.
- 10.—León Trotsky
Sobre la vida cotidiana
 168 pág. 220 ptas.
- 11.—Monés, Solá, Lázaro
Ferrer Guardia y la pedagogía libertaria
Elementos para un debate
 168 pág. 240 ptas.
- 12.—Nelly Wolffheim
Psicoanálisis y pedagogía infantil
 144 pág. 190 ptas.
- 13.—Robert Escarpit
Teoría general de la información y la comunicación
- 14.—Ernst Fischer
Literatura y crisis civilizatoria
Musi. Kafka. Kraus
- 15.—Georges Menahem
La ciencia y el militar
Introducción del ex-comandante Luis Otero
- 16.—Galvano della Volpe
La libertad comunista
- 17.—Gwyn Williams
Goya y la revolución imposible

* En preparación

- Darío Rei
La revolución científica
- Paul Nizan
La conspiración
- Christopher Hill

- Los orígenes de la revolución inglesa**
- Boris Vian
Los pellejos de los muertos son siempre iguales
- Ulrike Meinhof
Bambule
- Gordon Childe
La prehistoria de la sociedad europea
- Paul Mattick
Rebeldes y renegados
- Rolf Hochhuth
Guerrillas. Una tragedia
- Boris Vian
Tumultos en los andenes

ICARIA 11.17

- 1.—Herbert Marcuse
Calas en nuestro tiempo
 112 pág. 120 ptas.
- 2.—Robert Havemann y otros
Comunismo y anticomunismo en Alemania
 160 pág. 150 ptas.
- 3.—Roman Jakobson
El caso Maiakovski
 96 pág. 110 ptas.
- 4.—Stefano Sonnati
Ciencia y científicos en la sociedad burguesa
 128 pág. 150 ptas.
- 5.—Internacional Situacionista
La miseria en el medio estudiantil
 64 pág. 75 ptas.

- 6.--Lucio Lombardo Radice
El acusado Kafka
112 pág. 140 ptas.
- 7.--L. V. Ponomariova
La formación del Partit Socialista Unificat de Catalunya
112 pág. 120 ptas.
8. Mandel/Mendeiev
Soljenitzyn, la izquierda y la revolución en Europa
112 pág. 140 ptas.

* En preparación

-- Rudi Dutschke
El comunismo y el problema de la libertad

ICARIA totum revolutum

- 1.--Cancionero Revolucionario Internacional
80 pág. 150 ptas.
- 2.--Guillaume Apollinaire
La Roma de los Borgia
160 pág. 220 ptas.
- 3.--Manuel Casal Gómez
La "Banda Negra"
Origen y actuación de los pistoleros en Barcelona (1918-1921)
160 pág. 200 ptas.
- 4.--Zola, Vernet, Strindberg, Mella, Malato, Azorín y otros
Dinamita cerebral
Antología de los cuentos anarquistas más famosos
136 pág. 180 ptas.

- 5.--Oskar Panizza
Concilio de Amor: una tragedia celestial
- 6.--Autores varios
Revuelta y nihilismo
Textos del movimiento estudiantil y juvenil italiano
192 pág. 250 ptas.